This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

NYPL RESEARCH LIBRARIES
3 3433 06727772 7

Sr. Márquez Sterling

PSICOLOGÍA PROFANA

ROOSEVELT, PORFIRIO DÍAZ,
MÁXIMO GÓMEZ, ETC.

PRÓLOGO DE MANUEL S. PICHARDO

HABANA

IMPRENTA AVISADOR COMERCIAL
30, AMARGURA 30
1905

PSICOLOGÍA PROFANA

28022A

PRÓLOGO

Bibliot MAR 30 1921

ENCOMENDARME el Sr. Márquez Sterling el Prólogo del que quizás considere la crítica como su más importante libro de periodista, es honor y lisonja que estimo y agradezco, aun cuando la distinción me coloque en riesgo de fracaso.

Altos dignatarios son los introductores de las supremas jerarquías, así en el orden oficial como en el literario, y en dicho caso declinara yo el cometido, si no recordase, en mi deseo y beneplácito de obedecer á un amigo tan de mi afecto y á un escritor tan encumbrado, que igualmente franquean el paso á soberanos y magnates, servidores de muy modesto oficio.

Colocado en esta ínfima categoría, abra yo la puerta en buen hora á la elevada dignidad de nuestras letras que ha querido solazar esta vez á costa mía, su vena irónica.

Por un solo concepto apreciable podría excusarse en este sitio mi presencia: justificar la aparición del nuevo volumen del Sr. Márquez Sterling entre aquellos que lo necesitasen. A mi entender, todo libro es siempre oportuno; pero á veces la oportunidad es exigente, impositiva. En tal caso se halla

ENCOMENDARME el Sr. Márquez Sterling el Prólogo del que quizás considere la crítica como su más importante libro de periodista, es honor y lisonja que estimo y agradezco, aun cuando la distinción me coloque en riesgo de fracaso.

Altos dignatarios son los introductores de las supremas jerarquías, así en el orden oficial como en el literario, y en dicho caso declinara yo el cometido, si no recordase, en mi deseo y beneplácito de obedecer á un amigo tan de mi afecto y á un escritor tan encumbrado, que igualmente franquean el paso á soberanos y magnates, servidores de muy modesto oficio.

Colocado en esta ínfima categoría, abra yo la puerta en buen hora á la elevada dignidad de nuestras letras que ha querido solazar esta vez á costa mía, su vena irónica.

Por un solo concepto apreciable podría excusarse en este sitio mi presencia: justificar la aparición del nuevo volumen del Sr. Márquez Sterling entre aquellos que lo necesitasen. A mi entender, todo libro es siempre oportuno; pero á veces la oportunidad es exigente, impositiva. En tal caso se halla

Psicología Profana, por las controversias que han provocado los que fueron hace poco editoriales de Prensa y constituyen ahora los primeros capítulos del presente volumen. Piden y merecen ellos divulgación más extensa y vida más alargada.

Seguir á Márquez Sterling en estas páginas, en las que el literato ha puesto retoques á las galeradas del repórter, es tener á la vista hombres, paisajes y juicios que profundamente nos interesan.

Resurje Manuel de la Cruz, con su faz enjuta y pálida y aun con su verbo cálido y deslumbrador, en una muerta mañana del Norte, y se siente la piedad enternecida con que Márquez Sterling entona patriótico epicedio al recoger, para traerlos á Cuba, los restos del que fué su hermano espiritual.

Psicologo de la multitud, como él califica al periodista, la individualiza cuando le salen al paso figuras prominentes, y con esa veleidad de ir de asunto en asunto, que es nuestra coquetería profesional, desvíase un momento de su excursión patética para volver al tráfago é interrogar al Presidente de los Estados Unidos.

Oyendo á Roosevelt por el fonógrafo de Márquez Sterling, se adivina la potencialidad de aquella figura de gobierno y el formidable poder de la Unión: la habilidad y diplomacia del Presidente yanqui no han podido velar las embozadas admoniciones que nos endereza como tutor tácito y celoso vigilante de los territorios latino-americanos; ni su henchida ambición de gloria, que pasa las fronteras del Nuevo Mundo para espaciarse

por el viejo Continente, donde los Estados Unidos tienen ya amarras propias en que fondear los navios que acreditaron las victorias de sus escuadras.

Pero la positiva trascendencia de esta labor de Márquez Sterling se completa, después de la visita á Roosevelt, con la que hizo al general Porfirio Díaz, al poner en comunicación, por la correspondencia sin escritura de la *interview*, á estos dos Emperadores republicanos, provocando manifestaciones en uno, y rectificaciones de ellas, en otro, con la ironía traviesa y galante que es sello aristocrático de los entendimientos superiores.

Cada cual de estos poderosos jefes de pueblos antitéticos, interpreta, según sus respectivos criterios y conveniencias, la famosa doctrina de Monroe, que ha venido á ser traje internacional dúctil á toda clase de medida política. En síntesis, el embudo imponiéndose infaliblemente como símbolo en las disputas de la humanidad.

Las visitas de Márquez Sterling pueden sernos muy saludables. Toca á nosotros no olvidar las indicaciones de Teodoro Imperator, ni los consejos de Porfirio I, é igualmente aleccionaría al mundo político continental el que meditase sobre las actitudes y puntos de vista de estos dos representativos nacionales, que esbozan en las que parecen inofensivas entrevistas, las que han de ser inevitables impulsiones y resistencias del porvenir.

Pone la pluma luego en el actual estado de México, y presenta en sinopsis la trama de su gobernación. Candentes agitaciones se desperta-

pulsa á los que hagan en el mañana su completa monografía.

Dos de los últimos capítulos están dedicados al libro de Rafael Altamira, *Psicología y Literatura*, y á la visita que hizo á la Habana el duque de los Abruzos. Al ocuparse en psicología y literatura se halla Márquez en su propia viña, en su cultivo predilecto. De todos los trabajos es el que ha meditado más y el que da el alcance del talento crítico de su autor. La decadencia mental y el estado de abulia de la juventud española, según Altamira, brindan á Márquez la oportunidad de discurrir amarga y certeramente sobre la juventud cubana, á la que anulan toda aspiración altruista y todo esfuerzo gallardo, la facilidad en la obtención de las recompensas inmerecidas y la improvisación victoriosa de la ineptitud. Capítulo de hondura que es una advertencia educativa, si bien caida en el vacío como otras enseñanzas generosas del apostolado periodístico. La substancia de esa parte del libro se condensa en la anécdota popular del niño á quien se preguntaba qué quería ser cuando fuese hombre:—Cacique, como decía su padre...

El duque de los Abruzos está bien colocado en este volumen, para demostración del estilo movible y adaptable de Márquez Sterling. Allí se le encuentra en una de sus fases típicas: burlonamente agudo y donosamente mordaz. La llama de su sér criollo se refrescaría, acompañando al Príncipe, en los hielos del Polo, huyendo de la exagerada *calentura* tropical.

Termina esta recopilación con un trabajo de muy levantadas miras; se titula *Mirando más allá.....* Más allá de las elecciones presidenciales. ¡Aspira á un solo candidato nacional! Márquez Sterling es irremediablemente un iluso.

He aquí, á la ligera anotado, lo que es el último libro del que puede hoy considerarse el más profesional de los escritores cubanos, atendida su labor independiente y en progresión copiosa; que á las fuerzas mentales de Márquez Sterling pone méritos la fecundidad.

Cuando le contemplo abstraído delante del centón de cuartillas, echado sobre la mesa como si quisiera abrazar, y aun besar, lo que escribe, su producción literaria, lo que constituye el único amor intenso de su vida, me invaden reflexiones de admiración por él y de tristeza por el medio. ¡Que así tenga que esforzarse para defender de la miseria su existencia y la de su familia, un hombre de tal valimiento! Pero suya es la culpa: jamás se ha cuidado de inscribir su nombre en el Comité de su barrio...

Cuando supe que se le iba á nombrar para un importante puesto diplomático, quedé sorprendido, y mi sorpresa se fundamentaba: no fué nombrado. Márquez Sterling, viviendo retraído del favor dominante, no podía ir á México, ni á ninguna parte. Modesto soldado intelectual y galardonado con timbres que no son en la realidad ambiente los mejores para el éxito, caía indefenso y abandonado en una encrucijada burocrática.

No nació para este género de luchas; su sitio es más sereno: hubiera sido un buen eremita y hasta su aspecto recogido y la bruma de ensoñación que le envuelve, le prestan un tinte de humildad ascética. Como si en su espíritu hubiese dejado un sedimento místico su primera educación de seminarista, se nos figura, cuando marcha cabizbajo y nostálgico de cielos más puros, que piensa en misterios extramundiales y que es un desviado del camino que conduce á orar al reclamo de las campanas del domingo.

Pero no va á misa; es un devoto de otra iglesia: la imprenta. Observémosle: estatura media que se acorta en el tercio superior por un ligero encorvamiento, cual si los hombros se contrajesen para resistir la pesantez de la cabeza, inclinada por la carga de ideas.

Su pelo intonso y negro, arranca lacio de la amplia frente, luego ondula en la comba craneal y cae ensortijado sobre las orejas y la nuca. La cabeza de Márquez Sterling es una cabeza original, arrancada de un cuadro romántico. Asiluetada en la lejanía ó en la sombra sobre una pared, se la reconociera. Sin afectación ni atildamiento, y muy á la inversa, sólo por su inalterable descuido personal, resulta hermosa y artística.

Rostro que se presta, por la aguileña impulsiva nariz y el trazo facial,—si le fuere rasurado el corto y ralo bigote,—á evocar el austero perfil de Petrarca, y que recordaría á la vez,—tirantes las

cejas y con bipartida barba,—la socarrona fisonomía de Mefistófeles.

Poeta y observador, camina á la ventura de sus sueños y de sus análisis, confundiendo azucenas con guijarros, subiendo al iris ó bajando al esterquilinio, y buscando tras la evaporación de sus lágrimas, como residuos del contraste humano, una melancolía resignada ó un cristal de cloruro de sodio.

Mirada la suya de ojos abiertos y ligeramente aovados, estudia y recoge, súbita, la impresión de cuanto ve y penetra, en tanto muestra una vaguedad fría y desdeñosa. Pintor enérgico de caracteres y fotógrafo de almas, descubre en la tela y en la placa recónditos detalles. Son una galería viviente sus *Hombres de Pro*, en la que piden sitio ahora como *chef d' œvre*, los vigorosos lienzos que se llaman *Roosevelt* y *Porfirio Díaz*.

Se advierten en el lenguaje escrito de Márquez Sterling, osadías y abundancias de que carece su palabra enervada, que aun en sus raras expansiones economiza. Por natural encogimiento y reserva, disimula su inteligencia sutil y confesora y tiene por hábito la abstracción desatenta de los espíritus ensimismados. Sorpréndesele frecuentemente en su característica actitud de estar sin estar, y emplea, no obstante, esa clase de silencio que el ilustre poeta sud-americano Leopoldo Lugones ha definido en prosa, diciendo de él que se hace notar como una presencia.

Encerrado Márquez en su consciente sonambu-

I

Con estas palabras comencé á escribir un artículo al día siguiente de mi llegada á New-York: «He pasado toda la noche cavando, cavando...» Solté la pluma. Iba á escribir algo demasiado triste, y me arrepentí. Aglomerados á mi recuerdo sucesos pasados, que la nieve del tiempo—y pronto la del olvido—le sirven de sudario, no podían salir de la pluma sino gemidos; recuerdos ¡ay! que en loca caravana atravesaban mi alma enlutada pisoteándola, hiriéndola sin piedad. Reflexioné un instante sobre aquellas palabras que sólo para mí decían mucho, y cavando, cavando en mi pensamiento, ví un infinito sin luz, como símbolo del misterio de la vida.

senciar el acto. Eduardo Yero, el doctor Ramón L. Miranda, Gustavo Govín, Manuel D'Espaigne, Vicente Mestre Amábile, el Dr. José A. Galarraga, Juan Boffil, Benjamín Giberga, Francisco E. Fonseca, José Hernández, Rafael Gutiérrez, Manuel Camps... Paso entre paso, todas las cabezas bajas, todas las miradas fijas en la tierra, nos internamos en el campo... Cayeron algunas gotas, que parecían lágrimas; y bien pronto la lluvia aumentó. Viento y agua nos azotaron con crueldad... Y mudos, entre tantas tumbas, sobre la arena húmeda, y bajo la lluvia constante, seguimos nuestra peregrinación y salvamos una distancia de milla y media en pocos suspiros. Una mano amiga me detuvo y el sordo choque de una pica en la tierra, me habló al alma...

No puedo describir el lugar. Miré y miré mucho á la fosa que se abría y no puedo recordar el panteón que la rodeaba. Gonzalo me dijo: «Sobre los restos de Manuel de la Cruz, yacen los de Benjamín Guerra. El infortunio los unió, y

la gloria no es justo que los separe para siempre.» Benjamín Guerra quedaba solo en aquel momento, y sobre la arena colocaban cuatro brazos americanos los despojos que buscábamos. El féretro, destrozado, cubría á trechos los huesos aún unidos y rígidos, y pude ver, por un movimiento brusco y necesario de los exhumadores, la blonda cabellera del pensador, que se deshacía al soplo del viento. El Dr. Miranda, reconoció el cadáver y dijo: «Se ha conservado bastante...» La vista de aquellos restos amados, helaba la sangre en mis venas, para arrancar después un sollozo profundo. Aquella figura romántica, aquellos ojos grandes, penetrantes; aquella fisonomía, viveza y tristeza, esperanza y presentimiento; aquel corazón de artista y de patriota, tan parecido á Martí, generoso, altivo; aquel cerebro manantial de ideas, tesoro de erudición y baluarte de firmeza... ¿en qué se habían convertido? El recuerdo de su tipo, á la pluma del novelador ó la lira del romancista; sus ojos, absorbidos con furor por la tie-

casa de Cuba estaba establecida en la calle F., frente á un gran reloj, como símbolo de rectitud y orden, y mirando de reojo los elevados pilares del hermoso edificio de la Tesorería. Esa fué la casa de Cuba en la Intervención, menos lujosa, menos grave que en el hotel *Raleigh*, un poco triste, envuelta en densas dudas, con sus resplandores de esperanza. Allí, pasé yo un invierno. Desde mi ventana de Cuba, sólo veía techos cubiertos de nieve, una inmensa cascada de algodón que amenazaba sepultarme, desbordándose á través de los cristales. La casa de Cuba, no es ya un ángulo de un gran hotel, ni un modesto departamento de un *Office Building;* su casa, es toda un edificio que rivaliza con el de Japón, con el de Persia, ó Bélgica, ó Dinamarca, ó Suecia y Noruega, con el de España; un edificio que, por su posición, mirando sin temor á la Casa Blanca, á la derecha de la casa de Mr. Hay, Secretario de Estado, entre ministros, embajadores, senadores, y aspirantes á la presidencia de la República, representa bien

rand, literato y gran diplomático, embajador de Francia, es su amigo predilecto; el ceñudo y cortés alemán, von Sternburg, le considera y le respeta como si la grandeza moral de Cuba compitiera con el fasto de su embajada; y la fuerza de ese hombre tan combatido en Cuba y tan adulado en Washington se deja sentir, ya en el afecto del ruso conde Cassini, ó en la cortés amabilidad del sincero y eminente mexicano Azpíroz...

Quesada tiene una personalidad propia, y ha sabido arraigarla en aquella sociedad, en aquel mundo en donde parece que se congregan todos los otros mundos. Su gestión diplomática, la más difícil, ha superado á todas en éxito; la experiencia, el talento, la habilidad, reponen, á las plantas del Capitolio, las debilidades irresponsables de la patria. A su diplomacia, Quesada ha sacrificado mucho; como escritor, sepultó su pluma en el olvido, cambiándola por otra árida, monótona, seca, pero sin duda más provechosa, que redacta informes, reclamaciones, atestados de la patria en los que

encierra á veces un grito de protesta ó un gemido de pesar; posición, fortuna, alegrías, amores, han tenido en su alma un regulador, que ha marcado sus pasos y que ha sufrido sus explosiones, y ha desarrollado sus facultades en la conveniencia de un solo trabajo constante, que le obliga á plegar las alas de su majestuosa fantasía de poeta. Aquellos cuadros de color, vivos, palpitantes de su bello libro *Ignacio Mora*, se han ido lentamente desvaneciendo en su talento de embajador; y cuando recuerda aquellas satisfacciones únicas de su juventud, que sólo las concede el arte, persiste en conservar como memoria de esos triunfos y de esas alegrías la cabellera que modela su cabeza, esa cabeza de artista que parece escapada de un cuadro de Rubens, del estudio famoso de van Dyck ó de las creaciones inimitables de Rembradt; aquella cabeza que recuerda más á Beethoven que á los diplomáticos ingleses del siglo XVIII.

III

Faltaban algunos segundos para las diez de la mañana del 10 de Junio, cuando nos presentamos el señor Quesada y yo en la Casa Blanca. En una construcción reciente, que se extiende como un ala del suntuoso Palacio, con entrada independiente, tiene establecidas sus oficinas el Presidente Roosevelt. Se entra, á ellas, por una puerta pequeña, que parece una mancha roja en la pared de alabastro. Un portero de figura basta, vistiendo un uniforme sin elegancia, nos franquea el paso. Cambia algunas palabras con el Ministro de Cuba y desaparece por el fondo, llevando nuestras tarjetas. Un instante después reaparece y nos abre otra puerta que imita otra mancha roja,

pero un rojo ligeramente atenuado tal vez por las sombras del pequeño saloncillo en que aguardamos. La sala á que se nos conduce, por cortesía del Presidente, es la del Gabinete. Nos sentamos en un sofá de piel obscura, y yo observo aquel sugestivo recinto en donde se resuelven tantos problemas graves que afectan al mundo... No ví en él nada lujoso, nada extraordinario. Su sencillez, gallardamente austera, me produjo una sensación de agrado que me sería difícil explicar. Casi toda la extensión de la sala, está ocupada por una gran mesa de nogal y esta mesa es la que ocupa el Gabinete para celebrar sus Consejos. Grandes y cómodos sillones, también de piel obscura, la rodean, y en el respaldar, ostentan una plaquilla que indica el secretario que los ocupa, en el siguiente orden: en una cabecera, á un extremo, se sienta el Presidente, y en la otra cabecera, al frente, el Secretario del Trabajo y del Comercio, Mr. Jeorge Courtelyon; á la derecha del Presidente, ocupan sus puestos el Secretario de Estado,

Mr. John Hay, el de Correos, Mr. Henry C. Payne, el de la Guerra, Mr. Taft, el del Interior, Mr. Hitchcock; á la izquierda, el Secretario de Hacienda, Mr. Shaw, el Fiscal General (que es á aquel Gobierno lo que al nuestro el Secretario de Justicia), Mr. Knox, el de Marina, Mr. Moody, y el de Agricultura, Mr. Wilson. Ningún adorno, ningún atributo, ninguna efigie gloriosa, había en el Salón del Consejo; y á tanta modestia ó despreocupación ó sencillez ó como quiera llamarle el lector, me pareció corresponder un alarde de grandeza y de poder; el modesto traje, la fisonomía indiferente, la sencillez como un plan de quien todo lo tiene y todo lo puede... Recorrí de nuevo con la vista aquella sala, y rectifiqué mi primera impresión: la sala del Gabinete era así naturalmente y estuve á punto de creer que no podría ser de otro modo. «Desde aquí, pensé, puede gobernarse el mundo, aunque aquellos tapices morados y azules se desprendan abatidos por el tiempo, cansados de oir, uno y otro día, los

acuerdos de un gobierno que para las grandes naciones es una amenaza ó un cuidado.»

Engolfado yo en estos pensamientos, volví de ellos por el golpe brusco de una puerta blanca que en vez de abrirse corría, partiéndose por el centro. Cualquiera creería que un ayudante ó secretario, con toda ceremonia, vendría á franquearnos la oficina de Roosevelt. Pero, no; era el propio Presidente que, como en los teatros, surgía del fondo, sonriendo y abriendo los brazos. El jefe de una de las naciones más poderosas del mundo, no necesitaba embajadores, ni maestros de ceremonia dentro de su oficina ni en el salón de su Consejo. No es hombre de estatura más que regular, un poco grueso; camina con ligereza, y viste con la modestia de cualquier empleado subalterno de un departamento. Pantalón y levita claros, y un chaleco de color del dril que usan nuestros guajiros y que apenas convenía al aspecto armónico del vestido de un Presidente: mejor vestido que Roosevelt, y más cui-

dado que él, recibe el Presidente Estrada Palma en nuestra pequeña República. Nos estrechó las manos efusivamente; á Quesada con signos de franca, cordial y antigua amistad, á mí con una cortesanía con ribetes de campechana que es de seguro resultado de un estudio provechoso. Después de estrechar mi mano, me miró, clavó en mis ojos los suyos, grandes y claruchos pero punzantes y fijos, como ojos que miran y cavan... ¡Un periodista cubano! Casi era para Roosevelt una sorpresa, y estoy por creer que le llamé yo más la atención que él á mí. A él se le vé en todas partes y á mí no se me vé en ninguna. Todo el mundo sabe quién es y cómo es el Presidente de los Estados Unidos; y, en cambio, para Roosevelt era una novedad un periodista cubano, no sé si por que se figuraba que en Cuba no había periodistas, ó por que consideraba mi audacia al enfrentármele para interrogarle y para escribir un artículo sobre su persona y tal vez sobre sus ideas. Nos dijimos, como debe esperar el lector,

cosas muy vulgares. Yo hice una ligera protesta de que Roosevelt contaba en Cuba con simpatías, por la parte que él ha tenido en nuestros asuntos nacionales; y Roosevelt me dijo lo que sin duda le dice á todo cubano que le visita: «*I am a most sincere friend of Cuba and take deep interest in her welfare.*» ¡Sí, ya lo sabía yo, que Mr. Roosevelt está muy interesado en nuestro bienestar y que es un sincero amigo de Cuba!... Pero no por sabidas, dejó de decirme él esas palabras con alguna solemnidad sacramental, pecando un poco de enfático. El gran hombre había colocado su pie derecho sobre el sofá, y en el lugar mismo en donde yo había permanecido sentado momentos antes, coincidencia que no dejó de producirme un pasajero malestar... En los más pequeños é insignificantes detalles de la vida, se simbolizan á veces estados de ánimo y recónditas ambiciones ó se profetizan grandes acontecimientos para la historia.

Puesta su rodilla á buena altura, al hablar se golpeaba en ella, con una gran

confianza envuelta en cierta moderación que encubría á maravilla lo que tuviera de afectada. Cuando pronunció la palabra *sincere*, se dió un gran golpe, y cuando dijo *welfare*, repitió el golpe y tomó del brazo á Quesada. El temperamento apasionado de Teodoro Roosevelt brilla en cuanto expresa alguna idea, y su alta posición le permite complacerlo con demostraciones expansivas. Una vez pronunciado su breve discurso, hace un movimiento con la cabeza, por el cual nos mira hacia arriba, y observa á su placer el efecto que ha producido y la huella que ha dejado en nuestro semblante. Todo esto, significaba para mí que Roosevelt creía haberme dicho una gran cosa, y en efecto lo fué cuando lo dijo por primera vez en su vida política; y confieso también que me pareció adivinar, á través de aquellos lentes, y de su risueña satisfacción, un poco de amor á su persona, una gran alegría de vivir, y una gran esperanza de ocupar un papel principalísimo, no en su pueblo, sino en la humanidad toda.

Fuí á responderle otra tontería de las que se le dicen á todo el mundo, pero no me dejó: «Su país y su pueblo, me dijo en riguroso inglés, han hecho progresos que me llenan de alegría.» Y esta frase dicha para halagarnos al Ministro y á mí, la impregnó de seriedad, casi convirtiéndola en solemne y decisiva. No hay duda que en este punto yo sé más que Roosevelt, y no podía aceptar sus palabras sino con gratitud, porque más que sinceras eran generosas. «La República ha realizado una obra digna de todo elogio, obra que es la mayor satisfacción del pueblo americano.»

Tiene Mr. Roosevelt un rostro simpático á pesar de lo toscas que son sus facciones; á través de ellas, no se advierte la rigidez del insensible McKinley, sino cierta dulzura que viene á iluminar sus ojos y su sonrisa, en el fluido que sube de su noble y grande corazón. Es muy expresivo, y cada palabra brota, con una ligera dificultad, de sus ámplios labios, entre las contorsiones fisonómicas á que sus nervios le condenan; abre

mucho la boca, arqueando los labios para decir ciertas palabras, y algunas, atravesadas en su garganta, brotan al fin, como un grito, impulsadas por un estremecimiento casi inadvertido de su redonda cabeza. Las ideas que lanza con visible interés de que sean oídas é interpretadas en el acto, las corta, como á retazos, por una necesidad no sé si de sus pulmones ó de su pensamiento.

Me convenzo, desde luego, de que es imposible interrogarle, porque desea hablar solo, decirlo todo como quiere y cuando quiere. «Cuba, por el orden y el buen gobierno, realiza una importante misión en el continente, trascendental para las Repúblicas del Sur...» Y en este momento, se yergue como para resistir al ímpetu de decir algunas cosas graves sobre el recuerdo súbito de pueblos desgraciados de nuestra raza. Esta sospecha mía, la ratifican algunas palabras que no concluyen el concepto, pero que, aun así, expresan mucho.

Si yo le hubiera preguntado, ¿y qué piensa Ud. de Venezuela y de Colombia

y de Santo Domingo? habría rehusado hacerme ninguna declaración, pero sus ojos, nublados por ideas que los empañaban en la lucha de no... dispararse, me hubieran dicho bastante. Entre las grandes cosas que pretende hacer Roosevelt en la humanidad, figuran como principales las que afectan á esos países, no para saltar la válvula del imperialismo, sino para desbordar por aquellas tierras ideas, costumbres, virtudes que al cabo de muchos lustros les dieran alguna semejanza con los pueblos sajones de América. La civilización, en el cauce de la industria, impulsada por el genio de las ciencias físicas, necesita extenderse, y el tiempo abrirá, para divisar otro horizonte, la gran puerta que separa razas, costumbres y pueblos. Recuerdo sí, que quiso hablar del porvenir de las naciones latino-americanas y que al fin no dijo lo que yo esperaba, arrepentido de su franqueza; y volvió, como para alejarse de pensamientos muy hondos, y tal vez peligrosos, á regar con sus más bellas flores el tierno recuerdo de Cuba

que palpitaba en mi alma... Dió á estas palabras colores de arco iris, cediendo al carácter personal de sus servicios á mi patria, y no dejó de asustarme el presentimiento de que, en la política de los norte-americanos, Roosevelt es una garantía de Cuba, garantía tan breve para la historia como grande y poderosa para los problemas planteados en el día.

Acostumbrado á la vaguedad del concepto en labios americanos, Roosevelt me pareció un espíritu más definido, con todos los defectos y con todas las purezas de una imaginación exaltada sobre un corazón generoso. Pero, aun así, no dejó de colocar sobre mi pensamiento algunas piedras indecisas, que pesaron sobre él largo rato. «¿Y qué misión le reserva Norte América á Cuba en los problemas históricos de la América del Sur? ¿Qué significa para Roosevelt la palabra *misión*, qué sentido concreto le dá, cuando los conceptos tienen para la política norte-americana una elasticidad que riñe con todos los diccionarios?» Algo me dijo, pero que equivalía á no

haberme dicho nada: «Cuba es un ejemplo para otros pueblos; y el ejemplo les aprovechará hasta librarles de perturbaciones y pobrezas...» Hojas estas desprendidas adrede de un pensamiento capital, inmenso y poderoso, que esparció Roosevelt sobre mi espíritu para hacerlas brillar á mis ojos dominándolas...

IV

Cuando salimos de la Casa Blanca, el Ministro Quesada me dijo: «Este hombre ama á Cuba.» Yo, como asomando la cabeza á un abismo, murmuré: «Más que á Cuba, ama la Gloria...» Oí entonces de nuevo los golpes de una pica en la tierra, que estremecieron todo mi ser con la recomposición instantánea, en mi mente, de la escena del *Greenwood Cemetery*, y sentí la emoción de quien viene también de cavar en la roca del porvenir incierto, después de haber hallado, en las entrañas de la tierra, suave y amorosa, los restos de un patriota á quien mataron las heladas implacables de la emigración... Mi pensamiento se sumergió con cierto júbilo en sus recuerdos, y volé hacia mi gloria—la de haber ido á

arrancar de las entrañas de ese mundo al literato, al patriota y al amigo del alma —hacia mi muerto que me esperaba, ansioso y mudo, para regresar juntos á Cuba...

Contrastes de la vida, sensaciones que chocan en un mismo corazón, que abaten ahora y regocijan después un mismo espíritu: sólo nos salva el pensamiento, que tiene alas para el infinito, que tiene suspiros y sollozos para el amor y para las penas, que es más firme, más poderoso, que las rocas que hieren el mar y que las montañas que hinchan el planeta... Recogido, en el círculo de mis ideas, la duda, el dolor y la gloria confundidos, veo que poco á poco se pliegan y se van las alas del pensamiento: ni solloza ni suspira, y con firmeza, y con ansiedad, recuerdo la pica de lúgubre sonido, y me desvela cavando, cavando.....

V

Me pide *El Fígaro* algunas de mis impresiones de Roosevelt, y yo, que literariamente soy casi un hijo de *El Fígaro*, no puedo por menos que complacerle, dándole estos apuntes á vuela pluma. Las simpatías de que goza en Cuba el Presidente de los Estados Unidos son tales que periódicos y amigos y lectores quieren beber, á todo trance, hasta la última gota de mis sensaciones, en el tosco cáliz de mi prosa. Un hombre con quien se habla en el breve espacio de veinte minutos, no puede dar asunto para tanto, aunque deba añadir, á aquella medida de tiempo, algunos segundos más, durante la recepción, en la Casa Blanca, á que tuve la suerte de asistir. Sin em-

bargo, lo interesante que es en sí la figura del Presidente, me permite rasguñar, con mi pobre pluma, muchas más cuartillas de lo que á primera vista parece lógico, y descargar, en el espíritu de mis lectores, las observaciones, acaso no muy atinadas, de algunos momentos de trato.

Y es que al breve cambio de cortesías y de frases hecho entre un gobernante enorme y un periodista pigmeo, sigue para éste una especie de prolongación indefinida de impresiones, por las que se imagina haber estado de charla con el gran hombre, no veinte minutos, sino veinte horas. Mientras veía á aquel hombre sencillo y generoso, hacer gestos con la boca para hablar, y subir su pié derecho sobre un sofá, para sacrificar la ceremonia á la comodidad, yo pensaba en lo original del individuo: «Este mismo hombre que aquí habla del mundo como yo hablo de mi maleta, y que sonríe y se estremece y casi brinca al charlar, tiene sus momentos de gravedad, en los que su fisonomía adquiere la típica dureza del pueblo que gobierna, ha usado el traje militar, y ha

llevado su espada de guerrero al cinto, y ha peleado en Cuba por la libertad. Se transforma de repente en cazador, salta, en brioso corcel, como dicen los cronistas, un obstáculo temerario, ó se encierra en su bufete y produce libros de filosofía y de sport, dos ciencias que no dejan de tener su parecido ó sus puntos de contacto».

Después de una entrevista, para mí de extraordinario interés, para él sin duda insignificante ó forzada, le ví en otra ocasión, que es bien digna de ser apuntada: haciendo los honores al elemento oficial de Washington en la última recepción de la Casa Blanca, antes de salir á veranear. Ministros, embajadores, secretarios, etc., acompañados de sus esposas y de sus hijas, desfilaban por un lujoso salón, en donde Roosevelt y su delicada y joven compañera, se exhiben; uno á uno, á sus convidados, estrechan la mano con efusión; y para cada individuo y para cada dama tienen una frase de halago y una sonrisa distinta. En ese momento, Roosevelt no se parece ni al

militar, ni al cazador, ni al jockey, conservando sólo algo de su elocuente y excepcional personalidad de filósofo del *sport* y de filósofo á secas...

Después de pasar mi esposa y yo por su estrechón de manos obligado, y con la rociada de alguna frase dicha con rapidez, observó al personaje desde un rincón en donde nadie tuvo la impertinencia de hacerme caso. El cazador, saliéndose de los límites del *sport*, estaba haciendo alta política, echándole una paletada de cal y otra de arena á las potencias temibles y á una comisión de filipinos á quienes trató como emperadores. La comisión me pareció un manojo de Mutsuhitos, encargados al Japón para solaz y recreo del espíritu inquieto de Mr. Roosevelt. Los Mutsuhitos miraban con asombro los salones de la Casa Blanca, y sonreían inconscientemente para disimular una honda y profundísima tristeza. Los filipinos llegaron, en un momento, á interesarme más que Mr. Roosevelt, y admiré en ellos una gran dignidad. Aquellos hombres escondían, en el pecho, la pro-

testa y ahogaban en las solemnes circunstancias que les rodeaban, un gran sollozo. ¡Qué quiere el lector! También yo me entristecí y recordé otra comisión cubana que fué, en un gran esfuerzo de patriotismo, á suspirar por su libertad en los salones de la Casa Blanca.

Mr. Roosevelt no les quitaba la vista de encima y les compadecía acaso tanto como yo.

Fuí presentado al filipino más inteligente del grupo, al señor Arellano, fiscal del tribunal supremo de Manila. El señor Arellano me miró sin la menor muestra de contento, como si yo hubiera ido á sorprenderle en un acto de su vida del que no estaba enteramente satisfecho.

—En mi país, se tienen grandes simpatías por los cubanos y por su República—murmuró clavando sus pequeños y brillantes ojos en el suelo. Estrechó con frialdad mi diestra y se alejó. Pocos momentos después le ví en otro rincón de la sala, como ocultando su pequeña figurilla y su grandísimo pesar.

VI

Efecto lógico de una honda impresión: llevo en la mente incrustadas dos figuras enteramente distintas: Roosevelt victorioso y el filipino Arellano abatido. Y á alguien, no sé á quién, le dije:

—El país de la libertad, la casa de la libertad, el profeta de la libertad, la esperanza de la libertad: siempre que vengo á Washington oigo lo mismo. Pero ¿qué significa aquí la palabra libertad? ¿Es lo mismo, para los *yanquis*, la libertad dentro de casa y la libertad en la casa del vecino?

Los *yanquis* que gozan fama de ser los hombres más prácticos del mundo, no desdeñan los ideales como recreo de sus

horas de ocio, que por lo regular son pocas. Aunque acá nadie lo crea, tienen poetas buenos, pintores excelentes, novelistas audaces y afortunados que sueñan; pero poetas, pintores y novelistas, que cantan á la libertad, que llevan á su paleta los colores de la gloria, que trazan en el libro las escenas dolorosas de la esclavitud odiada, no están limpios del pecado de hacer grandes negocios, de ahogar su talento en las combinaciones del dinero. Vá usted en busca de un artista y suele darse con un ciudadano *que vende al contado;* va usted en busca de la libertad, y se tropieza con los bancos formidables de Wall Street, en donde la constitución que rige es el cheque azul, con manchas de crédito negro... ¡Oh, la libertad!

Por otra parte, siempre he encontrado allí los mismos enemigos de la libertad: los sentimientos humanitarios de aquel pueblo y la decantada civilización... ¡Y qué contrastes dominaban, aquella tarde, la casa del Apóstol! Frente á Roosevelt guerrero, estadista, cazador, jockey, filó-

sofo y sportman, el filipino Arellano, refugiado en un rincón de la gran casa, cautivo en una cárcel enorme de tentaciones y de luz, arrullado por la música de un poderoso de la tierra, frente al estadista, confuso, frente al guerrero, vencido, frente al cazador, herido y sin alas, frente al sportmán, juguete de sus caprichos, frente al filósofo, rebelde, indignado...

(Junio, 1904.)

LOS SUEÑOS DEL GRAN TEODORO

I

El mensaje que hace pocos días dirigió al Congreso de los Estados Unidos el Presidente Roosevelt ha puesto los pelos de puntas, según chismes del cable, á los gobiernos de la Argentina y del Uruguay; pero yo me figuro, y razón tengo para ello, que los pelos de los gobiernos del resto de la América Española se hallarán en situación semejante y, sin caer adrede en extravagancia, imagino que, por lo menos, el mismo Mensaje habrá producido algún efecto desagradable en los pelos de los gobiernos de las potencias europeas. Mr. Roosevelt, lisa y llanamente, reconoce, para los Estados Unidos, el derecho de tutela sobre los pueblos de *su* Continente; la

nariz de Uncle Sam, á juicio del grande hombre, puede meterse en donde le dé gana; y en cuanto las Repúblicas, impropiamente llamadas *convulsivas*, hagan cosa que no sea del agrado del propio *Uncle*, este flaco, largo y audaz personaje puede intervenir y colocar los trastes del modo que mejor le plazca y, desde luego, conforme á sus ámplios y complicadísimos intereses materiales y morales. Si el chaparrón tuviera fin aquí, nos quedaría el recurso de dirigir la proa al viejo mundo; pero ¡oh, tristeza! aún llueve... y lloverá. Mr. Roosevelt declara que también goza *Uncle* del derecho de mezclarse en asuntos interiores de otros pueblos, en donde quiera que se encuentren, sin preocuparle, ni con mucho, la bandera que les cobije, ni el escudo que selle sus fronteras, y da por cosa cierta que para tales empresas será suficiente que *Sam* amanezca de mal humor ó con el ceño fruncido ó con ganas de meterse en camisas de once varas...

Pero el secreto consiste en que la di-

chosa doctrina de Monroe, después de haber expresado, con una dulce complejidad, una idea sublime, ha venido á ser el alma de una ambición casi suicida. "América para los americanos" dijo el buen obrero que modestamente se encaramó en la silla de Jorge Washington; y no quiso decir, según sus descendientes y herederos legítimos, que no fuera también para los americanos todo cuanto esté al alcance de sus garras, aunque no lleve el nombre del afortunado Vespucio.

Cuando yo tuve la humorada de visitar á Roosevelt, en Junio del año en curso, las amables palabras con que el famoso Presidente me habló respecto del porvenir de Cuba, que yo reproduje en un extenso artículo publicado en *El Mundo*, sonaban como una fusta para el resto de la América española; y aún recuerdo que con cierta amargura consigné, en mis impresiones, que Roosevelt luchaba, al hablar de Venezuela, Colombia, etc., con el propósito de no empeñar su palabra, dejando traslucir, con una seriedad apostólica, el fondo

inquieto de sus ideales. "Cuba—me dijo Roosevelt—por el orden y el buen gobierno, realiza una importante misión en el Continente, trascendental para las Repúblicas del Sur..." Y eso lisa y llanamente significaba lo siguiente: "Cuba servirá para que los pueblos todos de la América latina pierdan el miedo á la intervención de los Estados Unidos, á la más venturosa de las intervenciones."

Algunos meses después, le refería yo al general Porfirio Díaz mis impresiones de aquella entrevista, y el ilustre Presidente de México sonriendo con más temor que desdén, censuraba la actitud de Mr. Roosevelt. Y entre otras cosas muy interesantes, que reprodujo para tenérselas en cuenta el *New York Sun*, me dijo que esa especie de *misión* pedagógica que pretendía asumir Roosevelt sobre las Repúblicas latino americanas jamás sería por éstas reconocida. El viejo caudillo, acostumbrado á evitar complicaciones de carácter internacional, parecía muy dispuesto á llamar al orden al exjefe de *rough riders*, que confunde á

veces la política entre las naciones con el *football*, el juego de sus más intencionadas máximas de carácter filosófico.

¡Cuánto habrán indignado, al gran Porfirio, en el silencio de su prudentísima política, las últimas declaraciones del Presidente de los Estados Unidos que son algo así como el discurso de apertura de una escuela monstruo, en la que hacen de discípulos unos cuantos jefes de Estado, entre presidentes, reyes, emperadores y autócratas de diversas razas!

La prensa entiende que asistimos á un nuevo espectáculo. El pueblo americano se pone el uniforme de nación conquistadora; y Roosevelt comienza á reproducir, en la historia contemporánea, las páginas que dejó escritas, en la historia antigua, y para que no se extinguieran jamás, el terrrible Julio César. Desde luego que la prensa exagera y que no estamos á las puertas de Roma, ni con mucho. Pero Mr. Roosevelt anda á caza de gloria y la gloria costó á Julio César la célebre dentellada

de Cicerón: "Has hecho mucho para cautivar la admiración de los hombres —le dijo al vencedor de los galos el primero de los oradores:—pero no lo bastante para merecer sus alabanzas." Mas, en honor á la verdad, si bien es cierto que nunca como ahora Mr. Roosevelt ha dado á conocer en toda su trascendencia el extraño concepto que tiene de la doctrina de Monroe y despliega el banderín de enganche de sus muchas otras y muy extraordinarias doctrinas, no debemos desconocer que el gran político (llamémosle así, á pesar de todo) es consecuente con sus ideas anteriores y corresponde, sin contradiciones que lamentar, á las propagandas políticas que hizo en sus libros antes de encaramarse á la Casa Blanca.

Roosevelt es autor de ocho ó diez pequeños volúmenes de historia, filosofía, política y sport, y hasta en los que dedicó á esta última y agradable materia, se muestra amigo de la libertad de todos los pueblos, pero más amigo aún de la grandeza de los Estados Unidos y

de la gloria *yanqui*, aun cuando ella costara su independencia á todas las naciones libres del orbe. Se me objetará que nadie hizo caso de esas teorías y propósitos políticos y de alta filosofía cuando su autor los dió ál mundo; pero la respuesta á la objeción es abrumadora: para que le hicieran caso á sus teorías y propósitos, puso Roosevelt proa á la Presidencia, y una vez en ella, mete al mundo dentro de los horizontes de su pequeña obra, iluminada ahora y hasta inmortalizada por los fuegos regios de la Casa Blanca. Los estadistas del tiempo de Jefferson eran, para Roosevelt, tímidos. Su corazón de patriota se siente invadido de un entusiasmo casi épico cuando aparece John Quincy Adams y bajo la presidencia de Monroe anuncia claramente la doctrina en cuestión, aplicándola á los negocios de España y Rusia en América. Y casi está en vísperas de hacer crisis el entusiasmo de Roosevelt, cuando de las modestas páginas de sus libros vé desprenderse un rayo de gloria que le permite ver lo

futuro y desentrañar los secretos del porvenir... La doctrina Monroe, convertida en vehículo de grandeza, engalanada de cintas rojas, se le figura en carrera abierta hacia algo así como el monte á donde fué Moisés en busca de las tablas de la ley; y en este sueño de tormenta, Roosevelt cree divisar, allá muy lejos, á sus descendientes que atraviesan el mundo á horcajadas sobre cañones de grueso calibre, y graban en las puertas de los pueblos conquistados las palabras que escribió en una de sus obras el propio Roosevelt y que le han valido el aplauso de los retóricos de Washington: "La paz sólo es una diosa cuando aparece con la espada al cinto."

¡Dios nos coja confesados el día que se decida la diosa de Roosevelt á pasearse por *nuestra* América!

II

El lector, pecando por cierto de malicioso, dirá que tengo instalado entre ceja y ceja al gran Teodoro Roosevelt...

No quiero desvanecer del todo tan peregrina creencia, entre otros motivos de peso, porque teniendo entre ceja y ceja á personaje de tanto cuidado como Mr. Roosevelt, demuestro ser hombre sensato, reflexivo y un poquito pensador. Nosotros, los hijos de Cuba y tataranietos distinguidísimos de la vieja y quejumbrosa España, nos sentimos muy satisfechos con esta República cordial que nos deparó la previsión y buen olfato de José Martí. Pertenezco, téngase en cuenta, al número de los que baña el agua fresca del patriótico manantial; y

deseo con todas las fuerzas de mi abollado corazón, que nos dure mil años, con prórroga ilimitada, el venturoso bienestar patriótico que descansa sobre nuestras almas. Pero...

Si bien me preocupa no hacer el tonto y no sentar plaza de cándido, que es la plaza más triste y solitaria del orbe, tampoco apetezco, para vestirlo como gala, el traje del antiguo lancero que á todo cuanto le contraría acomete, ni mucho menos gusto de merecer, entre las gentes optimistas que pasean su amor patriótico por las grandes y verdecitas almas que Dios les dió, el nada simpático dictado de *agua-fiestas*, verdugo sonriente de todas las alegrías.

Mr. Roosevelt, y entremos en materia, presenta al mundo civilizado—y al no civilizado también—un enorme espíritu ávido de proezas. Los soberanos de Europa, Asia y también Africa, entran en cuidado cada vez que este espíritu trepida, en los solemnes muros de la Casa Blanca, y cerrando un ojo, como cualquier profano, asoman el otro por el

lente filosófico que ha puesto Mr. Roosevelt sobre la cúpula del hermoso Capitolio... «¿Ha visto S. M. algo?» se preguntan ahítos los unos á los otros. Y á la postre convienen en uno de estos dos extremos: ó Mr. Roosevelt se guasea con las cuatro partes del mundo ó aquí vamos á tener bronca, motivo por demás suficientemente grave para que temblemos.

El sospechoso jefe de Estado de la Unión Americana, ofrece á la vista, con los mil colores de su cerebro, el aspecto de un kaleidoscopio intelectual. Y tal parece que entre los alardes más ó menos exigentes de su paleta literaria, se deslizan las pícaras Musas que concluyen por rendirlo, acostándolo sobre el lecho de sus ideales, en donde sueña como un bendito en mil piruetas que, de no evitarlo el prestigioso *common sense* yanqui, podrían transformarse en trágicas...

Pues qué, ¿se figuran Uds., pobrecitos lectores míos, que Mr. Roosevelt cazador, filósofo, guerrero y gobernante, se contenta con seguir adherido como un

pólipo, á las máximas envejecidas y enervantes de aquel Washington que apenas le trataban de asuntos políticos echaba manos del arado para mostrar sus hondas, profundas, inextinguibles virtudes ciudadanas?

Roosevelt entiende que la nación á *su cargo* comienza en este momento histórico una nueva Era de ideas é ideales. Y á ese fin, con una seriedad musulmana, se ha subido mil veces á la tribuna pública echando por esa boca toda la filosofía que ha cultivado en su gran cabeza de reformador. Se ha leído mucha prosa inglesa de las mejores marcas políticas, y sabe que el gobierno—como pensaba Spencer—ha nacido de la agresión y por la agresión, y está allí *¡ladies and gentlemen!* para agredir cuando convenga á la soñada y sonada gloria... Aquí se ha hecho mucha vida práctica y los hombres prácticos son perniciosos ante los fuegos más ó menos artificiales de la filosofía—piensa Roosevelt allá por los recobecos de su lindo kaleidoscopio. ¿Para qué, de otra suerte *¡ladies and*

gentlemen! he escrito yo mis libros, traducidos al idioma de Cervantes y al idioma de Confucio, y á otros idiomas parecidos ó diferentes, si no estáis en el secreto? He ahí escritas mis palabras, sobre el altar que levanté con mi pensamiento en Sagamore Hill. Os las voy á repetir, mis amadas y rubias *ladies* ¡oh insípidos *gentlemen!:* «Los hombres deben jugar lealmente, sin supercherías, que sólo puede alcanzar el éxito el jugador que pegue fuerte sobre la línea.»

Yo me figuro que así son los discursos de Mr. Roosevelt, con perdón de todos los *gentlemen* y de todas las *ladies* que han tenido la suerte de escucharlos. Además, la lectura de algunas luminosas páginas de Roosevelt me han bastado para afirmar mi juicio de su ser moral é intelectual y para darme cuenta, en parte, de sus aspiraciones como pannorteamericanista.

Tengo abierto, ante mi vista, un libro suyo filosófico-político y me hago cuenta que es su persona. En el acto simulo una *interview* con el gran *sportman*. A

mis preguntas, respondo con textos de ese libro escrito cuando los republicanos pretendían matar sus aspiraciones á la jefatura de la nación almacenándolo en la vice-presidencia.

—¿Qué piensa usted, amigo Teodoro, de las colonias europeas en América?

—Pues, voy á serle franco, aunque tal vez le asombren un poco mis palabras. A *mi* Rupública no le conviene que las grandes potencias militares adquieran influencia en este Continente y no consentiré, á las que tienen colonias por estos barrios, que las engrandezcan. De otro modo tendríamos que armarnos hasta las narices. Todo patriota debe pensar, en mi país, que llegue la hora en que se extinga en América la huella de Europa.

—¿Y si Europa hace felices á sus colonias y son ellas, por tanto, fuente de civilización y hasta de libertad?

Las páginas del libro se agitan como queriéndome expresar que á don Teodoro le molesta la pregunta. El *monocle* se le cae y el bigote se le pone en punta.

—Para nosotros es de suma importancia impedir el desarrollo moral y material de las colonias europeas en el hemisferio occidental... Siendo desgraciaditas esas colonias aspirarán á formar parte de un gran Estado independiente... (*Pausa*) Vea usted, lo que son las colonias. Ninguna de las inglesas está actualmente en condiciones de igualdad con la madre patria. En el fondo los ingleses desprecian á los canadenses, «como se desprecia, y con mucha razón, después de todo, al que acepta su propia inferioridad». El norte americano, á su vez, mira al hijo del Canadá con «esa benévola condescendencia que siente el hombre libre por el que no lo es». La conquista de Jamaica no ha sido un triunfo de la civilización. Véala usted que parece una copia de Santo Domingo. La Guayana Inglesa no es otra cosa que una triste barraca donde algunos centenares de blancos se enriquecen mientras la masa de la población la forman indios, negros y asiáticos indigentes... Las colonias europeas, en fin, encierran «menos gérmenes de

progreso verdadero que un Estado como Venezuela ó Ecuador... »

—¿Usted cree que las Repúblicas de la América del Sur pueden llegar á desarrollarse hasta formar naciones completamente civilizadas y estables?

—¡Vaya! Es usted preguntón. Yo creo que tienen probabilidades de llegar en lo porvenir á eso que usted dice, tomando como tipo á Portugal...

—Ya ha sido usted bastante amable, *uncle* Teodoro, y quiero una síntesis ó un par de ellas. ¿Cuál es su sueño dorado, elevándose su alma, que la tiene usted muy poderosa, á las altas regiones del pensamiento?

—Pues, voy á contestarle al oído: sueño con una especie de confederación de todos los pueblos que hablan inglés...

Y mientras escribo estas cuartillas, el tintero que tengo delante se me antoja que va creciendo vertiginosamente, hasta convertirse en el Capitolio, aquel enorme Capitolio que durante un invierno contemplé, cada mañana, cubierto de nieve é iluminado por los rayos de un

sol que temblaba de frío. Sobre *mi* Capitolio, diviso la figura arrogante del gran Teodoro y escucho su palabra elocuentísima que me dice: «No soy el rey Khufu que construye su tumba con el sudor de muchos miles de esclavos que trabajan al son del látigo que sacuden cien capataces; valgo por un hombre de paz, hasta cuando hablo de la guerra, y aunque otra cosa teman las coronas europeas; aspiro, modestamente, á que las *ladies* y *gentlemen* de *mi* futura confederación «peguen fuerte sobre la línea...»

Yo pienso: seámos filósofos y juguemos al *football.* Así nos tendrán por grandes políticos los dioses de la nueva Era...

(*Diciembre, 1904.*)

PORFIRIO DIAZ

I

A LA hora señalada por el héroe, ó por alguno de sus Ministros, á las once de la mañana del memorable día 29 de Septiembre de 1904, subíamos la amplia y bien alfombrada escalera de las Residencias Presidenciales del Palacio Nacional de México, el general, y amigo mío muy querido, á quien soy deudor de todo género de atenciones y benevolencias, Carlos García Vélez, Ministro Plenipotenciario de la República de Cuba ante el gobierno de Porfirio Díaz, y este pobre periodista que escala á los poderosos con laso la idea, sana si las hay, de penetrarles el cerebro, aunque suelen no tenerlo, y obligarles á abrirse, como un libro de confidencias, á la vista curiosa

y exigente de los lectores de *El Mundo.*

Iba delante nuestro Ministro; le seguía yo, como posesionado del raro deber de poner mis pies en la instantánea huella de los suyos. Un portero indio, raquítico, vestido de lujosa librea, nos abrió una gran mampara; la atravesamos con la mayor circunspección y salimos á un largo corredor, cuyos tapices y alfombras procuraban ser suntuosos, graves, solemnes. Cerradas, á la traidora brisa de una mañana húmeda, las grandes persianas que levantaban á nuestra izquierda hermosos arcos, la sombra era profunda y triste, y á unos focos pequeñitos de luz que serpenteaban el cielo raso, debimos el singular favor de enterarnos de que pasábamos primero ante un óleo inmenso de don Benito Juárez, después ante otro, de igual tamaño, en donde brillaba la estampa de cruces y de insignias del general Díaz, deteniéndonos, al paso de un oficial, ante la gloriosa efigie del cura don José María Morelos, cuya cabeza, envuelta en un pañuelo, me pareció la más luminosa de las tres.

Remedábamos dos frailes cruzando por la imponente nave de una catedral antigua y contribuyó á la impresión religiosa y humillante de aquel aparato de Real Casa, el Mayor don Pablo Escandón, millonario y servidor del general Díaz que nos dijo, á media voz, como rezando el Padre Nuestro:

—Un momento.... El Presidente está «en acuerdo con el Secretario de la Guerra».

Apenas pronunciadas estas palabras, rasgó nuestros oídos el ronco murmullo de un timbre eléctrico sin timbre que hizo saltar al millonario Escandón, quien echó á correr como atacado de súbita locura y desapareció por una de las puertas que nos quedaban de frente. Recuerdo que pensé decir algo, acaso un comentario de los millones que es fama que posee el ya citado don Pablo Escandón, pero éste, cuya agilidad y destreza no es ponderable y que acaso envidiría la pulga más nerviosa, no me dió tiempo á desplegar los labios reapareciendo ante nosotros con aspecto de mártir, desencajados

los ojos, pálida la tez, temblorosas las mandíbulas inferiores: «Pasen ustedes», nos dijo inclinando la cabeza, clavando sus ojos trémulos en la obscura alfombra y manteniendo, con la diestra, abierta la mampara por donde pasamos con lentitud..... El millonario, esclavo de su deber, parecía sujetarnos la enorme ala de un águila monstruo destinada á llevarnos á la estancia encantada del Gran Señor.....

II

Entramos en el salón verde, lujosamente tapizado con una severidad intachable: en el centro, inmóvil como una estatua, la cabeza hacia atrás y la mirada altiva, nos esperaba el general Díaz. En el primer momento no supe distinguir al grande hombre de una de esas magníficas figuras de cera del *Eden Musee*, de New York; y no puedo explicar la sensación que recorrió mis sentidos y mi médula, cuando la figura de cera, dejando su aspecto inerte, avanzó hacia el general García Vélez y nos dió la mano ceremoniosamente, con una cortesía practicada á diario por algunos lustros. Sentí deseos de decirle: «Ah! Conque es usted Porfirio Díaz!» y hacerle un

minucioso examen de su persona, tomando placas fotográficas, en la memoria, de su figura, de su tipo, de sus casi teatrales actitudes..... Mi mano fué oprimida por la suya.

Vestía traje claro, de americana, cortado por una rigurosa moda inglesa que es del agrado de los elegantes mexicanos. Su estatura, sin ser pequeña, defrauda las esperanzas de los que le juzgan, por sus retratos de busto, hombre corpulento y talla sajona. La naturaleza, que sin duda pensó hacerle un hombre grande, le dejó, para completar su tipo, demasiado cortas las piernas, á lo que no es ocioso añadir la circunstancia de que su vida militar ha señalado en esas piernas, un tanto dobladas en forma de arco, la montura de su caballo de ilustre caudillo. ¡Pícara y veleidosa naturaleza, que al escogerle entre los favoritos de su caprichosa generosidad, comenzó por hacerlo hombre grande y á la postre lo hizo grande hombre!

En rápidos movimientos, el general Díaz se acerca á mí y retrocede luego á

cierta distancia, como para mirarme de pies á cabeza. La agilidad de su cuerpo no corresponde á la severidad de sus facciones, y se me antoja que éstas exigen inútilmente del individuo modales pausados de una gravedad digna de Alejandro..... Sus largos brazos, que no ha educado todo lo que él quisiera, se mueven con demasiada violencia y sólo encuentran reposo en el silencio del héroe, cuando sus labios se cierran y se esconden bajo las hebras de su bigote blanco... Sus ojos son más bien pequeños que grandes, pero tan vivos que al mirar horadan. Y su tersa frente, sólo tiene un pliegue á la orden de sus impresiones, que aparece de vez en cuando coronando alguna frase intencional, ó alguna anécdota que agita gratos recuerdos en el alma de acero del caudillo.

El perfil del general Díaz me causó una sorpresa muy explicable, y que no debo omitir. Hé ahí el rostro de un hombre de expresivas y bien definidas facciones que casi no tiene perfil, pudiendo trazarse una línea recta desde el disi-

americana en la que, jugando poco papel la doctrina Monroe, aseguraría la paz y la buenaventura de los pueblos latinos de nuestro Continente. Experimenté la necesidad de saber qué pensaba de tan arduo problema el Presidente Díaz, y revistiéndome de cierta audacia, moderada y enérgica, le hice algunas preguntas concretas en busca de soluciones *definitivas*.

El general Díaz, haciendo gala de cierta franqueza habitual, procuraba á todo trance ocultarme no sólo sus pensamientos íntimos sino sus sentimientos contrarios á todo alarde norteamericano, y con una sutileza que revela su inteligencia vivísima, apenas me dejó recoger alguna que otra declaración firme, inequívoca, terminante: «La doctrina Monroe, tendrá su principal virtud, la que la hará respetable y sana, en que no signifique la intervención de los Estados Unidos en nuestras diferencias con Europa sino cuando nosotros la juzguemos necesaria y estemos dispuestos á aceptarla de buen grado..... Por lo demás, cierta ligereza

del Presidente Roosevelt, al tratar de estos difíciles asuntos le ha valido severos ataques y fuertes censuras.» Y la conversación tomó un giro interesante: «¿Los Estados Unidos están llamados, por misión divina, á ajustar las cuentas á las Repúblicas de América que viven en constante revolución, y tienen el derecho de establecer con ellas ciertos vínculos que obliguen á dichos pueblos á vivir en paz con riesgo de su independencia? No es lógico que los Estados Unidos pretendan desempeñar funciones «pedagógicas» con respecto á las repúblicas centro y sudamericanas; y éstas jamás le reconocerán á aquel pueblo ese singularísimo derecho.»

La voz del general Díaz es fuerte, profunda; á veces remeda el tañido enérgico de una campana hundida en una bóveda; se nota que el timbre de esa voz, al hacerse más grave con los años, ha perdido algo de su armonía; y como si al emitirla estuviera sujeta su garganta á una sola medida, su intensidad es la misma siempre. Me produce el efecto de que no ha

sabido cambiar la voz de mando del militar, por la voz agradable, melíflua del gobernante de salón y que por eso, de vez en cuando, echa de menos, entre las luces sonrientes de la sala de embajadores, á su amplia, alegre y ventilada tienda de campaña. Repuesto, como por el toque de un resorte, del breve olvido de su papel en el mundo de los soberanos, prosigue su charla dando á las palabras menos importancia de la que acaso pudieran tener.

Cuba, en su opinión, puede llegar á quitarse la cadena de la ley Platt; gobiernos futuros que interpreten mejor que el actual, en los Estados Unidos, la verdadera democracia y la libertad, romperán ese compromiso que deja incompleta la independencia del pueblo de Cuba; «pero es necesario mucho tacto y mucha inteligencia; cuidarse de que no se apoderen los extranjeros de la tierra, para que no lleguen, en no lejano día, á las urnas electorales á realizar el verdadero ideal anexionista. Yo supongo, además, que el gobierno de Cuba se preocupará de la

inmigración, abriendo las puertas á la de nuestra sangre, á la española, á la latina, única que lleva á nuestros pueblos ciudadanos que asimilan sus intereses á los nacionales y que constituyen la familia hispanoamericana.....

»He seguido siempre con interés la vida del pueblo cubano y sus luchas por la independencia, desde los tiempos de Narciso López. En 1857, el señor Matías Romero, representante de México en Washington, me envió á Tehuantepec un cargamento de armas muy importante. El encargado de llevar dichas armas hasta dejarlas en mi poder, fué un joven cubano, de apellido del Cristo, á quien después nombré mi secretario y utilicé sus servicios durante dos ó tres años. Del Cristo había sido secretario de Narciso López....»

IV

En los días en que fuí recibido por el general Díaz, una gran agitación de carácter político, y con acentos de hinchado patriotismo, mantenía en actividad á la opinión pública y en alarma á la prensa. El gobierno personal de Porfirio Díaz quitó del tapete, hace tiempo, los problemas que afectaran á principios de partido; el pueblo abandonando, por el terror, las luchas políticas y sometiéndose á la voluntad de un caudillo que coronó de gloria al Ejército y dejó sobre el campo de batalla laureles inmarcesibles, sofocó las ambiciones de sus históricos caciques, que se redujeron á la mano de hierro que sabía manejar con incomparable destreza los cañones y las

conciencias de los patriotas, deslizándose en una vida de dulce bienestar. La industria creció al amparo del nuevo Moctezuma; el progreso material causa profunda sorpresa en la opulenta ciudad de los lagos; y todo ello es dorado escenario de la comedia política que se representa con irreprochable maestría. Todos los resortes están en manos del jefe del Estado; su voluntad, su iniciativa es la marca de fábrica que se advierte en todas las manifestaciones de la vida mexicana y el sistema de gobierno, por extraordinariamente complicado, resulta portentoso y digno de un cerebro estupendo.

Un pueblo díscolo, con sus millonadas de indios ignorantes y fanáticos, no podía vivir en una democracia perfecta, al amparo de leyes experimentadas en la dichosa república de Ginebra. Su porvenir, era la guerra sin término, la esclavitud á todas las tiranías, y sólo podía salvarle, en medio de la sangre vertida, sobre la huesa insepulta de los héroes, á la vista del desolado paisaje en donde cortan la riqueza del suelo la ruina y los

escombros del odio humano, un verdadero carácter, una inteligencia, una voluntad capaz de remover la nación en sus cimientos y edificar, sobre cimientos nuevos, un pueblo libre y apto para comprender las venturas ilimitadas de la democracia y la democracia misma.

Como es lógico, la vida intelectual tomó una orientación distinta, las iniciativas de los hombres de letras se tornaron en exceso tímidas y un acomodamiento de sabios é ignorantes á la nueva manera de subsistir, determinó la parálisis ó el entumecimiento de las clases pensadodoras. Se escribieron buenos versos y se fundaron periódicos gobiernistas redactados en literatura ministerial: las cárceles fueron albergue de algunos espíritus imprudentes que no sometieron por completo sus ideales á aquel pacto de las conciencias; y el fanatismo de los héroes y de los patriotas, sin chocar con el análisis, ni con la disputa de los hombres competentes, levantó en el pueblo altares iluminados por la ficción de seres inverosímiles.

Al levantarse y romper el silencio un hombre eminente, Francisco Bulnes, gran orador y notabilísimo crítico, para volver á la verdad las fábulas de la historia popular, rebelóse el fanatismo de las multitudes, llegando éstas á un grado de excitación lamentable al publicar el señor Bulnes su libro *El verdadero Juárez*, que es una crítica si se quiere acre, pero con el lastre de buena documentación é ilustrada por una lógica á veces irrefutable á veces también delirante y loca.

La agitación, que he llamado de carácter político, en que hallé á la vecina República, obedecía á la publicación del *Verdadero Juárez*, que promovió los rugidos de las turbas contra el señor Bulnes en la fecha del 16 de Septiembre, consagrada hasta entonces á conmemorar el grito de independencia dado en el pueblo de Dolores por el inmortal cura Hidalgo. El hijo del Benemérito de las Américas, convocó á una junta de prominentes liberales para que le diera consejo sobre la conducta que debiera asumir respecto

al señor Bulnes por los ataques de éste á la memoria de su ilustre padre; la prensa no cesaba de escribir artículos virulentos que el señor Bulnes contestaba, golpe á golpe, con un valor cívico á toda prueba; pasquines, libelos y hojas patrióticas se desbordaron, durante algunos días, por las calles de México; en la Cámara de Diputados, se pretendió por algún exaltado la expulsión del señor Bulnes y éste, al abrirse la nueva legislatura, no osó presentar su acta: ¡gloriosa expiación de un pecado santo!

En medio de aquel escándalo, de aquel renacimiento de viejas inquinas, de odios dormidos que despertaban, parecíame ver un nuevo ejercicio de sus derechos de libertad concedido al pueblo por la mano hábil del gobierno, y sin dar la razón á Bulnes ni pensar que traicionaba á su patria porque hablaba el lenguaje de la verdad, juzgué que era útil, para sacudir la modorra de tantos años de silencio, aquel golpe certero al fanatismo de las multitudes, aquel zarpazo á los ídolos que han tenido por pedestal, no

la crítica y la sinceridad de la historia, sino la adulación de unos y la ignorancia de otros.

Todas las opiniones se habían exteriorizado en la prensa, pero nadie sabía lo que pensaba el Presidente de la República. El Cromwell del Anahuac, contemplaba la escena desde su opulento Palacio, cuidando sólo de que no se alterara el orden público, ni corrieran peligro la vida y los intereses de Bulnes y sus amigos, y estudiaba, sin duda, en aquel juego de su profunda política, la aptitud adquirida por su pueblo, en veinte años de paz, para irle devolviendo la libertad que á juicio de inventario le retuvo.

Haciendo un esfuerzo ante el dominador, le pregunté lo que acaso no le había preguntado nadie aún: «¿Ha leído usted *El Verdadero Juárez?*

—Sí—me respondió:—lo he leído con detenimiento y he seguido con cuidado las polémicas sostenidas en la prensa acerca de este ruidoso asunto.»

El Presidente dejó escapar una de esas cortas carcajadas que siempre ahoga al

dibujarse en sus labios, y su rostro, desfigurado por ella, fué por un instante, casi el instante de un relámpago, ejemplar del más puro mixteca, con ausencia total de sangre española. Aquella carcajada que no hubiera hecho palidecer á los zuavos del Imperio, hizo tal vez temblar, allá en su tumba, al Benemérito Juárez.....

V

No son falsos los documentos que el libro menciona, continuó el Presidente, ni hay en él otra cosa que una exageración sistemática en los cargos que formula contra don Benito Juárez. Y en las polémicas suscitadas por la prensa, el señor Bulnes ha tenido la suerte de encontrarse con impugnadores débiles que no han sabido rebatirle.....»

El general Díaz, goza extraordinariamente cuando se entrega al recuerdo de su pasado, cuando tiene la oportunidad de hablar de sus cañones, de sus soldados, de sus batallas. En su rostro severo y seco, se dibujan líneas alegres que parecen las del corazón que asoma, rejuvenecido y dichoso, á la faz del héroe. El general

28025

Díaz, que disimula maravillosamente su avanzada edad, y que tiene aún la energía de otros tiempos, se estremece al recordar su época de legendario guerrero, y tal parece que, á nuestra vista, por rara virtud de las Hadas, se transforma en aquel estudiante lleno de fuego patriótico que organiza tropas en las montañas de Mixteca contra la dictadura del general Santa-Anna. Y como una ráfaga de luz que hubiera atravesado en aquellos instantes el salón de embajadores vimos el panorama selecto de la existencia de aquel hombre extraordinario que sonreía pensando en su grandeza. Estudiante de teología, primero, de jurisprudencia, después, concluyó por hacerse militar. Era esa su vocación. En sus palabras se advierte siempre el convencimiento de que en él lo más apreciable es el militar, pero acaso teniendo en cuenta que los militares que son grandes políticos y estadistas, dejan en la historia nombres como César y Napoleón.....

—Bulnes formula tres cargos principales contra Juárez—decía el Presidente

concretándose al asunto palpitante:—y esos tres cargos son injustos y fáciles de rebatir victoriosamente. Dice Bulnes que Juárez pudo evitar la intervención francesa comprando á De Morny, el inmoral cortesano de Napoleón III. Yo le contestaría al señor Bulnes con estos argumentos: si la intervención de los franceses tenía por objeto dar un golpe de muerte á la tendencia expansionista de los Estados Unidos, De Morny, repleto de oro mexicano, no hubiera podido disuadir al Emperador de enviar las tropas ofrecidas al Archiduque Maximiliano de Austria. Si comprando á De Morny era fácil evitar la invasión francesa, cosa por demás extraña, ¿cómo habría de creerlo y menos de saberlo, acá, en México, don Benito Juárez, á quien es preciso considerar en su verdadera situación, ignorante de las intrigas de la corte de Napoleón III? Además... ¿acaso es una conducta digna de respeto la de un gobierno que compra á los favoritos de las cortes extranjeras para salvar la independencia nacional? Por otra parte, y

esto es lo más curioso, ¿con qué dinero podía Juárez haber comprado á De Morny, cuando las cajas de su tesorero de Hacienda estaban exhaustas, cuando apenas tenía dinero con que pagar la ración de sus caballos? Juárez en aquella época no hubiera tenido oro ni siquiera para sufragar los gastos de un agente que fuera á París á proponer á De Morny un negocio tan singular.

El general Diaz, como asaltado por la reproducción instantánea de sus hechos gloriosos, se detuvo, sus ojos brillaron con más intensidad, y en su tez cobriza, encontró asilo una sonrisa que vagaba en su derredor.

—Según Bulnes, Juárez no quería, en nuestra guerra contra el Imperio, *un jefe único, un caudillo*, y ha creído tal vez halagarme señalándome como un postergado de Juárez en su afán de ser él el solo representante de la defensa nacional. Y créame usted que en este punto el señor Bulnes incurre en una inexactitud lamentable. Precisamente á mí me propuso el Presidente Juárez esa jefatu-

ra única, el honor de ese caudillaje...

Porfirio Díaz, rebosante de satisfacción, erguida la cabeza, y pronunciando cada palabra como con el propósito de oirla rodar hasta sus oyentes, aludió á uno de los episodios novelescos de su vida, su evasión de Puebla, lograda con una serenidad y un valor dignos del famoso personaje de Dumas que escapó de la prisión lanzándose al mar desde la torre de un castillo.

—Llegamos á México Berriozabal y yo; fuimos al Congreso, primero, en donde se nos hizo una ovación, y de allí vinimos á Palacio á saludar á don Benito. Ambos éramos ya generales de brigada, y yo el más reciente. Después de una cordialísima entrevista con el jefe del Estado, nos dijo don Benito: «Ahora necesito que ustedes acepten mi nuevo plan, encargándose uno de la cartera de Guerra y otro del mando superior del Ejército. Queda á la elección de ustedes mismos...»

»Juárez quería un *jefe único, el caudillo.* Mi respuesta fué poco más ó menos esta:

«A mí me parece que no debemos aceptar esa posición, y que ni al gobierno ni á usted, señor Presidente, les conviene que aceptemos. Por mi parte, soy un general que despertaría celos, resentimientos justificados, porque para esos cargos tiene usted aquí generales más antiguos, de más graduación y más fogueados que yo. Para Ministro de la Guerra ó para jefe supremo estoy *verde* todavía (recuerdo que estas fueron exactamente mis palabras) y si aceptaban el ejército y el país la autoridad de que usted me investía, sería... no por mí, sino por respeto á su nombre y por consecuencia á su inmenso prestigio...» No había sido aquella una vana oferta de Juárez, con el simple objeto de alucinar mi fogosa juventud; don Benito insistió en ella, y al siguiente día continuamos debatiendo el punto. Al fin el Presidente, convencido tal vez por mis leales argumentos, me dijo que me daría el mando que yo le pidiera y extendiéndome un papel y una pluma me invitó á redactar el nombramiento que yo de-

seara. Así llegué á ser el jefe del Ejército de Oriente, obteniendo la facultad de organizar esas tropas en mi Estado, en mi montaña, con los hombres que más conocía y en quienes mi influencia era más efectiva.»

El general Díaz habla del Ejército de Oriente como de su objeto más amado; lo describe sobre el campo de operaciones con profunda ternura, y le cede, generosamente, á aquellos soldados, todos los laureles de sus épicas victorias... Prosigue:

—Otro cargo injusto contra Juárez, el que Bulnes llama la «inquebrantable debilidad» de don Benito...

»Todo lo contrario, Juárez como gobernador de Oaxaca demostró una virilidad y una energía muy grandes. En el ministerio del Presidente don Juan Alvarez, Juárez fué el carácter, el corazón de acero, el reformista que jamás retrocede ante la amenaza... El hombre que en Veracruz, rodeado de todos los peligros de la guerra, por mar y por tierra asediado, da el decreto de nacionaliza-

ción de los bienes del clero, es alma vigorosa de un temple excepcional.

»No, no era débil el Presidente Juárez. Recuerdo cierta vez que á mí me dió una muestra inequívoca de su carácter. Don Benito y yo no estábamos en buenas relaciones; el Estado de Oaxaca me había regalado un pedazo de tierra, y yo, renunciando á todo, me había ido á mi montaña á sembrar coles. En aquel tiempo, un iluso, Aureliano Rivera, sin fuerza y sin prestigio, habíase sublevado contra el gobierno, y éste, con mano firme, dió un golpe mortal á aquel delirante revolucionario... Aureliano logró ocultarse, escapando á la severa justicia de Juárez, y la vida, prolongada en la sombra de un hondo escondite, se le hacía insoportable. Entonces resolví ir á México á ver á Juárez, con el fin de que Rivera recobrase su libertad. Don Benito, se mostró muy deseoso de complacerme y me dijo: «Haga usted que su amigo se presente á la justicia; se le formará el proceso que corresponde y yo le garantizo que la

pena que se le imponga será breve y nada vejaminosa ni molesta para él.» Medité un instante, creí entrever algún propósito no de acuerdo con la buena fe de mi súplica y le pregunté: «Quiere usted, don Benito, garantizarme el tiempo que ha de durar el proceso?» Podía, sin perjuicio de ser suave la pena, prolongarse el proceso indefinidamente y transcurrir tanto tiempo, para la sentencia, que Aureliano Rivera se consumiera en las mazmorras de la cárcel. Don Benito me respondió: «No me es posible garantizar la duración del juicio.»

»Exigida previamente la palabra del caballero de no descubrir, por mí, el lugar donde se ocultaba Rivera, don Benito no podía hacer nada si yo rehusaba sus «buenos oficios». No los acepté, en efecto, y un poco contrariado, pero sin doble intención, murmuré: «Veré pues qué puedo hacer por ese hombre ..» Advertí que á don Benito «le labró» aquella frase, pero, sin alterarse, continuamos hablando de otros asuntos. Al despedirnos, me acompañó hasta la puer-

ta, esa misma puerta por donde han entrado ustedes, y sus últimas palabras, estrechando mi mano afablemente con las suyas, fueron: «A ver... á ver qué puede usted hacer por *ese hombre*...» El tono con que las pronunció, me produjo la sensación de una herida. Parecía que me retaba, seducido por un mal consejo de su extrema susceptibilidad... Y ¡cuánto no influyó en mi ánimo para posteriores determinaciones aquel desafío cortés pero injusto de don Benito Juárez!

»Bulnes, al calificarlo de «inquebrantablemente débil» incurre en una falsedad manifiesta...»

El general Díaz habló aún más; recordó los tiempos en que fué discípulo de Derecho Civil del propio Juárez y su palabra, que brotaba espontánea de sus labios, como una cascada de luz, no tropezaba con ningún período de afectación repulsiva, deslizando los modismos propios del oaxaqueño y acentuando algunas voces con los vicios más populares en aquella tierra...

Al terminar, adquirió repentinamente

su gravedad inflexible; su fisonomía recobró su habitual dureza; se apagó en sus labios la sonrisa que le rejuvenecía; y puso en ejercicio sus facultades de gobernante luciendo sus estudiados movimientos de cortesano sobre el verde tapiz del salón de embajadores...

La obscuridad, aumentada en el corredor, apenas nos permitió saludar, al paso, la efigie de Morelos envuelta en una sombra espesa ..

VI

Aquella misma noche, en un lujoso Pullman, me dirigí á Veracruz. Durante el reposo, mi mente reproducía la escena de las Residencias Presidenciales, edificio elegante levantado sobre los flacos hombros de diez millones de indios...

—Interesante figura: ídolo unas veces, héroe como Aquiles, otras: Dictador y demócrata á un tiempo; salvador de tu raza, de tu pueblo, de tu patria, á no dudarlo.... ¿cuál es tu signo en la Historia? ¿La paz á hierro y fuego, ha llevado tu pueblo al borde del abismo ó á las puertas del Paraíso, en donde entrará á pisar sobre los laureles esparcidos de tu gloria de caudillo?

Avanzaba la noche, el tren corría, mi mente volaba... Acaso era yo víctima del delirio de una fiebre... Mis párpados se cerraron, vencidos por la fatiga de la jornada, y poco á poco se esfumó en la bruma del sueño el terrible perfil del mixteca que hacía palidecer á los zuavos del Imperio y temblar de ira, en su tumba, al sublime indio Juárez...

LA GLORIA DE JUÁREZ

La complicada historia de México es con frecuencia objeto de interesantes polémicas en las que á veces ha intervenido el gobierno de una manera notablemente maliciosa. Hace algunos años el ilustre general Escobedo reveló el secreto de una gran traición del Emperador Maximiliano, exculpando, en parte, al coronel López del delito de haber entregado á las fuerzas republicanas la plaza de Querétaro. Los intervencionistas, que no se han extinguido aún y que tienen sus voceros en la prensa, se apresuraron á negar el hecho con argumentos más ó menos importantes; y á la muerte de Escobedo, el Ministro de la Guerra, el General Reyes, sometió los documentos entregados por aquél á una comisión investigadora que los declaró apócrifos. No se contentaron con este fallo los liberales,

y el distinguido escritor don Fernando Iglesias Calderón, hijo de don José M. Iglesias, Ministro de Juárez y vice-presidente con Lerdo de Tejada, publicó un libro interesantísimo y de una lógica incuestionable, que dió al traste con la extraña decisión de los comisionados del general Reyes. Quedó en pie la revelación de Escobedo, y la historia aceptará como cosa juzgada el hecho de que el coronel López entregó á Escobedo la plaza de Querétaro por orden del infortunado Archiduque de Austria, secreto que guardó durante tantos años el ilustre vencedor del Imperio, en virtud de la súplica que en tal sentido le hizo, en su prisión, el propio Maximiliano.

El señor Iglesias Calderón, que juzga de aquellos hechos con una autoridad por todos reconocida, y que, como legatario del archivo militar de Escobedo, posee documentos de un valor inmenso, á pesar de que el gobierno se ha opuesto á que disponga de todo aquel tesoro, por juzgarlo propiedad de la Nación, reprueba al Ministro de la Guerra el interés que

demostró en descargar de la memoria del Archiduque su gravísima falta, y lo relaciona con el hecho de haberse establecido, por primera vez, desde el fusilamiento del Cerro de las Campanas, las relaciones diplomáticas entre los gobiernos de México y Viena á los pocos meses de haber rehabilitado el general Reyes la memoria de Maximiliano, permitiendo á la vez que en el Cerro de las Campanas se erigiera una Capilla Propiciatoria, de la propiedad de la Real Casa de Austria, apadrinada, en opulenta ceremonia, por dos príncipes que con tal objeto fueron á la histórica ciudad.

Las polémicas acerca de estos asuntos han tenido muy cortas treguas; los intervencionistas procuran glorificar la memoria de Maximiliano y el gobierno, fiel á una sabia política de concordia y avenencia, no se opone á que hoy se adore, con adoración platónica, lo que en 1867 era considerado delito de lesa patria. El señor Iglesias, enemigo de Porfirio Díaz, como éste lo había sido de su padre, anonada á los ilusos imperialistas

y empedernidos clericales con sus magníficas *Rectificaciones históricas* casi siempre publicadas en el *Diario del Hogar*, y mal que pese á las legiones conservadoras que aún se desahogan en *El Tiempo*, la verdad se abre paso, triunfante, y la novela del Imperio se despoja de las fantasías de que la adornaron amigos y enemigos.

Perfectamente aclarada, para la historia, la figura extraña del Archiduque, el eminente literato y orador don Francisco Bulnes, emprende una tarea más arriesgada, más difícil y más importante, que consiste en poner frente al Maximiliano verdad *el verdadero Juárez;* publica entonces su famoso libro, que ha producido en México una conmoción profunda, y descalza al dios de la actual generación. Hombre independiente, y de un valor civil á toda prueba, emite sin medias tintas su juicio acerca del Benemérito de las Américas; y deja caer sobre cada período de la vida pública del patriota el plomo de su crítica, nunca benévola, jamás atenuadora, siempre enérgica é implacable.

El señor Bulnes halla á cada paso un error de Juárez; lo advierte ambicioso y patriota á un tiempo; condena su política, y confiere su gloria á la casualidad, que convirtió en triunfos sus equivocaciones, en heroísmo su tenaz inacción y en definitiva é inmortal victoria su incapacidad de organizador y de caudillo. Peca el señor Bulnes, en sus acometidas contra la personalidad política de Juárez, de excesivamente cruel y su criterio histórico llega hasta la torpeza, cuando se empeña en demostrar que él lo hubiera sabido hacer mejor que Juárez. Pensador sobresaliente en *Las grandes mentiras de nuestra historia* (libro que precedió al *Verdadero Juárez*) llega á veces á la nimiedad acumulando cargos contra el ídolo de los liberales mexicanos, y olvida en situaciones determinadas las mil circunstancias que obligaron á Juárez á proceder de una manera anormal y lamentable.

Bulnes es un erudito que no se infla: sus vastos conocimientos los difunde sin derroche y sin jactancia. Su prosa es brillante á veces; flácida, cansada y bru-

mosa á ratos. No escribe siempre con la misma seguridad y firmeza: tiene decaimientos que no se esfuerza en evitar; languideces que acaso sean de su agrado. Leyendo *El verdadero Juárez* con toda fruición, el lector se detiene, en algún momento crítico, para censurar una palabra impropia que disuena, que equivale, en la música, á una nota falsa. De ahí, el escritor se repone y abre las alas á un mundo superior en donde no siempre se mantiene todo el tiempo que á su obra, como arte y como pensamiento, convendría.

Se irrita con los personajes de su estudio histórico y diríase que los abofetea: se encara con uno para llamarlo bribón, aprieta el pescuezo de otro para hacerle sentir toda la indignación de su poderoso espíritu; contempla á Maximiliano y lo califica de imbécil antes que de traidor. Ciego de ira, llega á convertir á Juárez, con notoria injusticia desde luego, en un ser vulgar que se viste de plumas ajenas, sin carácter, sin actividad, sin las virtudes que le concede el

fanatismo que combate. En este camino, el señor Bulnes no vacila y niega que Juárez personifique la guerra contra el Imperio. Lo hace aparecer cómodamente instalado en Paso del Norte, sin sufrir privaciones, « no supo, dice, lo que era la vida errante, sin carruajes, sin comodidades, sin derecho, sin autoridad». Comparando su figura histórica con la de otros de sus contemporáneos la declara inferior por su ambición desmedida, por la inseguridad de sus principios; su « aspecto físico y moral, concluye por decir, no era el de apóstol, ni el de mártir, ni el de hombre de Estado, sino el de una divinidad de « teocali », impasible sobre la húmeda y rojiza piedra de los sacrificios».

El libro del señor Bulnes es una tempestad que envuelve la memoria de Juárez: la estremece, pero no la derroca. En ocasiones, se exalta, ante la impasible actitud del ilustre reformador, y se lanza sobre él para morderle sin piedad. Recobra la calma por breves instantes y su pluma torna á convertirse en el vórtice

de un huracán de acusaciones tremendas. Toda la obra se desarrolla bajo un cielo cubierto de nubes plomizas; el sol no aparece jamás, como si huyera, aterrado, del trueno; y los relámpagos que atraviesan el horizonte del señor Bulnes sólo sirven de instantánea luminaria que descubre un pesimismo hondo, pincelada de luz que produce en ciertos momentos la extraña sensación de un suspiro...

No ha pulverizado el señor Bulnes la memoria de Juárez. El mérito del noble indio oaxaqueño, se destaca entre las manos del fiero historiador. Los enemigos de Juárez, que fueron muchos, le han perdonado ante la tumba, lo que no ha querido perdonarle el señor Bulnes; el fanatismo ha recibido un golpe admirable, el héroe ha dejado de ser dios y su personalidad hasta hoy intangible ha sido puesta á discusión. Los pueblos deben discutir su historia, por dignidad nacional; sus altares no deben ser ocupados por seres á quienes la adoración ciega de las multitudes convierte en objeto de patriotismo intachable. El patriotismo

que se disloca ante la verdad, es un patriotismo que corresponde á pueblos inferiores y asombrosamente incultos.

Al publicarse *El verdadero Juárez*, la voz de alarma la dió un periódico diciendo poco más ó menos lo que sigue: «No hemos hojeado el libro del señor Bulnes (acaso por un alarde insólito de indiferencia) pero protestamos de las injurias que contiene contra don Benito Juárez». Los indómitos, inmoderados é irreflexivos sentimientos patrióticos de la multitud, se exacerbaron; llovieron protestas, hojas anónimas, libelos, «actos políticos», y el 16 de Septiembre las turbas se complacían en gritar «¡Muera Bulnes!» lo que probablemente dejó satisfecha la vanidad del historiador y el amor propio del publicista.

En los momentos en que puse el pie en México, el escándalo se hallaba en su apogeo; el señor Bulnes no había podido presentarse en la Cámara á hacer valer su acta de diputado, y en los periódicos no se escribía de otra cosa que de Juárez y de Bulnes, dos grandes personalidades

como padre, como hijo, ni como esposo.

No llegó, por tal motivo, el pequeño Juárez, á adoptar una actitud agresiva contra el señor Bulnes y las gentes, que suelen ser maliciosas y no olvidarse de ciertos hechos, decían en los corrillos de la Cámara y en los dispendiosos grupos de Plateros que el hijo del inmortal vencedor de Maximiliano I, no podría reclamar cierto género de reparaciones del señor Bulnes, sin antes dirigirse, con ese mismo objeto, al general Díaz, quien en un bilioso discurso en la Cámara, siendo Diputado por Oaxaca, ofendió al gran Juárez con tremendas acusaciones.

Entre los contradictores del señor Bulnes ha surgido otro hijo celoso de la memoria de su heroico padre, don Ramón Corona, quien considera que en *El verdadero Juárez* se ofende al general de su apellido colgándole hechos que el turbado y ligero impugnador califica por sí y ante sí de infames.

Es el caso que, según Bulnes, el general Corona, en días aciagos, ordenó á sus subalternos la defección, exigiéndola co-

mo supremo sacrificio á la causa de la República. El hijo del general Corona, desafía al señor Bulnes á que pruebe de una manera categórica su dolorosa afirmación y el señor Bulnes descarga, sobre la torpe provocación de su contrario, documentos de un poderoso valor histórico. Para no ver solos al pequeño Juárez y al pequeño Corona, sale á la palestra el señor Emeterio de la Garza, y en una bien escrita carta, que carece de lastre, ataca al señor Bulnes y proclama el odio de este notable crítico á la memoria del discutido Juárez. El señor Bulnes, que responde golpe por golpe, tiro por tiro, y que tiene la fortuna de anonadar á sus enemigos con una sabiduría que honra á México, reduce al señor Garza al tamaño de los pequeños Juárez y Corona y no da, por un solo momento, la menor muestra de temor ó debilidad ante las mil desventuras que le amenazan...

De la inquietud que reina en México, sobrevendrá una calma beneficiosa al país; se discutirán, á la postre, en buenos términos, los cargos que contra Juá-

rez fulmina el señor Bulnes; y la opinión se ilustrará, sin menoscabo de Juárez como patriota inmaculado. Por lo pronto, ya se anunciaban, á mi salida de la hermosa capital de México, dos ó tres libros, de escritores distinguidos, que impugnarán el del señor Bulnes. El patriotismo no consiste en excitar las pasiones y provocar odios ante la saliente figura de un crítico independiente y docto; el patriotismo tiene más elevados fines y sólo debe exhibirse á la luz de la verdad—el amor más grande y más noble que halló en la vida aquel sublime pintor de Cristo que se llamó Renán...

(*Octubre, 1904.*)

EXPLICACIONES OPORTUNAS

(A mi eminente amigo don Carlos Díaz Dufoo, en *El Mundo* de México).

I

Pues bien, yo necesito decir que en México la gente se ha vuelto loca ó se ha propuesto volverme loco á mí. No se pasa una semana sin que reciba de allá tres ó cuatro cartas firmadas por personas para mí desconocidas, en las que se me refieren cosas tan singulares que me dejan asombrado, confuso, perplejo... Al principio, hice el firme propósito de no decir palabra, aunque mis corresponsales se creyeran que me había muerto, pero ha llegado el asunto á tomar tales proporciones, que no resisto á la tentación de escribir estas cuartillas.

Se me habla, en afectado estilo y con no poca alarma, de mis ataques al general Díaz, de mi terrible pintura del ge-

neral Díaz, de mi despiadado juicio de la política del general Díaz... Y yo, con tres palmos de boca abierta, me pregunto si esto es un sueño ó andan mal los tornillos de mi cerebro. Porque yo no he escrito nada en contra del citado general, ni he sido terrible ni despiadado haciendo el retrato y el juicio político del antecesor y sucesor del manco González. Aquel artículo publicado en *El Mundo* con el título de *Una visita á Porfirio Díaz* (1) y que acaso recuerden mis lectores, no es, ni con mucho, la descripción de un tirano. Todo lo contrario, el tirano, convertido en dios de la paz, aparece sentado en los cuernos de la luna, porque allá, tan alto, lo ví yo, y tan alto, pese á sus detractores, lo sigo viendo.

Pero en México parece ser que se ha dado á mi artículo un valor que no tiene, y los interesados en revolver el caldo aseguran que he puesto al viejo caudillo

(1) Con ese título se publicó por primera vez el artículo *Porfirio Díaz* que aparece en este libro.

como chupa de dómine, que le he zurrado sin respeto ni consideración, y que, en fin, no le he dejado hueso sano.....

Un periódico, *El Tercer Imperio* (su título, desde luego, revela carácter de oposición al Presidente), publica, no sé por qué, una carta mía, íntima, dirigida á un literato con quien he mantenido siempre relaciones muy cordiales, y en la que yo me quejaba, con sobrado motivo, de la acogida que en las esferas del gobierno se le había dado á mi artículo, señalando algunas anomalías en el desarrollo de este singular proceso y haciendo constar, por último, que siempre he sido en Cuba un propagador de las excelencias de aquel país, donde pasé algunos años de mi juventud. Llega el periódico aludido á mis manos y por él me entero de que el editor del diario semioficial (¿cuál será?) procuró acaparar y creyó haber acaparado todos los ejemplares, llegados á México, del referido artículo; que otro periódico, *El Paladín*, pilló un ejemplar «indiscreto» y reprodujo mi trabajo en suplemento; que luego varios órganos de

la prensa, y entre ellos el mismo *Tercer Imperio*, publicaron fragmentos del suplemento; y, finalmente, que mi entrevista con el héroe «estaba destinada á causar sensación».

No había concluído de leer estas estupendas noticias, cuando un antiguo compatriota mío, residente en la vecina república, hace llegar á mi poder el curiosísimo suplemento con mi llevado y traído artículo. ¡Y por poco me voy de espaldas! No estoy acostumbrado á estos éxitos. Juzgue el lector por los títulos con que se me hace circular por el pueblo mexicano: "Sensacional entrevista en Palacio.— Refutación del señor general Díaz al libro de Bulnes.—Su opinión sobre *El verdadero Juárez.*— Audacia periodística (?)—Una entrevista interesantísima.—El Cromwell del Anáhuac.—Un millonario servidor.—Juárez pintado por el general Díaz, etc., etc."

La reproducción está hecha, tal vez, con no muy buenos propósitos (cuestiones políticas de allá en que no tengo por qué mezclarme) y mi artículo aparece

lleno de errores y omisiones, con unos títulos intercalados que lo desfiguran bastante, y con la siguiente introducción:

«Fieles á nuestro programa, nunca desmentido, de dar á conocer todo lo que pueda servir para la Historia y que preste beneficios grandes á nuestra patria, reproducimos á continuación una importantísima entrevista que, en el acreditado periódico de la Habana *El Mundo*, apareció hace poco suscrita por el inteligente periodista M. Márquez Sterling, por considerarla un reflejo de la opinión del general Díaz sobre asuntos palpitantes y muy particularmente sobre el libro de don Francisco Bulnes *El verdadero Juárez.*

«Contiene el citado artículo tremendas revelaciones que ningún periódico se atrevería á publicar, y sólo por considerarlo de grandísimo interés hemos improvisado esta publicación en que no nos guía más interés que ser útiles en la polémica que se suscitó con motivo del sensacional libro del diputado Bulnes y hacer constar para el porvenir las frases

del Presidente que son una completa refutación al libro.» Y á renglón seguido, en diez columnas, se inserta mi artículo. Pero después *El Paladín*, á quien debo estar agradecido porque me trata bien, comenta y se expresa en los términos que paso á copiar con toda exactitud:

«El señor Márquez Sterling asienta dos hechos que *El Paladín* como reproductor de estas apreciaciones está en obligación de explicar: primero que el general Díaz es un dictador; y segundo, algo sobre el estado político del país, al aparecer el libro de Bulnes.

El general Díaz es un dictador?... Vamos á examinar la cuestión.

La Constitución lanzada en 1857 fué un salto mortal político,; en este orden de régimen orgánico, interior, como en todo los órdenes de cosas, el mejoramiento debe ser gradual; no precipitado bruscamente, porque resulta el desequilibrio con todas sus consecuencias como ha acontecido con nuestro pacto fundamental, que ha sido y es violado constantemente, porque le falta la primera condición y acaso la más principal para su vida: la adaptación al medio.

Nuestros ilustres constituyentes, más patriotas que prácticos, más utópicos que serenos analíticos, quisieron improvisar una verdadera república y darnos, de golpe, todo género de libertades. La

intención fué loable, sin duda; el impulso noble y generoso; pero hay que confesarlo, fué inoportuno, y la mejor prueba de ello es que, después de medio siglo, esa Constitución, propia para un pueblo infinitamente más adelantado que el nuestro, ha sido hecha girones en el terreno de la práctica, y más que por otra cosa por la imposibilidad de hacer efectiva y beneficiosa su exacta aplicación.

Para el guisado de liebre, lo primero que se necesita es que haya liebre; para que exista la República es indispensable el ciudadano; pero el ciudadano de hecho preparado educacionalmente, para que entre en la plenitud de sus derechos y sepa ejercitarlos, siempre dentro de la ley, sin dejarse arrebatar por los impulsos propios de nuestra raza y de nuestra negativa educación cívica. El problema no era, pues, dar á un pueblo ignorante, turbulento é impulsivo, todo género de libertades, sino prepararlo para disfrutar de ellas. Lo primero significaría un desenfreno, lo segundo es la labor orgánica, sujeta á un plan metódico, lento, es verdad, pero de resultados prácticos.

Es probable que, como de costumbre, recibamos un gran impulso del efecto que cause este artículo, traducido en injurias y epítetos falsos, tales como enemigos de la República, de la libertad, retrógados, reaccionarios, y otras lindezas de ese jaez; pero desde luego declaramos que las injurias las despreciamos y que los cargos injustos los arrasaremos con la fuerza de la lógica y de nuestra conducta. Somos liberales y honrados, y por eso

diremos la verdad, á riesgo naturalmente de desagradar á los que gustan más de una mentira dorada que á la postre daña, que de las saludables enseñanzas que se desprenden de las verdades por amargas y duras que sean.

De la incongruencia de nuestra manera de ser y de la imposición súbita que se quiso hacer de la Constitución de 57, brotó un interno conflicto, como dice muy bien Márquez Sterling, salpicado con sangre, hasta 1876, en que surgió un espíritu superior, una mano férrea, que asió los elementos disímbolos y agitados del país, para sujetarlos fuertemente aun á costa de esa hermosa utopía que se llama Constitución de 57. De no haber sido eso, aún estaríamos en eterna revuelta, como las republiquitas centro y sudamericanas, y sin la Constitución de 57 también, la cual sólo serviría de bandera á tal ó cual cabecilla.

La dictadura, pues, del general Díaz, ha sido una resultante lógica y lo que es más una necesidad nacional; esa dictadura fué en un principio, severa y hasta tiránica; pero ha ido suavizándose lentamente y acentuando su *mise en scene* republicana, que es lo único que en verdad tenemos, mientras la paz de veintisiete años va enraizando con todos sus grandes tesoros, que fructificarán espléndidamente en su oportunidad.

En esos veintisiete años que lleva el general Díaz de estar en el poder, en un poder muy suyo, conquistado á fuerza de su gran carácter, un poder omnímodo, el terreno se ha preparado un po-

co, ha nacido una nueva generación crecida en el taller y en la escuela, no en medio de los gritos subversivos de los pronunciamientos. Ha conocido las ventajas de la paz, y como lo dijo el día de las felicitaciones en Palacio el señor general Díaz, «comprendiendo que las grandes obras requieren grandes factores, ha sido el gran sentido del pueblo» el que anhela y conserva la paz, ha modificado este pueblo su criterio, ha contenido sus ímpetus, ha disciplinado sus actos dentro del orden y esa nueva generación quiere y merece ya más libertades.

Esta ha sido la verdadera evolución del país y debe creer el señor Márquez Sterling que celebramos que un artículo suyo sea el que nos haya hecho manifestar libremente lo que hace mucho tiempo hubiéramos querido decir; pero que callamos hasta el momento oportuno.

En reciente artículo explicamos nosotros el verdadero concepto de lo que para nosotros significa la dictadura del general Díaz, y esto es: orden, moralidad administrativa, progreso del país, adelanto de las masas....

En consecuencia, hay que pedir al general Díaz que siga su dictadura y su poder, omnímodo, muy suyo, hasta que México pueda gozar de todas esas libertades, de todos esos derechos consagrados en nuestro hermoso pacto fundamental.»

II

Como se vé, *El Paladín* no se ha asustado y, si habla sinceramente, comulga con los procedimientos del Presidente Díaz. Mis juicios no le han parecido malos, desacertados ni injustos. Los explica. Los justifica. Y en términos concretos viene á decir: la dictadura que sería acaso traición en otro país, en México es lealtad y patriotismo.

Pero, yo me digo: ¿estas cosas sorprenden al general Díaz y á los políticos mexicanos? ¿No es cierto que el partido liberal de México, aplaza para la muerte del actual Presidente la resurrección de las leyes de Reforma? ¿No es Díaz un dictador por la fuerza de las circunstan-

cias, obligado por la anarquía política y por las ambiciones de mil revolucionarios á quienes sólo él pudo contener?

Ciertamente, yo dije que el general Díaz era el gran director y autor de todos los actos políticos y de gobierno de México. Pero lo decía porque de otro modo no pintaba al grande hombre, porque de otro modo no hubiera dado á conocer con exactitud al ilustre pacificador de México. Yo no había ido á la patria de Juárez en busca de subvenciones, como tantos otros que después no han tenido otro remedio que adular y mentir. Yo había ido con un propósito más noble, para decir con honradez mi pensamiento, para hacer la silueta del político sin falsedades, con la significación verdadera que tiene en la vida actual y en la historia de México.

¿Contrarió esto al general Díaz? Lo siento, porque su persona y su leyenda me inspiran grandes simpatías, pero no me arrepiento de haber escrito como escribe quien no vende su conciencia. Además ¿sus partidarios no le comparan con

Octavio Augusto y él sonríe, según dicen las gentes, satisfecho?

La paz ha sido para México un manantial maravilloso de prosperidad. La capital de México es un trozo de Europa engarzado sobre pintorescas y fecundas montañas. Y todo eso se le debe al general Díaz. Pero, es evidente, incuestionable, que la paz se ha hecho en México á costa de la Constitución, y que Porfirio gobierna como un rey absoluto. El sufragio no existe; la libertad de imprenta no existe tampoco. El Congreso se forma con los diputados que él designa. Los Estados son gobernados por sus hombres de confianza y no se mueve la hoja en el árbol sin que sea él quien la sople.

Acaso pretende alguien negarlo? ¿Acaso aspira el general Díaz á que todo el mundo ignore esos grandes sacrificios que ha hecho de sus principios liberales y de sus instintos democráticos? ¿No están pidiendo los elementos de orden del país y hasta los de desorden que se prolongue su vida para que se prolongue

su dictadura? ¿No ha nombrado el general Díaz vicepresidente al político que él cree capaz de heredar su fuerza y su poder, para que no vuelva la patria mexicana, en la fatal hora de su muerte, á la anarquía?

Si yo hubiera dicho: México es el país de la libertad; Porfirio el gobernante más liberal y demócrata del orbe; la ley en México es sagrada; la Constitución es sagrada; el sufragio es sagrado; todo es sagrado en punto á ideales republicanos..... francamente, habría mentido, y no sería digno, ahora, sino del desprecio de aquel pueblo. Porque no hay mexicano que no reconozca cuanto llevo dicho y los más se conforman á aplaudir esas desventuras de principios porque ellas han marcado en su patria una era de progreso y de prosperidad tan estupendos que son garantía del porvenir, y aun hacen sospechar á los que estudian en serio el problema, que no está lejana la hora de devolver á México su libertad y sus leyes sin peligro de la paz y la riqueza pública. Nadie ha demostrado todavía

que la restricción política *progresista* no sea en los pueblos heterogéneos el camino de todas las libertades.....

III

Ha dicho bien Tolstoi: la democracia es el ideal de Díaz, pero su régimen político es autocrático. México, afirma el eminente escritor eslavo, no puede gozar de las mismas libertades que los Estados Unidos y le ha sido menester, para su dicha, un carácter de hierro que lo someta todo á una voluntad. Es el sueño dorado de los verdaderos liberales que llegue la hora oportuna en que el Imperio comience á cederle el puesto á la República verdad, á la ley verdad, á la Constitución verdad. El Imperio disfrazado de República produjo lo que hacía imposible la anarquía disfrazada de libertad: el orden. Y sobre las bases de ese orden, surgirá de nuevo la demo-

cracia concebida por la Constituyente de 1857.

Porfirio, á mi juicio, ha sido la figura más portentosa de la historia de México, porque ha sido grande con todas las grandezas, héroe con todos los heroísmos.. .. Un pueblo díscolo, una legión de caciques arrojados y valientes hasta lo inconcebible, una reforma de las leyes hasta la quinta esencia de la libertad y la igualdad, un reconocimiento de los derechos ciudadanos hasta la utopía, no se convierten fácilmente en hilos manejables por una sola mano; y ese espectáculo de terror sublime que hace temer á los adelantos de la especie humana, no se convierte por un juego malabar en escena de teatro, con actores que jamás se equivocan ni se salen de su papel!..... Esa ha sido en parte la tarea de Díaz: conservar la forma, vivir la República, ostentar las leyes, y en el fondo, en lo más íntimo, desarrollar los brazos de hierro de su Imperio inconmovible, de su Imperio irreductible, de su Imperio brillante y progresista..... No hay pro-

piamente partidos políticos; no hay aspiraciones á la presidencia que no tengan inmediatamente un correctivo. Porque los partidos sólo han logrado, en épocas de sangre, inundar el país de demagogos; y los aspirantes á la presidencia carecen de sus grandes facultades políticas, de su nervio militar y de su romántico prestigio en el Ejército.

El patriota, el héroe y el pacificador se estremecen pensando que sobre la espiga de progreso que se levanta vigorosa puedan volver á medir sus armas el odio y la ambición y los riegos de agua fresca los sustituya la ardiente sangre de los caciques.....

Convencido el mundo de todo esto y estudiado el problema de México por los más ilustres estadistas y por los más conspicuos sociólogos, yo no fuí á descubrir un secreto. Fuí á buscar, de aquel conjunto asombroso, una impresión, una sensación, una pincelada..... ¿Qué es entonces, lo que ha alarmado tanto á los mexicanos y contrariado al general Díaz?

Además, si el gran Porfirio es tan

grande como á mí me lo parece, debe reconocer, siendo sincero y no dejándose cegar de la soberbia, una buena intención y un sano propósito de mi parte. Recuerde el general Díaz todo lo que él me dijo y lea lo que yo escribí; compare sus declaraciones á viva voz con las que aparecieron en mi artículo; reproduzca en su mente los juicios que él hizo, en su amena conversación, y los que yo he publicado. Porque, si yo fuí á verle con el propósito deliberado de sorprenderle y de brindarle una falsa admiración para dar luego el escándalo periodístico y ponerle mal con algunos hombres que en México privan, no me hubiera costado gran trabajo hacerlo. Y después sólo habría tenido el general Díaz un recurso, el de negar sus palabras, y este no es recurso que ponen en práctica, sin perjuicio propio, los héroes y los hombres superiores. Lejos de disgustarse, el general Díaz debió sentirse halagado, reconociendo en mí á un antiguo amigo.

Y la prueba de que yo no quise causarle daño sino, muy al contrario, hacer

justicia á sus méritos y vestir de resplandores su figura histórica, es que no dí un solo detalle de mi visita que pudiera empañar el brillo del autócrata obligado, y que así como antes de visitarle dije que iba á verle para emitir luego un juicio á mi antojo y según mis sentimientos y mis ideas, después le remití un ejemplar del artículo con una carta respetuosa á la que contestó en esta forma:

P. D. (monograma.)

México, Octubre 17 de 1904.

Señor M. Márquez Sterling.
Habana.

Estimado señor:

Con la favorecida de usted de 7 del actual, recibí el artículo que se sirvió enviarme; y al manifestarle que lo leeré, detenidamente, le doy las gracias por su atención de hacérmelo conocer y quedo de usted afectísimo servidor,

Porfirio Díaz.

La carta está escrita con habilidad eminentemente porfirista. «Lo leeré» dice cuando acaso ya se lo había aprendido de memoria; pero no quería aventurar juicio porque á su política tal vez

fuera más tarde conveniente hacer alardes de enojo entre sus partidarios. Y el artículo fué en efecto excomulgado en el silencio de Palacio y condenados á no hablar de él los periódicos que allí funcionan como resortes de su amplia y acaparadora voluntad. El silencio, sin embargo, no fué posible; y se ha comentado mucho mi entrevista y se me obliga á escribir estas cuartillas.

¿Que he *molestado* á algún amigo del Presidente, con mi fiel descripción de las Residencias Presidenciales? No tengo conciencia de ello. Pero, conste, sin reservas, que yo lo único que hice fué aprovechar ciertos detalles para que el lector, acá en Cuba, experimentara la misma sensación que yo experimenté ante el heredero dichoso de Moctezuma. Y si hablé de que un ayudante suyo era millonario, débese á que completaba el cuadro el hecho singular de que Díaz tiene á sus órdenes inmediatas y rápidas á hombres acaudalados. Si yo fuera millonario no sería ayudante de nadie, ni de César, ni de Cromwell, ni de Díaz.

Pero no censuro que piense de otro modo el comandante Escandón, á quien no solo no he querido *molestar*, sino que admiro su patriotismo y su fidelidad, poco comunes entre la gente que guarda los pesos por millonadas. Si otra cosa han entendido en México, sépase que no he sido interpretado como yo hubiera querido. Y dígalo, si nó, el eminente político y patriota Sánchez Azcona, que hubo de dirigirme, antes del escándalo, esta carta que conservo con orgullo grabada en mi corazón:

México, Octubre 18 de 1904.

Señor don Manuel Márquez Sterling.

Habana.

Muy estimado señor mío:

A mi buen amigo Antenor Lescano, de *El Imparcial*, debo haber conocido un soberbio artículo de usted publicado en *El Mundo* de esa y referente á una entrevista que tuvo usted con el Presidente Díaz.

La fidelidad de las descripciones y el honrado criterio de que ese trabajo está impregnado, aparte del artístico procedimiento que es común á todos los escritos de usted, dan un alto valor al artículo de referencia y lo convierten en un «do-

cumento» para quien emprenda un estudio íntimo sobre Díaz. Por este motivo y en la imposibilidad de obtenerlos aquí, me tomo la libertad de suplicar á usted muy calurosamente se digne enviarme dos ejemplares del periódico en que se publicó el artículo, dirigiéndolos á la Cámara de Diputados. Espero que acogerá usted mi súplica con benevolencia y me es grato ponerme á sus órdenes como su afectísimo admirador y atento s. s.

Juan Sánchez Azcona,
Diputado.

Y aun hay más. Cuando yo fuí indicado por el señor Estrada Palma para un cargo diplomático, el señor Crespo, Ministro de México, hombre de gran talento y muy sincero, y que no se desprende nunca de la sabia política de su gobierno, me escribió estas líneas que también guardo con profundo reconocimiento de gratitud:

Habana, 19 de Octubre de 1904.

Señor Manuel Márquez Sterling.

Muy apreciable señor y amigo:

Acabo de leer que ha sido usted nombrado primer secretario de la Legación de esta República en mi país, y por ello envío á usted mis plácemes.

Me reitero de usted afectísimo amigo y atto. s. s.

Gilberto Crespo y Martínez.

IV

¿Cómo era posible que yo me figurase que el gobierno representado aquí tan dignamente por el señor Crespo me tenía como enemigo del general Díaz, y consideraba mi *sensacional* artículo un ataque á su persona?

Y es que no hay tal ataque, ni tal disgusto por parte de Díaz, ni cosa que lo valga. Se trata de una cuestión política de allá, en la que he resultado yo..... factor de una oposición poco importante: y el general Díaz que es un cerebro y un corazón extraordinarios, no se ha visto contrariado por mi artículo, sino acaso por los que han querido interpretarlo como no debió ni yo quiero que sea interpretado.

Por mis sentimientos, casi soy mexicano. En aquella tierra hospitalaria y en aquella sociedad cultísima y de aspiraciones nobles y levantadas, viví varios años. Allá, me formé lo que soy, porque fuí muy joven al lado de un hombre eminentísimo por su talento y por sus virtudes, don Carlos Varona, el financiero más ilustre de México, hijo de Cuba, y por cuyas venas corría mi misma sangre. Y el sólo recuerdo de que en tierra mexicana reposan sus restos, y de que allí prosperó, brilló y murió aquel hombre insigne, me haría respetar y querer profundamente á México y considerar á los mexicanos casi como compatriotas míos.

A donde quiera que me han llevado las veleidades de la fortuna y mi profesión de escritor, ha ido conmigo un elemento de propaganda de las bellezas y virtudes de México; y he tenido siempre, en mis horas de más tribulación, y bajo el efecto de las más profundas contrariedades, en lejanas tierras, una página de ternura para mi patria y otra para México.

Esas cosas no se olvidan jamás. Están

infiltradas en nuestras venas y afluyen, en cada latido de la existencia, al corazón... Y no sólo no modifican las tempestades de la perversidad humana esos sentimientos tan arraigados ni esas inclinaciones espontáneas del espíritu, sino que exaltan, por el dolor, los unos, y por el obstáculo inmenso, las otras... Ah, si en la intimidad de mi alma pudiera dar asilo, siquiera un instante, al digno representante de Porfirio Díaz en Cuba, podría ver que yo tengo por su patria, tanto respeto y tanta admiración y tanta gratitud como él mismo, y que las descargas que de allá me hacen, unidos en abrazo torpe los políticos apasionados y los aduladores de oficio, no llegan á lacerarme, convirtiéndose á mi vista las balas en flores. Vienen de allá esta vez tristezas para mí. No encierran ellas mi espíritu en el marco de luto de las incurables decepciones...

(Enero 3, 1905.)

ESTRADA PALMA

¿Conoce el lector al ciudadano Tomás Estrada Palma? De seguro cree conocerle á fondo, aunque acaso no le haya visto, á respetable distancia, y desde luego sin hablarle, más de media docena de veces. Y es que todo el mundo se cree familiarizado con los hombres del poder, y á nadie le falta un amigo que le dé noticias directas de ciertos personajes y que se precie de íntimo confidente de las grandes figuras de la política. De ahí los juicios equivocados que se hacen de ciertas personalidades, atropelladas inicuamente por la torpe psicología de inteligencias vanas, infladas por una vanidad pueril. La opinión pública tiene la tendencia muy lógica de extraviarse, y es que la nutren ideas falsas, noticias tergiversadas, apuntes insidiosos de

una mayoría de inconscientes que no leen el espíritu ajeno, ni son capaces de comprender el propio.

Confieso que los periodistas llevamos gran culpa en las equivocaciones del vulgo. Tenemos por costumbre pintar los hombres y describir las cosas, á través de nuestro temperamento, interpretando sensaciones personales y cuidándonos muy poco, ó nada, de adaptarnos á la manera de ver, de sentir y de entender del público inmenso... Los periodistas, no debíamos jamás dejarnos llevar de nuestros impulsos literarios, de nuestras afecciones filosóficas; en el periódico diario, que no es la revista ni el libro de elevado alcance, debíamos escribir tal y como el lector ignorante, fanático ó desconfiado, ha de leernos; y nuestro mérito supremo consistiría, no en pulir el concepto, para los escogidos, sino en presentar la obra tosca y fatigosa, como el entendimiento de los más. Para esto, el periodista necesita ser un gran psicólogo de la multitud, sentirse capaz de sacrificar á ella los fuegos de

su imaginación y las espigas doradas de su estilo.

Cuando se trata de grandes hombres, la prensa dá impresiones distintas y hace juicios contradictorios; pero suele ocurrir, que esas impresiones y esos juicios que se dan de cachetes están inspirados en la verdad, y presentan faces opuestas y exactas de una misma fisonomía moral. Recuerdo muy bien que en los primeros días de la República rivalizábamos el infortunado Enrique Trujillo y yo en nuestras entrevistas y conferencias con el Presidente. El quería dar al público, en bloques macizos, el espíritu del señor Estrada Palma; y yo quería dar, á mis lectores, el retrato fiel del corazón y del cerebro del jefe del nuevo Estado. Amablemente nos turnábamos en Palacio; y sin herirnos, y confesándonos, con una sinceridad á toda prueba, el mismo deseo que estimulaba nuestras iniciativas, concluimos por declarar, en un grupo de amigos, que el Estrada Palma de Trujillo no era el mío. Sin duda ambos, sin calumniar al Presidente, lo forjábamos

á nuestro modo y de acuerdo con nuestro diferente criterio político. Trujillo, se acercó más al señor Estrada Palma: la sugestión de este hombre insigne y probo, dominó su voluntad hasta convertirle en parcial de su gobierno, y en ministerial de su ministerio. Yo me alejé del Presidente; huí de la suave tentación de ser gubernamental, y me empeñé en cerrar las puertas que, sonrientes y cariñosas, se abrían espontáneamente á mi amistad. Dí un gran paseo por el periodismo independiente, y al fin, volví á Palacio; volví á escudriñar el espíritu del Presidente; renové mi interesante y provechosa tarea de presentar al público el alma y el pensamiento del señor Estrada Palma. No le encontré tal como le había dejado, pero sí muy parecido. La salud del espíritu rivalizaba con la salud física del gobernante; el hombre mitad sencillo y mitad áspero, había aprendido á ser todo áspero ó todo sencillo, cuando convenía ser lo uno ó lo otro; su palabra, nunca abundante pero siempre fácil y precisa, había adquirido

cierto brillo; la savia de sus ideas, había robustecido la dicción del político; y con el cultivo del ideal, comenzaban á brotar frescas y lozanas rosas del más perfumado lirismo. Las cosas no tenían ya para el señor Estrada Palma un solo nombre, sino muchos nombres; vestía las oraciones con algún cuidado, y casi estoy por decir que los nuevos trajes de su tocado intelectual cedían algo á la influencia, no siempre perniciosa, de la moda.

Pocos hombres como él, han evolucionado tanto, tan tarde y tan rápidamente. Es un espíritu que renace y que en determinado aspecto se perfecciona; es una inteligencia que se convence, al fin, de la bondad de ciertas galas, y que, como Febo, substituye un amor vano con dos amores más ardientes y más universales: la Melodía y la Luz. Menos filósofo, ahora, se encariña con la vida práctica, que dá inmediatos los resultados; pero sigue siendo por costumbre revolucionario, aunque en el reposo definitivo de sus naturales ímpetus. No se sustrae, en la palabra, como se sustrae en sus actos

políticos, de las lecturas de su juventud; y se aproxima á teorías que reconoce las mejores por ser distintas de las que ha cultivado, solo y triste, en las nostalgias, dormidas al cabo, que asaltaron con frecuencia la paz de su voluntaria proscripción.

Ha sido grande, Estrada Palma, por su odio á la tiranía; y vé tiranos en las conciencias menos turbadas. Le teme á la política, por cuanto ella tiene parte de seducción y parte de imposición. Desconfía de la prensa, porque teme descubrir en cada pluma el puñal de Camilo Desmoulins que se detiene tan sólo para oir el golpe de la guillotina; porque no concibe más *Amigo del Pueblo*, que el feroz Marat descrito por Lamartine. Los nuevos horizontes, han enseñado al señor Estrada Palma muchas cosas que ignoraba: el estudio y análisis de los principios políticos le habían hecho desconocer que es más importante el estudio y el análisis de los hombres. Cuando llegó á Cuba, trajo el propósito de gobernar las conciencias ajenas y dominar los exce-

sos de los legisladores; pero tardó poco en comprender que no se gobierna con más conciencia que con la propia, que no hay excesos más peligrosos que los que circundan el poder invitándole á una gran tolerancia y á una eterna indiferencia...

—Hé ahí un hombre sugestivo, —suelo pensar al salir de Palacio, después de una larga visita;—que se me antoja el simiento de una filosofía dulce y consoladora, capaz de llenar los tenebrosos vacíos del sentimiento público; y tiene, sin embargo, muy poco de filósofo; su ingénita pulcritud, rechaza todo lo complejo del pensador que adivina, en las lejanías, lo que ni espera ni entiende el vulgo. ¿Por qué, entonces, cuando le veo y le oigo, mi fantasía, callada y mustia á veces, se regocija y abre sus blancas alas y domina más allá del alcance de la vista?

¡Lector indolente, ligero, veleidoso, que afirmas conocer ese corazón y ese cerebro! En la sencillez que le adviertes, en la diafanidad que le sorprendes, hay algo que no podrías explicarte, aunque

llegaras á sabio y á profeta, algo insondable, en donde se pierden las flores de su reciente huerto, copia de ricas pompas de la triunfante naturaleza...

(Febrero, 1904.)

MÁXIMO GÓMEZ

I

Seamos francos, lector. Confesemos, dando por seguro que eres habitante de esta tierra, que ni tú ni yo dejamos transcurrir el día sin haber pensado, siquiera breves minutos, en la persona ilustre del general Máximo Gómez; está su nombre (y su historia) tan íntimamente ligado á nuestros intereses, á nuestros sentimientos y á nuestras esperanzas, que es, en la imaginación y en el espíritu de todos los moradores de este país, la sombra de una idea permanente, iluminada á veces por su palabra enérgica, honradísima y oportuna. El viejo general, héroe que sobrevive á su gloria, como sobrevivió á la suya el gran poeta del poema *Granada*, alma poderosa

que, como ave mitológica, renace de sus cenizas, rejuvenece sobre la llama, extendida, de los años, ocupa con su espíritu el horizonte de nuestra actualidad política, llena las hojas de nuestro heroico pasado y traza fórmulas y marca senderos en las páginas de nuestro libro del porvenir. ¡ Alma, voluntad, corazón que jamás sucumben, penetrados por el soplo de una vida que no es la vida de todos los hombres !

Por eso, siempre es oportuno hablar del insigne caudillo. Y pienso, y estoy cierto de no equivocarme, que cuando estas cuartillas, vertidas en el plomo de la imprenta, circulen por toda la República, no irán á despertar en nadie, ni en el campesino más retirado de la vida urbana, ni en el ser más abandonado de la profunda montaña, el recuerdo plácido y sonriente de una figura amada que aún existe, sino que irán á sorprender, á la mayoría, en pensamientos semejantes á los míos, á coincidir, con muchos corazones, en el gran latido que impulsa este artículo y dicta estos párrafos.

No hablemos extensamente de todo lo que significa, para nosotros, la existencia perdurable del caudillo, entre otras razones, porque no me permiten ni mis labores de hombre pobre, ni mis alcances de hombre intelectual, hacer de un artículo un libro. Pero, no me es posible, en este instante, resistir á la tentación de expresar, en palabras seguramente torpes, las sensaciones que experimento cada vez que me encuentro al general por alguna calle céntrica pero solitaria, á la caída del día, cuando el alma universal parece que descansa. No parecen caber en figura humana los rasgos opuestos y característicos del héroe, mirado en su aspecto de hombre. Un perfil bravo, por decirlo así, de líneas enérgicas, seguras, firmes; una brillantez singular, en sus ojos pequeños, menos negros que inquietos; y una cierta huella de humildad altiva en el semblante que, sólo por los prejuicios de su leyenda anecdótica, podría creerse que encubre un temperamento excitable, fácil á las explosiones de la ira. Desde luego se ve que es un

nervioso, pero al más listo se le figura, tal vez en las exageraciones de la contemplación, que su voluntad es más poderosa que sus nervios y que su firmeza sale siempre triunfadora de las extravagancias del hombre irascible.

Lo veo pasar y lo sigo con la vista. Ciertamente, el ser humano vale más de lo que piensan filósofos materialistas y decepcionados de la «super naturaleza». Esa alma de acero, para la guerra, se convierte en alma de principios generosos para la paz. Y aunque vá, sin duda, pensando que es él una columna de las varias que tiene la gloria universal, su mirada no lo expresa, su saludo no lo indica, su paso no lo recuerda. Mira á un lado y á otro como si no conociera el camino, á pesar de que casi siempre es el mismo, pero no le llama nada la atención, acaso por haber llegado á convertir los siglos en alfombra de sus paseos y la gloria, obtenida y derrochada, en anhelo de consumir, en la tranquilidad del hogar, otros tantos de los lustros que consumió en la aventura de su inmorta-

lidad. Viste de dril, como nuestros labradores, y alguna vez mezcla el dril con alguna levita negra modestísima, abotonada, con un remedo á antiquísimos estilos, en el ojal del pecho. Su cuerpo, tan delgado y ágil, parece ser más pesado que el bronce, cuando se le relaciona con las circunstancias del espíritu; y expresa hábilmente, en su conjunto, ajeno á toda discordancia física, la fibra que le ha llevado á la muerte mil veces, para ahogarla, con lucha terrible, entre sus crispadas manos.

Siempre va pensando en algo grave. Al menos, yo me lo figuro así. Y no sé, porque mi penetración de espíritu es corta, si su aspecto frecuentemente meditabundo, es señal de tristeza ó de satisfacción. Contra esta duda chillarán los que viven sometiéndolo todo á estrechos principios que no llegan á ser por completo científicos. La satisfacción no puede ser nunca, al parecer, patrimonio de los ensimismados. Pero el alma de los grandes hombres es tan profunda, hay en su fondo tantas singularidades

que no han sido advertidas, ni menos, por lo mismo, estudiadas, que yo no salgo de esta duda, y cada vez me hundo más en ella. ¿Es posible que quien ha subido á la cumbre, en el orden de las más ardientes aspiraciones, no esté satisfecho de sí mismo? ¿Creerá, acaso, quien ha prodigado tanta obra, á hierro y fuego, que aún debe hacer mucho más, que sin hacer más no ha cumplido todo lo bien que él exije de sí mismo?

Confieso que este pensamiento mío es algo confuso, y que más confusa aún podría resultar la apreciación psíquica. Salgo del obstáculo, llevado por el recuerdo de una página bellísima de José Martí, en la que pintaba al caudillo en su terruño, antes de venir, por última vez, á Cuba esclava, para darle con la paz la libertad. «A caballo por el camino—escribía el Maestro—con el maizal á un lado y las cañas á otro, apeándose en un recodo para componer con sus manos la cerca, entrándose por un casucho para dar de su pobreza á un infeliz, montando de un salto y arrancando

veloz, como quien lleva clavado al alma un par de espuelas, como quien no ve en el mundo vacío más que el combate y la redención, como quien no le conoce á la vida pasajera gusto mayor que el de echar los hombres del envilecimiento á la dignidad, va por la tierra de Santo Domingo, del lado de Monte Christi, un ginete pensativo, caído en su bruto como en su silla natural, obedientes los músculos bajo la ropa holgada, el pañuelo al cuello, la corbata campesina, y de sombra del rostro trigueño el fieltro veterano.» (1) Ese era Máximo Gómez en 1893, casi igual á Máximo Gómez en 1904, con la sola diferencia de que ya no monta en su caballo, ni anda por los campos paseando sus tristezas y consultando, entre el maizal y las cañas, las ansiedades de soldado de la patria y héroe; ahora es definitivamente libertador de un pueblo hermano; vive en el bullicio de la capital, entre políticos, orado-

(1) Periódico *Patria*, New-York, Agosto 26 de 1893.

res, poetas, periodistas; entre los restos de su tropa licenciada y las improvisaciones innumerables del patriotismo de conveniencia; en el ruido de una vida vertiginosa, entre tribunales y ferrocarriles, bancos y empleados de aduladora burocracia; entre escuelas, gobernantes mediocres y vanidosos, parlamentos, partidos políticos sin fija orientación; entre la intriga de las pasiones y el tañido fúnebre de los odios de sus mismos compañeros... No va á caballo. Atraviesa, por sus pies, la calle, silencioso y pensativo, siempre enamorado de aquella tarea de echar los hombres del envilecimiento á la dignidad; y mezcla, en una sonrisa estirada y profunda, el sentido de su inmensa victoria con el de su inmensa nostalgia...

II

Cuando *El Mundo*, en su gran interés por todo aquello que afecta á los sentimientos y al porvenir de los cubanos, me pidió para sus columnas—esas columnas que llevaron, por varios años, mis diarias veladas—un artículo acerca de los últimos actos políticos del general Gómez, sentí que se me anticipaba la dirección del querido periódico, á mis propias iniciativas; y á fin de cumplir como bueno y de «cara al sol» le pedí al caudillo una entrevista, un rato de conversación, un motivo para trasladar, á mis cuartillas toscas, las muy pulidas ideas de quien tiene tanta costumbre de pensar y piensa tan bien.

Claro es que en la entrevista, el objeto

primordial, y casi único, era pillar algo de las entrelíneas de lo que, en sensacionales cartas publicadas por *La Lucha*, lleva dicho Gómez. Y no me fué muy difícil plantearle al caudillo mi propósito, en los términos que ahora lo hago, porque, si no me equivoco, él sentía cierta satisfacción de ver que yo iba, no á asociarme á su labor política, sino á abrirle la comunicación, con el país, por las amplias puertas de estas páginas, y á servir de lector, para el pueblo, en el libro de sus principios políticos, que es libro voluminoso y ya experimentado en sus prácticas consecuencias. No me fué preciso horadar el espíritu del político, porque éste se encargó de presentarme, sin retórica ni romanticismo vacuo, las faces de su última actitud, los propósitos de su nueva propaganda, la finalidad de las doctrinas que ha echado al viento, como luces de bengala en haces perpetuos...

—Aquí—me dijo—se hace una política malversada, peligrosa, y desde todos puntos de vista inconveniente. Se pretende echar la llave á la revolución, para

olvidarla, y levantar, sobre el error de este olvido, una situación ficticia y nada honrosa para los cubanos. Yo me creo en el deber de evitar la inmensa tristeza de este resultado político, que no corresponde á la historia de los que han sido revolucionarios, ni á la de los que no lo fueron nunca. Deseo que se fije usted bien en mis palabras, sobre todo porque yo no quiero decir más de lo que es prudente y conveniente decir, y sin negarle que me queda mucho, para la conversación íntima, entre usted y yo, entre dos ciudadanos sinceros y honrados. Se pretende llevar la República por un camino que no es el suyo; se aspira á trastornar la base de la República, desvirtuando lo que la sirve de cimientos; y para darle vida á los enemigos de la Revolución, no se ha encontrado mejor medio que sepultarla, borrándola de la memoria... Mis cartas publicadas en *La Lucha* son bien claras y terminantes. No quiero que se vayan los españoles ni los autonomistas que nos combatieron. Nadie podría ver en mis conceptos el menor asomo de esas

ideas que perjudicarían á la nación horriblemente. Pero quiero que los españoles nos respeten, poniéndose, como vencidos, á nuestra altura de vencedores; quiero que los autonomistas, que son cubanos, ocupen, en la vida política del país, el lugar que les corresponde, por su historia y por su capacidad intelectual y material. Mezclarse revolucionarios con enemigos de la revolución, es no sólo una inconsecuencia sino un engaño recíproco, en el que cada cual aparenta lo que no es. El uno finge amar lo que en el fondo detesta, el otro finge olvidar lo que apenas se conforma á perdonar. El partido liberal es el partido de la revolución; es el que ha proseguido su obra regeneradora, de principios netamente democráticos, aspirando á la suma total de libertad. Somos los más; con nosotros está el pueblo y, por eso mismo, no acumulamos, en tan vasta organización patriótica, el mayor número de intelectuales, ni la mayor suma de capitales. Frente á nosotros, deben estar los autonomistas de antes, que serán

ahora conservadores, pero practicando esta tendencia honradamente, sin esa mezcla de elementos heterogéneos por historia y por aspiraciones... Los campos quedarían así perfectamente deslindados y el horizonte enteramente diáfano... En algunos periódicos del interior, he leído con pena que hay quien cree, porque no me entiende, probablemente, y esto es muy triste para los cubanos que son tan entendidos, que yo pienso formar dos partidos, uno de militares y otro de paisanos. ¿Ignoran ellos que sólo hablo de revolucionarios y que son más los revolucionarios «pacíficos» que los que empuñaron el rifle? Por otra parte, yo que no trabajo para mí sino para el país, y que á nada aspiro, no he dado con otro modo de organizar la política entre cubanos. Pero eso no quita que si hay quien haya encontrado otro medio más hábil y favorable, debe decirlo, y yo seré el primero en reconocerlo.

—¿Pero usted cree que los ex-autonomistas pueden, solos, formar un partido

capaz de entrar en la lucha política del país?

—Sí, lo creo. Tienen elementos propios suficientes para ello, y con esos elementos compensan, hasta cierto punto, algunas de las muchas ventajas que es lógico que nosotros les llevemos. Ellos es indudable que nos ganan en intelectualidad. Pero nosotros tenemos «la historia»; y esta ventaja es, como usted sabe, muy grande y positiva. Por otra parte, no se trata sólo, en este punto, de proceder conforme á la dignidad revolucionaria y al decoro de la misma República. Yo tengo la convicción de que organizados de esa suerte los cubanos, la paz, la concordia, la armonía serían un hecho y una ventura superior á todas las soñadas. Así, se establecerá la compensación política necesaria al equilibrio del Estado y á su buena marcha.

—Entonces—exclamé yo:—usted no está en nada conforme con la orientación de las clases directoras que parecen inspirar la política de los poderes?

—Es que así como se pretende olvidar

la Revolución—repuso el general con energía—se desdeña al pueblo y se implanta una especie de política oligarca que es necesario vencer.

El general Gómez hablaba con elocuencia, con vehemencia á ratos, con plena convicción siempre. Y discurrió durante algunos minutos, sobre la situación actual, haciendo hincapié en lo que se refiere á los partidos, en lo que toca á los ex-autonomistas; y huyendo siempre de calificar actos, posiciones, tendencias, se afirmó en hechos, el mejor y más sólido pedestal de la argumentación. Declaro que á pesar de haberme dicho mucho, yo quería más, y sobre todo, quería términos concretos, de esos que realzan siempre el decorado genial de la elocuencia política de Gómez.

—En fin,—dije al cabo—la amalgama, ó tal vez mejor, la yuxtaposición de revolucionarios y ex-autonomistas, le parece á usted cosa deplorable y tan peligrosa que ha sido menester que resurja su nombre, de nuevo, en la lucha política...

El general acompañaba mis palabras con movimientos de cabeza confirmativos. Y como el rompimiento de un manantial de palabras, su elocuencia tomó otra vez nuevos ímpetus:

—Dice usted bien. Yo soy todo verdad. No me gustan los términos medios ni las situaciones ambiguas. En Cuba había dos «maneras de ser», unos eran amigos de la revolución, esto es, revolucionarios, y otros enemigos de la revolución, es decir, amigos de España y contrarios á la República. Niego la existencia de los indiferentes y de los independientes. Esa es una fantasía inadmisible. Para mí, los que no comulgaban con nosotros comulgaban contra nosotros. Y naturalmente, los que hicimos la Revolución y por la Revolución la República y por la República la paz, es lógico y necesario, al mismo tiempo, que por decoro de la Revolución, por el bienestar y prosperidad de la República y por la prolongación eterna de la paz, nos mantengamos unidos en el desenvolvimiento de un programa que no ha podi-

do ser enmendado ni tachado. En frente de nuestro programa sólo deben estar los que antes estuvieron en frente de la Revolución. El partido liberal es el manifiesto de Monte Christi. ¿Pueden los revolucionarios formar filas contra el manifiesto de Monte Christi?

—Entonces, — le interrumpí — usted que sabe que entre los moderados hay revolucionarios de buena cepa, que no son, al menos para mí, sospechosos... ¿qué piensa de ellos? ¿Cómo entiende usted su actitud y en qué lugar los encuentra colocados?

Gómez sonrió. En su fisonomía se dibujaron algunas líneas sutiles, una sonrisa levemente maliciosa. Movió la cabeza, con movimientos rápidos, y dijo:

—¡Ah! Esa es una de las incógnitas que es preciso despejar para saber en dónde están esos revolucionarios y qué debemos pensar de ellos...

Y expresó las mismas ideas anteriores, diluyéndolas en párrafos de una cordialidad honda y en un tono singularmente agradable. Y recuerdo bien, entre sus

conceptos, algunas frases características, sobre todo, al calificar á algunos conservadores procedentes de la revolución de «muchachos ofuscados...» dando á estas dos palabras un valor afectuoso sin menoscabo de la intensidad del reproche.

III

Cuando el general creía haberme dicho todo lo que yo quería saber, ignoraba lo insaciable de mi sed. Tal vez el caudillo deseaba que le dejara en paz. Pero yo me había clavado en mi silla, frente á él, y aspiraba de una vez á saberlo todo...

—Pero, bien, general, aquí hay algo más en el fondo. Esta actividad política, por parte de usted, responde á la necesidad en que estamos, á su juicio, de preparar é ilustrar la opinión pública?...

—Ciertamente—contestó él, frunciendo ligeramente el ceño y como si sospechara por los trigos que iba yo á salirle...

—Y, para qué se prepara la opinión,

¿para la campaña electoral que se nos viene encima?

—No tengo por qué ocultarlo—fué la respuesta de Gómez:—el momento es crítico y es preciso que el país «sepa ver» á los candidatos para la presidencia y se prepare el pueblo á una lucha digna de nosotros. Por eso yo procuro, con calma, y con sanos consejos, y de una manera la más franca y abierta posible, inspirar al pueblo en lo que juzgo su deber, y haciendo que no se vulneren sus derechos ni se le malee con falsas teorías. Y lo hago así, desde temprano, porque haciéndolo de otro modo y tarde, incurriríamos en el grave mal de aparecer como perturbadores vulgares...

—¿Y usted tiene algún candidato para la presidencia?

—Yo pienso ahora en lo que debe ser la campaña electoral. A eso me he concretado. Todavía no me ocupo en nombres propios...

Era necesario decidirse y escudriñar hasta la médula...

—Bien, general, todo eso está perfec-

tamente, pero yo quiero saber todavía más. La opinión entiende que es usted el candidato de los liberales...

No me dejó seguir.

—Ese es un cargo del que yo le suplico que me defienda. Si yo pensara en esa candidatura, no habría escrito las cartas objeto de esta conversación. Puede usted decirlo á toda voz: yo no acepto la designación de ningún partido para ese cargo, ni la aceptaría tampoco si viniera en masa el pueblo á ofrecérmela.

Las palabras del general Gómez me causaron grande sorpresa y, para salir de ella, hice algunas divagaciones que, para el general, carecían de importancia. Como si no me oyera, habló casi al mismo tiempo que remataba yo un párrafo de política que creí honda y era seguramente superficial.

—Me dirán terco, lo que usted quiera. Pero yo no acepto la Presidencia bajo ningún concepto. No estoy enamorado del puesto, no me gusta, me creo sin todas las condiciones para su buen desem-

IV

Regresé de la casa del general Gómez bajo el efecto de una emoción profunda. Su palabra, sus ideas, sus opiniones, tienen una importancia grande, y mueven, en todo el país, una masa enorme en la que abundan patriotas entusiastas y gente de buena voluntad. Me convencí, además, de que la campaña electoral comienza ya, y la toma con cierta devoción, y con tiempo, persona que, como el general Gómez, jugará en ella un papel principal. Indudablemente, el generoso caudillo entrevé más peligros de los que dice, y se apresta á evitarlos, convencido de que pueden ser evitados. La enfermedad comienza y en sus comienzos la cura es más probable y menos costosa.

La política va camino del caos y Gómez quiere llevarla por el camino de la democracia y la razón, á su modo de entenderlas.

Y vine á mi bufete de periodista á trabajar durante algunas horas para exponer, en mi prosa, el elevado pensamiento del héroe..

En el camino, discurriendo sobre lo que había visto y oído, llegué á convencerme de que la política es, desde todos los puntos de vista, y bajo todos sus aspectos, perfectamente anormal.

He sentido á veces—me dijo—en la gran casa conservadora, una atmósfera de malsano rencor, un ambiente de conspiración tímida, pero conspiración al fin. En cambio Marte, atraviesa la multitud y convierte su espada de fuego en antorcha de paz...

(Diciembre 20, 1904.)

PSICOLOGÍA DE LA JUVENTUD

I

Rafael Altamira es uno de los escritores españoles de esta época que con más fortuna estudian y trabajan. Usando de una frase suya, podría decir que vive incorporado al movimiento de la cultura moderna y quiere, con tenaz y laudable empeño, esparcirla, regarla por toda España; infiltrar su espíritu en el espíritu de todos los españoles; repartirla, como si dijéramos, gratis á domicilio, y declararla de uso forzoso, hasta que las nuevas ideas hagan nido y germinen en el cerebro y en el corazón de sus compatriotas. Leyendo su interesante *Psicología del pueblo español*, se contempla una inteligencia sólida, con menos brillo que profundidad, con menos inspiración que

buen juicio. Acostumbrados, por el trato constante de libros primorosamente escritos, á una literatura de poetas, de estilistas, de orfebres del lenguaje, debemos recibir con palmas y hosannas á los pensadores que surgen como aparecidos de un mundo superior.

No leo jamás con simpatía la crítica ligera, implacablemente cruel, que va destruyendo cuanto á su paso halla, pero que no proporciona, á los hombres de buena voluntad, como es costumbre decir, los materiales para edificar sobre las ruinas que pueblan de tristeza el horizonte. El crítico, impresionista ó nó, debe ser siempre reflexivo; su opinión no debe fundarse jamás en lo aparente; debe ir siempre al fondo de las cosas aunque sólo quiera, para el lector, aparecer en la superficie. La ligereza, en la crítica, suele ser inconscientemente cruel y su crueldad es, en todo caso, absurda. Se aprovecha, en beneficio de su tendencia exclusivamente personal, de los prejuicios reinantes, y á horcajadas sobre ellos, se entrega á todo género de fechorías,

Alardea de impecable en punto á reglas literarias; no deja escapar, ni en broma, una palabreja de dudosa filiación castellana, y coloca perfectamente, en el tablero de su estilo, un juego de comas y de puntos que ha de maravillar al lector. El alma se envejece en estos cuidados de joyería del idioma; y el cerebro se va vaciando, poco á poco, hasta convertirse en globo de viento...

El señor Altamira vá á lo más profundo, entre inteligencias fosforescentes, á través de retóricos pomposos que ostentan ufanos un refinamiento vacuo y elegante, desechando, en sus relaciones de ideas, las prosas que le salen al paso con un lastre de inútiles tradiciones torpemente barnizadas para su ingreso en el mundo moderno... y demuestra con generoso espíritu, en algunos millares de páginas impresas, que escribe más que por gala del propio talento, con el propósito de enaltecer y dirigir el talento ajeno. Invita á los jóvenes á viajar; les recomienda, en pro de este sano consejo, que no se detengan ante los sacrificios

que él pueda costarles y abomina de los gobernantes que se niegan á las pensiones de estudios so pretexto de que son «novedad caprichosa de pedagogos extranjerizados».

Por cierto que incurre el señor Altamira, con lamentables reincidencias, en lo que algunos críticos de buena cepa consideran pecado de raza ó defecto, si se quiere, étnico. La iniciativa individual, no puede dirigirse nunca sino á las esferas oficiales en solicitud del valioso apoyo del Estado. El régimen universitario de Inglaterra nos parecería á nosotros imposible de plantearlo en nuestros pueblos por grandes que fueran sus progresos. Y sin el favor de los gobiernos y sin el dinero del tesoro nacional juzgamos improductivo todo empeño de cierta índole. Lord Macaulay dejó escrita, en uno de sus juicios más brillantes y en una de sus críticas más agudas, una página que viene aquí de molde y que no resisto á la tentación de fragmentarla. El famoso historiador inglés censura el sistema político del poeta Sauthey, y se

detiene, casi indignado, en un error que á su entender es de gran trascendencia. «Supone, escribe Macaulay, que un gobernante no está solamente encargado de velar por la seguridad perfecta de las personas y por la propiedad de los ciudadanos, sino que debe ser también una especie de maese Pedro, arquitecto, ingeniero, maestro de escuela, comerciante, teólogo, dama de la junta de beneficencia en todas las parroquias, un intendente ó administrador de todas las casas, haciendo de espía, escuchando á las puertas, que nos ayuda á llevar la carga, que nos reprende, que se toma el trabajo de opinar por nosotros, que gasta por nosotros nuestro dinero.»

El gobernante español, lo propio que el cubano, su legítimo hijo, no ha hecho nada para que le supongamos capaz de suplir en cada uno de sus gobernados la ausencia de toda actividad. Sin embargo, no hay pueblos como los nuestros para exigirlo todo del gobierno, para querer que todo lo haga el gobierno, para considerarnos vencidos en cuanto no con-

tamos con el favor de los gobernantes. En nuestro pobrísimo espíritu de asociación, reina siempre la esperanza de que venga la iniciativa del gobierno á fortalecerlo. No tenemos un Ateneo, propiamente dicho—y ahora me concreto á Cuba que va, en ese sentido, más allá que España—porque el gobierno rehusa la obligación de regalarnos uno de sus edificios más hermosos; carecemos de un círculo de Bellas Artes, porque el gobierno se niega á pensionarlo de una manera indirecta; se advierte la ausencia de verdaderos artistas, porque el gobierno, indiferente á todo, no va á descubrirlos en la cuna para amamantarlos con cariño desde los primeros días de su existencia. En este sentido hemos llegado al vértigo; las industrias y las compañías de especulación que no han logrado un verdadero éxito, ya sea por torpeza ó por un refinamiento de mala fe, aspiran á que el gobierno les regale, del dinero del pueblo, las sumas necesarias para colmar los intereses del capital empleado; y lo que parece más estupendo, y toca en las

cimas del absurdo, es que el gobierno, penetrado de ese vértigo, cae en la creencia de que semejantes regalías son un derecho moral, y casi legalizado por leyes imaginarias, de los industriales y especuladores que fracasan.

Si la cultura ha de entrar, en nuestro mundo, por las puertas de Palacio, nos quedaremos sin ella, cualquiera que sea el gobierno, llámense con uno ó con otro nombre los gobernantes. Para figurarnos cándidamente lo contrario habríamos de comenzar por suponer que la política eleva á los cargos supremos de la administración á los pensadores más ilustres; y tendríamos luego que dar por cosa cierta que los actos de los gobiernos tienden exclusivamente al bien de sus pueblos y no á las conveniencias personales de los individuos que los forman. Estoy de acuerdo con la necesidad de una comunicación sostenida y franca con el extranjero para fines puramente educativos; pero esa comunicación debe partir de la iniciativa individual *asociada* fuera de las oficinas del gobierno, porque los gobier-

nos, en el sofisma administrativo que manejan, sólo realizan esa comunicación en forma aparente y con propósitos especulativos de un orden ajeno al beneficio común. La hora de los gobiernos ideales no ha sonado todavía y es posible que no llegue á sonar si estamos citados, para un plazo fijo, al festín del valle de Josafat.

II

ALTAMIRA no cree en el *arrivismo*, como una enfermedad aguda de la juventud. Alude, desde luego, á la juventud española. La impaciencia de los jóvenes, que aspiran con grandes afanes á la gloria ó al éxito, condición inevitable de su estado psíquico, que les lleva á grandes acometividades, no es el rasgo de novedad y singularidad que ve Altamira en la actual juventud. Su peligro está en otro síntoma de su psicología. El miedo á la lucha, lo llama el distinguido profesor de la Universidad de Oviedo. Y toma como punto de partida la falta de entusiasmo, la tendencia á un mal entendido positivismo, el exceso de previsión que paraliza la voluntad,

el horror al sacrificio, á las privaciones y al trabajo continuado. Y advierte con pesadumbre cómo deja que lentamente se apodere del ánimo la abulia y la pereza del cerebro.

No cabe duda que, en tal estado de abatimiento, es ardua tarea despertar el espíritu á la verdadera dignidad humana y elevarlo de tal suerte que sea capaz de comprender su inferioridad y la urgencia de ponerse en cura, sin vacilaciones, sin egoísmo, sin el mezquino cálculo del interés personal, que incapacita y extingue poderosas inteligencias. Podría decirse que al engolfarnos en un estudio de este género penetramos en un sótano y ponemos á contribución toda la energía de nuestra voluntad para no huir de él dominados por el espanto.

Nuestra juventud, hermana de la española, pero sin ninguno de los estímulos que obran en ella, vive en una especie de *Paraíso de la ociosidad* que decía Carlyle. Me refiero, desde luego, á la ociosidad intelectual y me apresuro á exponer, brevemente, en concreto, su

origen. No es preciso indagar mucho ni hacer extensos estudios para darnos cuenta de que esa ociosidad se levanta, airada, sobre el pedestal de una pésima educación. Hombres de inteligencia brillante, con espacio suficiente en el cerebro para almacenar una buena cultura y hacerla beneficiosa á todos, se han obscurecido en la holganza, y sus cerebros han llegado á enmohecerse sin remedio. Para vivir tranquilos y gozar de la naturaleza, pródiga en estos suelos, no les ha sido indispensable su máquina cerebral, que ha permanecido rígida, inmóvil. En el ejercicio de la vanidad, que ha llegado á ser entre nosotros un derecho, han visto colmadas sus aspiraciones sin esfuerzo intelectual alguno; y, en competencia equilibrada con sus semejantes, han hecho, sin intelectualidad, lo que los grandes cerebros en el extranjero. Como ellos, han contribuído á la libertad de la patria; como ellos han legislado; como ellos han gobernado; como ellos han sido objeto de alabanzas extraordinarias que perduran en los anales de nuestra polí-

tica. Además, si viven en la ociosidad intelectual, no es por cierto que hayan ido en busca del *Paraíso;* nacieron en él como también sus buenos padres.

La juventud española, según Altamira, jamás afirma nada en las cuestiones palpitantes, ni se arriesga por una solución concreta. La «duda metódica» enferma su espíritu. Carece de fe, de ideal, de arranque, piensa en la derrota con pavor, no se sacrifica al interés de una idea que vence sobre montañas de víctimas... Nuestra juventud, soñó, porque la enseñaron á soñar así, en un solo ideal del corazón, sin que á él concurriera más estimulante que el sentimiento neto, que no dejó marchitarse, de generación en generación, la nostalgia siempre viva de un bien desconocido. De allí parten las decepciones de su espíritu mal preparado para ellas, el escepticismo que invade su naturaleza con ardores de intensa fiebre y el raquitismo de sus aspiraciones. No intervinieron jamás las ideas, en su camino por la vida, y el sentimiento, como único resorte, concluye por debilitarse y

gastarse. No cree ya en nada ó, mejor dicho, no tiene ya nada en qué creer, y limita sus *deseos* á un éxito burocrático, para el que no es preciso ningún cultivo del cerebro ni una extraordinaria excelencia de carácter moral. Vive bien, del dinero del prójimo; se viste por el último figurín, si le alcanza el sueldo ó aunque no le alcance; y se dedica á la caza de una opulenta heredera, no por avaricia y ambición, como observa Altamira, sino por miedo «á la pobreza, al proletariado de levita, que no trata de evitar á fuerza de trabajo».

He oído decir muchas veces á estudiantes aprovechadísimos de nuestra Universidad, que estudian, á regañadientes, por supuesto, para obtener un título, y que aspiran al título porque él les capacita para pescar un buen pargo en el mar de la burocracia. Y esto ha llegado á ser tan general, que algunos profesores, de los más ilustres por cierto, se quejan de no contar en algunas docenas de discípulos más que alguno que otro joven aplicado. Casi todos son,

tamos con el favor de los gobernantes. En nuestro pobrísimo espíritu de asociación, reina siempre la esperanza de que venga la iniciativa del gobierno á fortalecerlo. No tenemos un Ateneo, propiamente dicho—y ahora me concreto á Cuba que va, en ese sentido, más allá que España—porque el gobierno rehusa la obligación de regalarnos uno de sus edificios más hermosos; carecemos de un círculo de Bellas Artes, porque el gobierno se niega á pensionarlo de una manera indirecta; se advierte la ausencia de verdaderos artistas, porque el gobierno, indiferente á todo, no va á descubrirlos en la cuna para amamantarlos con cariño desde los primeros días de su existencia. En este sentido hemos llegado al vértigo; las industrias y las compañías de especulación que no han logrado un verdadero éxito, ya sea por torpeza ó por un refinamiento de mala fe, aspiran á que el gobierno les regale, del dinero del pueblo, las sumas necesarias para colmar los intereses del capital empleado; y lo que parece más estupendo, y toca en las

cimas del absurdo, es que el gobierno, penetrado de ese vértigo, cae en la creencia de que semejantes regalías son un derecho moral, y casi legalizado por leyes imaginarias, de los industriales y especuladores que fracasan.

Si la cultura ha de entrar, en nuestro mundo, por las puertas de Palacio, nos quedaremos sin ella, cualquiera que sea el gobierno, llámense con uno ó con otro nombre los gobernantes. Para figurarnos cándidamente lo contrario habríamos de comenzar por suponer que la política eleva á los cargos supremos de la administración á los pensadores más ilustres; y tendríamos luego que dar por cosa cierta que los actos de los gobiernos tienden exclusivamente al bien de sus pueblos y no á las conveniencias personales de los individuos que los forman. Estoy de acuerdo con la necesidad de una comunicación sostenida y franca con el extranjero para fines puramente educativos; pero esa comunicación debe partir de la iniciativa individual *asociada* fuera de las oficinas del gobierno, porque los gobier-

nos, en el sofisma administrativo que manejan, sólo realizan esa comunicación en forma aparente y con propósitos especulativos de un orden ajeno al beneficio común. La hora de los gobiernos ideales no ha sonado todavía y es posible que no llegue á sonar si estamos citados, para un plazo fijo, al festín del valle de Josafat.

II

ALTAMIRA no cree en el *arrivismo*, como una enfermedad aguda de la juventud. Alude, desde luego, á la juventud española. La impaciencia de los jóvenes, que aspiran con grandes afanes á la gloria ó al éxito, condición inevitable de su estado psíquico, que les lleva á grandes acometividades, no es el rasgo de novedad y singularidad que ve Altamira en la actual juventud. Su peligro está en otro síntoma de su psicología. El miedo á la lucha, lo llama el distinguido profesor de la Universidad de Oviedo. Y toma como punto de partida la falta de entusiasmo, la tendencia á un mal entendido positivismo, el exceso de previsión que paraliza la voluntad,

el horror al sacrificio, á las privaciones y al trabajo continuado. Y advierte con pesadumbre cómo deja que lentamente se apodere del ánimo la abulia y la pereza del cerebro.

No cabe duda que, en tal estado de abatimiento, es ardua tarea despertar el espíritu á la verdadera dignidad humana y elevarlo de tal suerte que sea capaz de comprender su inferioridad y la urgencia de ponerse en cura, sin vacilaciones, sin egoísmo, sin el mezquino cálculo del interés personal, que incapacita y extingue poderosas inteligencias. Podría decirse que al engolfarnos en un estudio de este género penetramos en un sótano y ponemos á contribución toda la energía de nuestra voluntad para no huir de él dominados por el espanto.

Nuestra juventud, hermana de la española, pero sin ninguno de los estímulos que obran en ella, vive en una especie de *Paraíso de la ociosidad* que decía Carlyle. Me refiero, desde luego, á la ociosidad intelectual y me apresuro á exponer, brevemente, en concreto, su

origen. No es preciso indagar mucho ni hacer extensos estudios para darnos cuenta de que esa ociosidad se levanta, airada, sobre el pedestal de una pésima educación. Hombres de inteligencia brillante, con espacio suficiente en el cerebro para almacenar una buena cultura y hacerla beneficiosa á todos, se han obscurecido en la holganza, y sus cerebros han llegado á enmohecerse sin remedio. Para vivir tranquilos y gozar de la naturaleza, pródiga en estos suelos, no les ha sido indispensable su máquina cerebral, que ha permanecido rígida, inmóvil. En el ejercicio de la vanidad, que ha llegado á ser entre nosotros un derecho, han visto colmadas sus aspiraciones sin esfuerzo intelectual alguno; y, en competencia equilibrada con sus semejantes, han hecho, sin intelectualidad, lo que los grandes cerebros en el extranjero. Como ellos, han contribuído á la libertad de la patria; como ellos han legislado; como ellos han gobernado; como ellos han sido objeto de alabanzas extraordinarias que perduran en los anales de nuestra polí-

tica. Además, si viven en la ociosidad intelectual, no es por cierto que hayan ido en busca del *Paraíso;* nacieron en él como también sus buenos padres.

La juventud española, según Altamira, jamás afirma nada en las cuestiones palpitantes, ni se arriesga por una solución concreta. La «duda metódica» enferma su espíritu. Carece de fe, de ideal, de arranque, piensa en la derrota con pavor, no se sacrifica al interés de una idea que vence sobre montañas de víctimas... Nuestra juventud, soñó, porque la enseñaron á soñar así, en un solo ideal del corazón, sin que á él concurriera más estimulante que el sentimiento neto, que no dejó marchitarse, de generación en generación, la nostalgia siempre viva de un bien desconocido. De allí parten las decepciones de su espíritu mal preparado para ellas, el escepticismo que invade su naturaleza con ardores de intensa fiebre y el raquitismo de sus aspiraciones. No intervinieron jamás las ideas, en su camino por la vida, y el sentimiento, como único resorte, concluye por debilitarse y

gastarse. No cree ya en nada ó, mejor dicho, no tiene ya nada en qué creer, y limita sus *deseos* á un éxito burocrático, para el que no es preciso ningún cultivo del cerebro ni una extraordinaria excelencia de carácter moral. Vive bien, del dinero del prójimo; se viste por el último figurín, si le alcanza el sueldo ó aunque no le alcance; y se dedica á la caza de una opulenta heredera, no por avaricia y ambición, como observa Altamira, sino por miedo «á la pobreza, al proletariado de levita, que no trata de evitar á fuerza de trabajo».

He oído decir muchas veces á estudiantes aprovechadísimos de nuestra Universidad, que estudian, á regañadientes, por supuesto, para obtener un título, y que aspiran al título porque él les capacita para pescar un buen pargo en el mar de la burocracia. Y esto ha llegado á ser tan general, que algunos profesores, de los más ilustres por cierto, se quejan de no contar en algunas docenas de discípulos más que alguno que otro joven aplicado. Casi todos son,

desde la niñez, candidatos para la magistratura, para los departamentos de Sanidad ó para gozar el *dolce farniente* de las Cámaras legislativas, dado que, para tal delicia, posean el secreto de la gárrula victoriosa.

III

La juventud actual, según Altamira, huye de las heroicidades y privaciones que han llenado de nombres ilustres la historia de los pueblos. En los Estados Unidos, añade el distinguido psicólogo, se dan á los estudiantes libros de lectura compuestos, en su totalidad, de biografías de hombres que, salidos de familias modestísimas, llegaron mediante el propio esfuerzo, entre la desgracia y la miseria, á ocupar puestos gloriosos en la ciencia, en la literatura y en la política. «Y la sola idea de presentar á los muchachos—concluye Altamira—una colección de ejemplos así, tan sugestivos y animadores, pinta ya el sentido íntimo de un pueblo.»

Nosotros, en la modestísima esfera de acción del pueblo cubano, y los españoles en su luminosa historia de los siglos, tenemos ejemplos extraordinarios que servirían para cultivar en el alma de nuestra juventud virtudes que se han apagado en ella. Pero lo que más la impresiona es el ejemplo vivo, la lección de la experiencia, el cuadro que á sus ojos ofrece la sociedad de que forma parte. El número de las cosas que le interesan se reduce extraordinariamente; no se cree obligada á otras que requieran tiempo y estudio, ni á salirse, en actividad, de los límites que marcan el placer y las funciones esenciales de la existencia. Adora la facilidad, que es diosa muy socorrida en esta tierra; y persigue la facilidad en todos los órdenes de la vida, hasta en el amor, que es la última lucha que inspira miedo á los decadentes. Si se le observa que la vida tiene fines más altos, se encoge de hombros. ¿Acaso el pequeño horizonte que contempla, lo ha reducido por capricho inexplicable, ó lo encontró ya pequeño y obscuro? Porque

no se trata de elementos nocivos que producen un ambiente de decadencia; se estudia, más bien, el resultado de ese ambiente, que produce siempre héroes anónimos, sepultados por la indiferencia en otro Paraíso, en el del olvido. Somos, sin embargo, por el clima y por otras circunstancias que no es preciso enumerar, el pueblo de las precocidades, porque no hay joven ignorante que no tenga en la historia de su vida una página curiosa, la del día en que fué sabio, sin perjuicio de hallarse en plena lactancia. Pero esa precocidad que suele ser efectiva, no encuentra los medios de normalizarse, para llegar, por un plan educativo inteligente, á dar sus buenos frutos; muy al contrario, se le da salida por el cauce de las nimiedades que constituyen nuestra vida social; el niño se convierte en un hombre que provoca á risa, sin mengua de un profundo sentimiento de lástima, y andando el tiempo, llega á la juventud con el alma vieja, con el cerebro inútil, con la cabeza cubierta de blancos cabellos... La naturaleza, torpe si cabe, ha querido

brindarnos con un adorno de sus maravillas, y ha puesto en manos groseras una flor cuya fragancia se desvanece y cuyos pétalos se marchitan antes de abrirse...

Y llega á tenerse como una regla fisiológica, y cerrando los ojos á toda esperanza, que la precocidad es el prólogo de la idiotez, que las luces prematuras de la inteligencia, son precursoras de una noche eterna sin relámpagos... Y el intelectualismo de nuestra juventud se desarrolla, en un mundo de errores trascendentales, con la idea fija del callejón sin salida, que á ambos bordes encuentra una muralla infranqueable, sin que, por otra parte, interese mucho á nadie destruirla y recibir, así, de frente, los resplandores de la cultura universal.

IV

Y CONCLUYO con las dos declaraciones con que comienza el señor Altamira su capítulo *Psicología de la juventud*, en el reciente libro *Psicología y literatura*, publicado por la excelente biblioteca de Henrich. Siempre que se generalizan los caracteres de un grupo social, esta generalización observada tiene un valor relativo. Se habla de un tipo que puede servir de sello á la mayoría; y se señala un defecto ó mil máculas que atañen al carácter general de los más. Y la otra declaración, no menos importante, es que en la enfermedad que estudio no me refiero á los indemnes, «que hacen más deplorable—por el ejemplo de su éxito,—el espectáculo de los muchos atacados y

vencidos». Hay indemnes, en nuestro mundo social; muy pocos, raros, si se quiere, pero existen. La salud de los unos, significa que hay remedio para los otros. Y esto es, no un consuelo, sino un oriente á donde pueden dirigirse nuestros pasos, para la conquista de nobles reivindicaciones morales é intelectuales. Cuestan, al que las emprende, desazones y amarguras; se sentirá á veces humillado por sus inferiores, á veces escarnecido y burlado por sus discípulos; al vencer un obstáculo, saltarán otros mil á la vista; disipada una nube, surgirá una montaña; abierta á pique la montaña, se quebrarán las entrañas de la tierra para romper, más allá, un abismo... Pero las grandes reivindicaciones tienen sus apóstoles, sus mártires, sus víctimas. La fe viene rezagada siempre, cuando la conciencia se prepara, sin saberlo, á una gran reforma, en la que el espíritu se renueva y la sociedad se regenera. No es obra que se pone en manos de los gobiernos, porque la historia nos enseña que son los gobiernos los pri-

meros que se envilecen, en el retroceso, y los primeros que mueren en cuanto sopla el viento fresco de las reivindicaciones morales.

¿Y por qué no ha de triunfar el ideal que comienza á surgir, con luces rojas, en el corazón y en el cerebro de los pocos que saben pensar, con seriedad, en el inmenso porvenir del inmenso mundo latino? ¿Acaso es ley sagrada, inexpugnable, inmóvil como los Andes, que al descender, por el impulso de las desventuras políticas y los errores de una filosofía patriarcal y absurda que dominó hasta el terror, no se sobreponga la energía de hombres nuevos, y se emprenda un nuevo camino, hacia la cima? ¿Es que el estudio de las graves enfermedades, nos enlaza más con la muerte que con la vida? ¿Es que ante la disección de nuestras gangrenas, la repugnancia debe apoderarse de nuestro espíritu, inyectando nuestras venas de indiferencia y rellenando nuestro corazón de egoísmo?

Nosotros tenemos un gran deber que cumplir con la historia. Al separarnos

de España, quisimos renovar virtudes extinguidas, hacer un pueblo libre, sanear las costumbres y organizar de nuevo la sociedad. La mañana de la independencia, cuando el sol volvía de haber despedido la colonia que se iba iluminada débilmente por una puesta de pétalos de violeta, tal parecía que nos orlaba de nuevos resplandores. Nos sentimos todos héroes. Y al día siguiente debíamos sentirnos todos ciudadanos. ¡Ay, cuánto pesar inunda mi alma, cuando pienso en que aún no sabemos el punto de gloria en que debió terminar nuestro heroísmo para comenzar nuestra ciudadanía! ¡Y qué honda preocupación la mía, cuando me salgo del constante avispero político, y encerrado en mis reflexiones, á solas, un fantasma asalta mi corazón y perturba mis sentidos!... Miro cómo toma forma humana; cómo gesticula y sonríe; cómo se yergue y amenaza... La juventud ignorante y egoísta, le contempla, y su más dulce ensueño es obedecerle hoy para imitarle mañana...

No confío en presentimientos, lector,

y antes de dejarte, vuelvo al bullicio, en donde no me atisban los fantasmas... Mil chicos van á la escuela sonrientes. Llevan bajo el brazo sus libros con las páginas pintarrajeadas de verde y azul... Detengo á uno de ellos por el brazo. Me parece el más listo.

—¿Qué quieres ser cuando llegues á hombre?—le pregunto.

El chico abre los ojos, y plegando los labios me responde:

—Cacique, como dice mi padre...

EL DUQUE DE LOS ABRUZOS

De seguro el lector, que me tiene por republicano y anarquista, se figura que he despreciado, durante su visita á la Habana, al príncipe Luis Amadeo de Saboya, personaje interesante de la familia Real de Italia. Pues se ha equivocado el lector, como frecuentemente se equivoca al meterse en la vida privada de los obreros de tinta y pluma. Soy devoto de las hinchazones aristocráticas, me vuelvo loco por un duque y, si contara con fuerzas suficientes, dando un golpe de esos que llaman de Estado, me proclamaría Emperador de Cuba. Yo sería, desde luego, un Emperador muy digno de alabanzas; cubriría muy artísticamente las greñas de mi melena, con la corona siboneya,

y procuraría, para mi gobierno, una docena de hombres de pro de los que no prosperan en la República. Mi Palacio Real sería la redacción de *El Fígaro;* el presidente de mi Consejo de Ministros uno de los redactores de este magnífico semanario; y proporcionaría al *Conde Kostia*, único individuo de sangre Real que vive en Cuba, los recursos necesarios para una expedición al Polo Norte.

No era posible que quien piensa de esta suerte, despreciara al Duque de los Abruzos; su llegada, lejos de eso, me produjo una emoción que á poco me llevan á Mazorra; consumí largas horas contemplando, desde los muelles, la corbeta *Liguria;* y se apoderaba de todo mi ser la necesidad imperiosa de ir á darle un abrazo al hijo ilustre de don Amadeo, tímido rey, que fué, de España y Cuba, su colonia. Al fin, una tarde, *El Fígaro* me facilitó los medios de situarme en la corbeta; fuí saludado con una salva de cañonazos, y el Príncipe, sonriendo, me echó los abruzos, digo, los brazos al cuello: «Le esperaba, querido amigo, y le

felicito por su Imperio. Es una verdadera fragua de oro y brillantes. Sus duquesas y marquesas no pueden ser más guapas. Veo con sorpresa que la civilización ha llegado hasta estas regiones en donde la humanidad hace el papel de leña.»

El Duque de los Abruzos—y va en serio—es un apuesto y gallardo mozo. Sus ojos son vivos, sus rizos rubios, sus mejillas pálidas. Habla y ríe simultáneamente. Es benévolo con los humildes, cariñoso con los plebeyos: más demócrata, y dicho sea sin alusiones, que muchos empingorotados republicanos que se jactan de dominar, por el amor, á las masas populares. Puedo decir que es un príncipe que merecía no serlo: un personaje de novela fantástica de los que se imponen al corazón de las damas. «Mi querido señor—exclamó adivinando mi pensamiento—domino la leyenda, mi leyenda domina al mundo, mi mundo es el amor y la ciencia.» Con el sano deseo, por mi parte, de que le hagan buen provecho la leyenda, el mundo, el amor y la cien-

EL DUQUE DE LOS ABRUZOS

De seguro el lector, que me tiene por republicano y anarquista, se figura que he despreciado, durante su visita á la Habana, al príncipe Luis Amadeo de Saboya, personaje interesante de la familia Real de Italia. Pues se ha equivocado el lector, como frecuentemente se equivoca al meterse en la vida privada de los obreros de tinta y pluma. Soy devoto de las hinchazones aristocráticas, me vuelvo loco por un duque y, si contara con fuerzas suficientes, dando un golpe de esos que llaman de Estado, me proclamaría Emperador de Cuba. Yo sería, desde luego, un Emperador muy digno de alabanzas; cubriría muy artísticamente las greñas de mi melena, con la corona siboneya,

y procuraría, para mi gobierno, una docena de hombres de pro de los que no prosperan en la República. Mi Palacio Real sería la redacción de *El Fígaro;* el presidente de mi Consejo de Ministros uno de los redactores de este magnífico semanario; y proporcionaría al *Conde Kostia*, único individuo de sangre Real que vive en Cuba, los recursos necesarios para una expedición al Polo Norte.

No era posible que quien piensa de esta suerte, despreciara al Duque de los Abruzos; su llegada, lejos de eso, me produjo una emoción que á poco me llevan á Mazorra; consumí largas horas contemplando, desde los muelles, la corbeta *Liguria;* y se apoderaba de todo mi ser la necesidad imperiosa de ir á darle un abrazo al hijo ilustre de don Amadeo, tímido rey, que fué, de España y Cuba, su colonia. Al fin, una tarde, *El Fígaro* me facilitó los medios de situarme en la corbeta; fuí saludado con una salva de cañonazos, y el Príncipe, sonriendo, me echó los abruzos, digo, los brazos al cuello: «Le esperaba, querido amigo, y le

felicito por su Imperio. Es una verdadera fragua de oro y brillantes. Sus duquesas y marquesas no pueden ser más guapas. Veo con sorpresa que la civilización ha llegado hasta estas regiones en donde la humanidad hace el papel de leña.»

El Duque de los Abruzos—y va en serio—es un apuesto y gallardo mozo. Sus ojos son vivos, sus rizos rubios, sus mejillas pálidas. Habla y ríe simultáneamente. Es benévolo con los humildes, cariñoso con los plebeyos: más demócrata, y dicho sea sin alusiones, que muchos empingorotados republicanos que se jactan de dominar, por el amor, á las masas populares. Puedo decir que es un príncipe que merecía no serlo: un personaje de novela fantástica de los que se imponen al corazón de las damas. «Mi querido señor—exclamó adivinando mi pensamiento—domino la leyenda, mi leyenda domina al mundo, mi mundo es el amor y la ciencia.» Con el sano deseo, por mi parte, de que le hagan buen provecho la leyenda, el mundo, el amor y la cien-

cia, le pregunto por mi buen amigo Víctor Manuel, y por mis ilustres corresponsales los osos del Polo.

—Están todos buenos.

—¿Y no piensa usted volver al mar Ártico?

Su Alteza sonrió nerviosamente.

—Mi sueño es establecer en el mismo Polo una oficina del cable, para ponerme desde allí en comunicación directa con mi grande y buen amigo Menelick. Un hombre que ha ido una vez al Polo, no puede decir que no volverá. Es un vicio como otros muchos... Mi primer viaje me costó dos dedos de la mano, el del corazón y el anular... ¿No cree usted que ese es un recuerdo que me hará volver al Polo tal vez á dejar *toda* la mano derecha?

—Quisiera tener el gusto de acompañarle en su próxima excursión...

—Tendré mucho placer en invitarle, aunque me servirá usted de estorbo. Para ir al Polo, no hay mejor compañía que la de unos cuantos perros de Groenlandia. Amo primero á los perros y después

á los hombres. Yo soy el primer jefe de mi barco: mi perro es el segundo, aunque á veces me figuro que mi perro sabe más que yo. Un hombre, para ser grande, necesita tener el instinto y el corazón de un perro. Cuando yo leo á Gœthe, que es mi poeta favorito, suelo exclamar: «¡Qué buen perro era este ilustre alemán!» y ¡no lo tome usted á broma! de las novelas de Julio Verne, he formulado el siguiente juicio: «¡Qué hermosas serían, si las hubiese corregido un perro de la Siberia Oriental!»

«A usted no le gustaría el Polo—prosiguió—porque el hielo no *tiene* poesía; los osos, no son nada artísticos; el terror de los témpanos le enmudecería; las noches prolongadas del invierno concluirían por volverle loco. El barco en que hice mi excursión, tenía la figura estrambótica de un gran zapato holandés, y tan feo, que los poetas más notables de Roma no han podido dedicarle unas simples quintillas. Un viaje al Polo es una conmoción demasiado fuerte: el que puede resistirla es capaz de luchar con los más

poderosos ejércitos. Un oso, al mando de *una* tropa de témpanos, habría convertido en aguachirle la gloria inmortal de Napoleón. Todos los hombres no pueden resistir los dolores, las tristezas de tan extraordinario viaje. Salir del mundo que habla y ríe, á la superficie muda, á la soledad eterna; ir del arte y del pensamiento, á la nada congelada, al muelle del planeta que acaso no tiene fin aunque la ciencia diga otra cosa... ¡No podría resistirlo usted, de seguro! Se envejece, sobre la nieve; el corazón palpita con lentitud; un escepticismo absoluto se adueña del pensamiento; llega uno á figurarse que Dios no es otra cosa que un témpano inmenso que vemos, desde el planeta, azul y transparente...»

***

Créame el lector que he ido al Polo; que he escrito mi nombre sobre la piel de un oso blanco; que me he visto Emperador de los hielos; que he temblado entre montañas de nieve...

¿Soñé? ¡No! El dulce y ameno Príncipe con quien charlé una tarde, sudando la gota gorda, ha sido una persona real y no una visión fantástica de mi pobre cerebro: me llevó sobre los rayos de su brillante imaginación al fin del planeta, y al restituirme á la vida normal, me dijo amablemente:

—No sirve usted para calaveradas árticas. Es usted, por desgracia, una humanidad tropical, sin pizca de instinto canino.

(*Noviembre, 1903.*)

MIRANDO MAS ALLÁ...

I

Las futuras elecciones presidenciales van preocupando cada día más á nuestros políticos. Por el entresuelo de los partidos se van desarrollando distintas corrientes que halagan á unos y desesperan á otros. Y en las columnas de los periódicos van apareciendo nombres más ó menos sugestivos de aspirantes á la primera Magistratura. El problema es trascendental, profundísimo, y bueno es que las gentes de entendimiento y de sano corazón lo planteen con tiempo y se dispongan á estudiarlo.

Sé, como los más apuestos oradores de propaganda electoral, que el más hermoso derecho que ejerce el ciudadano

es el del sufragio; me consta que ese derecho envilecido y adulterado por los caciques de Hispano América ha traído, como natural consecuencia, la revolución, la ruina, la anarquía; y estimo que en nuestro organismo recientemente republicano, y en nuestra nación *recientemente nacionalizada*, la urnas consolidarán la libertad, y la libertad será guarda inexpugnable de la independencia.

Por esto mismo, nada debe inquietarnos tanto como la aproximación de un período electoral y, sobre todo, si ese período ha de resolver un problema fundamental, acaso más peligroso y difícil que lo fué el de nuestra constitución en República. Sobre la primera base, hemos de echar las raíces de nuestra aptitud para el gobierno; y estas raíces serán buenas, robustas, sanas, si en realidad somos capaces de llenar el ideal republicano, si merecemos llamarnos nación, si existe, en nuestro espíritu y en nuestra conciencia, esa patria que no es la del suelo, sino la patria moral, indestructible, indivisible, inagotable: unidad de

aspiraciones y de sentimientos sobre la unidad étnica y geográfica. (1)

Hemos tenido por costumbre la de confiarlo todo al patriotismo, á la ecuanimidad, á la discreción de las clases directoras, y perdemos de vista el sentido de nuestras evoluciones políticas, la disciplina de nuestras reformas sociales y las iniciativas novísimas que las vistas de otros horizontes van despertando en las almas. Y acaso, en estos momentos que por las apariencias son de paz y de orden, necesitemos de un esfuerzo supremo y de una gran cordura, para elegir entre los caminos obscuros el único que, más allá, nos ofrezca resplandores.

La República, en Cuba, ha sido hasta hoy un éxito, pero no nos garantiza este éxito que desde mañana no comience á ser un fracaso. Y el fracaso vendría, si diéramos en confundir el traje con el espíritu, con la charla el sentimiento. No hay cambio político que transforme, por sí, en un solo golpe de la suerte, la

(1) Léase á Burgess, *Ciencia Política*, tomo I.

conciencia de los pueblos. Y hay que tener esto tan en cuenta, que de otro modo rodarían, por nuestros errores, las instituciones creadas con nuestra sangre; y al cabo habría de aparecer, entre las ruinas de un Estado transitorio, la personalidad enérgica de la colonia, mantenida, en la plenitud del nuevo régimen, por una forma especial de dependencia que integra todos nuestros actos políticos.

Si una honda psicología no bastara para comprender todo el alcance de esta observación, la historia, aún no escrita, de nuestros últimos años de vida nacional, sería para ello suficiente. El período interventor, equivalió á un cambio de Metrópoli, y se organizaron los partidos en forma casi semejante á las anteriores. Esos partidos no solucionaban el problema del Estado, sino el problema de los nuevos estadistas; y aspiraban á la independencia, con tales ó cuales resortes, no para obtenerla con recursos propios, sino para ejercitar el poder, si la evolución venía. Y así como hubo autonomistas mirando á España, hubo una

especie de autonomistas mirando á los Estados Unidos. No podía el ciudadano surgir en tan desfavorables circunstancias, y empezó á verse á medias luces el porvenir cuando el interventor convocó la Constituyente y nos dió un gran pedazo de la independencia que solicitaron, en el campo de batalla, los soldados de la revolución.

Pero, los partidos no sólo no educaron á nadie, sino que no se educaron ellos mismos; y como el sentimiento nacional no podía fundarse sobre el atribulado corazón de la colonia con una simple orden militar de Mr. Wood, el problema de la nueva nación se convirtió en problema de partido, de burocracia presidencial, y unos eran estradistas y otros eran masoistas, cuando en verdad la aspiración era una sola y no había entonces más candidato que la República misma. Con el respaldo del poder interventor se llevó á cabo la obra sin tropiezos; á las pasiones de partido, se impusieron la cordura y el patriotismo; y el peligro único, que hasta ese día fué el in-

terventor, se convirtió en responsable de nuestro buen juicio y en policía de nuestra conducta política. No meditaron sobre el terreno los combatientes y mientras el advenimiento fué alegría y júbilo para unos, tristeza y decepción fué para otros, para los que, por una derrota innecesaria, se rezagaban á las puertas del nuevo régimen. Para aquéllos comenzó la República; y para éstos el gobierno de Estrada Palma. (1) Y puede decirse que entramos á la independencia en desorden, y que ese desorden ha sido causa esencial de la inestabilidad política que ha traído frecuentes perturbaciones morales al país.

Cuando medito sobre este vasto problema, y hago para mis adentros la psicología de mi pueblo, y no me engaño como otros con los fuegos fatuos de un

(1) El señor Estrada Palma fué electo por una coalición formada de los dos partidos más numerosos. En las postrimerías de su gobierno, afiliándose, como soldado de linea, á una fracción de uno de esos dos partidos, ha incurrido, á mi ver, en un error fundamental del que juzgará la historia.

patriotismo falso, suelo preguntarme: ¿y á dónde se vá por el camino emprendido? ¿Al egoísmo anárquico, ó á la consolidación del Estado, no el Estado en lo aparente sino en lo íntimo, no el Estado por el éxito de una política, sino por la solidaridad que se funda en la tradición, en el ideal, en los intereses comunes? ¿Existe realmente la nación, esa nación única, soldada y remachada por sentimientos y leyes y aspiraciones propias? Y como no obtengo respuesta halagüeña de mis análisis ni de mis constantes observaciones, siento miedo de las luchas políticas enconadas; no creo que en el fondo de ellas exista sentimiento más alto que el ansia de todas las burocracias; no advierto más amor al régimen que el fundado sobre los bienes materiales que él produce; no distingo base moral en los deseos de cada grupo; y sobre todo esto, que revela un período de incompleta gestación, reconozco la bandera nacional con menos símbolo en sus colores que en la suavidad con que se pliega al soplo del alisio tropical .

Entonces convengo en estas verdades, que no hallarán cabida en los partidos, pero que acaso algún día pueda confrontarlas con los juicios de la historia: el alto poder, tiene que ejercitarse por una individualidad nacional; los hombres de filiación política, deben pensar, no de acuerdo con los grupos, sino de acuerdo con la conciencia, para ser, en estos momentos críticos, lo que se necesita ser: patriotas. Y así, en vez de la tempestad que se prepara alrededor de la Presidencia, se acumularían en torno de ella los materiales indispensables para la consolidación de la República...

II

Mi memoria reproduce torpemente los sucesos del año 1904... ¡Han ocurrido en él tantas cosas en realidad extraordinarias! Los políticos, que son siempre los héroes, hicieron ostentación de sus *virtudes;* y el país, que es la víctima, no ha tomado en serio, todo lo que debía, á los políticos. En la tribuna han dicho perrerías de sus enemigos, han anunciado la ruina, han amenazado con las iras populares, han gastado, en salvas de palabras, toda la pólvora de su mediocre elocuencia... Los ciudadanos que se preocupan de estos tiquismiquis, sufrieron la pena negra, esperando cataclismos, presumiendo catástrofes; y los hombres

de buena voluntad, con alma de ovejas, soportaron, durante doce meses de lucha constante, los porrazos más enérgicos de la pícara y ávida decepción...

—Pero ¿se puede vivir así? ¿Acaso se llama esto patriotismo? ¿Y ésta es la libertad y éste el progreso y aquélla la civilización? ¡Ay, pueblo amado, cómo contemplas tranquilo estas menguas, cómo toleras tanta iniquidad, cómo soportas tanta falsía!

La oratoria ha perdido, con el desgaste del uso excesivo, mucho de su eficacia. Y el pueblo, oyéndola, no quiere bronca. Es poco el escepticismo que han repartido, entre el dichoso proletariado, los especuladores del sufragio? Y eso que yo llamo escepticismo, y que acaso, allá en el fondo del alma cubana no lo sea, se traduce en una ausencia lastimosa de espíritu nacional, de pública opinión, de interés popular por la suerte de las republicanas instituciones .. La historia, si logra recoger con alguna exactitud, la verdad de lo pasado, amontonará hechos estupendos y en sus páginas no perderán

valor estos términos que en realidad debieran ponernos los pelos de puntas: liberales excitados, conservadores demagogos, fraudes electorales, actas falsas de representantes, atropellos á la ley, violaciones de la Constitución, falsificaciones del sufragio, asesinatos morales, estampidos parlamentarios, cadáveres políticos... Y es que nosotros no vivimos por la integridad de nuestra carta fundamental, sino por el sagrado cumplimiento de la Ley Platt. La política ha hecho del apéndice una especie de caja de Pandora, y, por su maravillosa virtud, todo es violable, si se respeta el derecho de intervención de los Estados Unidos y no se provocan sus iras. Y hemos llegado á este fin bien doloroso: el sufragio puede ser una mentira mientras sea nuestro cuidado higiénico y sanitario una verdad; la justicia puede ser un mito, mientras sea inalterable la paz material de la República; el Congreso puede entregarse al Nirvana delicioso entre tanto no comprometamos el tesoro en deudas europeas y no vendamos nuestro azúcar en Londres

y no nos convirtamos los habitantes de Cuba en Ravacholes de mayor ó menor cuantía...

El Senador Dolz, que dió un vuelco á la Constitución por interés de una mayoría parlamentaria tenaz é implacable, apenas conmovió al país; la pésima administración de una burocracia inepta que alarma sólo á los que piensan serio, y que regocija á cesantes y despechados, no desvela á los legisladores ni estremece á los partidos; pero ¡oh, desventura! un caso de fiebre amarilla y un poco de basura en las calles de Güines, Camagüey y Santiago de Cuba, pone en peligro la independencia, agita las instituciones y alarma al universo..... La prensa pone el grito en los cielos, el sol se obscurece, la tempestad amenaza y una voz que viene de las entrañas del planeta, nos dice: «No os preocupéis de las leyes, ni de los Representantes, insensatos: cuidáos de los mosquitos!» Y entre tanto los políticos se creían que la muerte se nos podía colar por las urnas electorales, manchadas con todos los es-

cándalos, el país se ha ido dando cuenta de que hoy sólo podremos perecer de los lancetazos de un ejército de mosquitos...

III

Un político de los más caracterizados, y que entrará de seguro en la batalla electoral del próximo Diciembre, me regalaba ayer con estas florecitas que reproduzco sin ruborizarme:

—He leído tus *últimas teorías* políticas. No las encuentro malas; mejor dicho son muy lógicas; por donde tú indicas nos vendría el bienestar, la paz y la consolidación de la República; pero ¡qué quieres! son arpegios artísticos que abundan en belleza más que en sentido práctico; y me figuro, cuando te leo, que mentalmente haces lo que el muy famoso Gotschalk cuando se sentaba al piano y hacía música tierna, improvisada en el momento, y se extinguían sus acordes en

su propia languidez..... Todo eso que tú dices es bueno; pero impracticable. Es como si te asomaras al balcón de tu casa y te empeñaras en llamar desde él las montañas del Rubí.....

Y yo, asustado, me dije: «Malo: cuando lo bueno no es practicable es que se ha adueñado del campo *lo peor*.....» Pero el político interrumpió mi pensamiento con esta franca verdad:

—Tú vives pensando en la *nación* y los demás piensan en los bienes de la República. Así es que vives en un mundo distinto y en ese mundo no hay elecciones y no serás Representante.....

Naturalmente; los partidos políticos tienen una razón de ser y está bien que sean. Pero era mi sentir que no se expusieran á chocar los partidos en donde pudiera padecer la República, sobre todo ahora que la *nacionalidad* es una verdad material y no moral, y ya sabe el lector que ambas son cosas bien distintas é indispensables para la soberanía del Estado. Las Repúblicas sudamericanas padecen aún del pecado de haber consti-

tuído antes la nacionalidad material que la moral; y existe la unidad italiana, el Imperio alemán, la República francesa y la libertad británica porque antes de la nacionalidad material existió la moral, ese cuerpo íntimo, más sólido que los productos de una revolución y de una propaganda política, que no se deshace ni en la esclavitud, ni en la independencia ni en la lucha parcial de las opuestas tendencias de los partidos.

Sueñe el lector que España es invadida por *la* Rusia; que los súbditos del Czar despojan á los de Alfonso XIII; que ponen en cada villa de alcalde á un moujick, y en cada capital de gobernador á un Kuropatkin. Deshecha la soberanía material, queda siempre palpitante la moral, y vendrá la guerra, la muerte, el incendio, y de la guerra, de la muerte y del incendio surgirá media docena de españoles supervivientes con su espíritu nacional intacto: españoles contra la tempestad de los puñales cosacos.....

Para que exista la nacionalidad cuba-

na, dentro de la República cubana, es preciso que haya un espíritu común, entre nosotros, que se parezca al que reina en el alma española, en el alma francesa, en el alma italiana; ni en Francia, ni en Italia, ni en España, ni en Alemania, han sido los factores de la soberanía los partidos políticos, sino algo más grande, más poderoso, más sublime, que perdura sobre de ellos, á pesar de ellos, encima de sus escombros, encima de sus cenizas.

Vuelva la vista el lector al Imperio de Guillermo II, y recorra en un vuelo de su imaginación el problema constitucional de Alemania desde la Constitución carlovingia hasta los tiempos modernos en que muerto el tímido Federico Guillermo IV le sucedió en el trono de Prusia un hombre enérgico y decidido que hizo de formidable fundidor el alma germana y recuerde que cuando Francia procuró evitar la unión de todos los Estados alemanes, llegó Sedán, y sobre la victoria se irguió el rey de Baviera para ser la iniciativa decidora y se remachó grande y poderoso el actual Imperio.....

No era la obra de los partidos políticos. Era la obra de un espíritu que nos hace falta á nosotros para ser, no una República sobre la base de la *joint resolution*, sino una soberanía sobre el pedestal de un alma indestructible.

....

....

.....

Amanece.....

De los campanarios llega el tañido perezoso, lento, triste, de viejos bronces. La claridad invade las calles como un baño de plata. Y los fieles silenciosos, pensativos adormilados, van hacia sus parroquias marcando el paso con el sonido de sus botas sobre la acera húmeda de rocío. Les veo y les sigo con la vista. Y medito largo rato. ¿Quiénes son? Prefiero aguardar en mi reja á que el sol aparezca de cuerpo entero sobre el manto azul. Y sale el sol, y lo miro y lo interrogo; y no sé al cabo en dónde está mi parroquia ni cuál es la vieja campana que me habla, que me atrae, que me convence. Llega el día. Y la lucha por

la existencia no logra desprender de mi pensamiento el recuerdo melancólico de la mañana fría, triste, silenciosa. Quiero expresar algo y no puedo. Las ideas suelen nacer en el cerebro tocando las fibras del corazón—ideas que vienen con ritmos—y entretanto suena el arpa de los amores allá en lo profundo del sér, los labios se sellan y sobre los labios se dibuja una sonrisa que parece loca. Dudo de mi fe y de mi vista. Y llego á creerme que eran campamentos las parroquias, toques de corneta el tañido de los viejos bronces, soldados alegres, decididos, los fieles silenciosos, pensativos, adormilados.... Y es que sueño, al arrullo de una meditación constante, y me sorprenden, sobre la arena caliente del desierto, las raras imágenes de tipos opuestos, producto unas veces de mis temores y otras veces de mis risueñas esperanzas..... Y temo y espero, porque no he tenido ambición que me ofusque, ni pasión que me embriague, ni despecho que me ciegue.

Tal vez no conozca á derechas la ver-

dadera gramática de la vida. Acaso exista sobre la tierra mucha más falsedad de la que yo supongo y mucha más mentira de la que yo conozco... Pero elevo mi espíritu y en la altura gozo pensando que allí no alcanzan la falsedad de las cosas humanas ni la mentira de los hombres; y mi vista descubre, entre las ruinas que van cayendo por su propio peso en la masa inútil, el triunfo de honrados sentimientos que se yerguen. Y entonces me digo: es cierto que hay patria como hay hogar...

(Enero—Febrero, 1905).

NOTAS

Páginas 28 y 29.—De un literato, amigo íntimo, cuando publicó este artículo *El Mundo Ilustrado:* «El párrafo que comienza «Por eso tiene Washington, para Quesada, etc.», adolece de algo extraño. Estableces la diferencia más marcada, y sin embargo difusa, entre *una alegría*, y *triunfos y alegrías;* la repetición de la palabra *alegría* significa para mí que, al usarla en una misma oración, aquí en singular y allá en plural, has querido que expresen cosas distintas; *una alegría*, algo extraordinario y después *alegrías*, satisfacciones ó contentos de segundo orden.»

Al reproducir en este libro ese trabajo, no me resolví á enmendar el párrafo, doliéndome arrancar, de sus páginas, la espontaneidad con que fueron escritas en días de grandes emociones para mí. En todos los capítulos que comprende la

[illegible] de [illegible] a Mr. Roosevelt. [illegible] de [illegible] de la fantasía [illegible] de [illegible]. Perdóneme [illegible] en gracia de lo sincero [illegible] sus sentidas y expresadas.

Prima [illegible] — [illegible] imagen, en la [illegible], esto es, en que no [illegible] de [illegible] en los [illegible] públicos [illegible] de ellos a mano de la [illegible] de [illegible] quisiera recordar [illegible] de Demaíns escritas [illegible] libro *En qué consiste [illegible] de la mejo-[illegible]*: «Las [illegible] de [illegible] individual des[illegible] [illegible] al centro más [illegible] a [illegible] energía interna [illegible]. Y se explica la acción [illegible] en vencerse [illegible]

INDICE

dadera gramática de la vida. Acaso exista sobre la tierra mucha más falsedad de la que yo supongo y mucha más mentira de la que yo conozco... Pero elevo mi espíritu y en la altura gozo pensando que allí no alcanzan la falsedad de las cosas humanas ni la mentira de los hombres; y mi vista descubre, entre las ruinas que van cayendo por su propio peso en la masa inútil, el triunfo de honrados sentimientos que se yerguen. Y entonces me digo: es cierto que hay patria como hay hogar...

(Enero—Febrero, 1905).

NOTAS

III

Un político de los más caracterizados, y que entrará de seguro en la batalla electoral del próximo Diciembre, me regalaba ayer con estas florecitas que reproduzco sin ruborizarme:

—He leído tus *últimas teorías* políticas. No las encuentro malas; mejor dicho son muy lógicas; por donde tú indicas nos vendría el bienestar, la paz y la consolidación de la República; pero ¡qué quieres! son arpegios artísticos que abundan en belleza más que en sentido práctico; y me figuro, cuando te leo, que mentalmente haces lo que el muy famoso Gotschalk cuando se sentaba al piano y hacía música tierna, improvisada en el momento, y se extinguían sus acordes en

su propia languidez..... Todo eso que tú dices es bueno; pero impracticable. Es como si te asomaras al balcón de tu casa y te empeñaras en llamar desde él las montañas del Rubí.....

Y yo, asustado, me dije: «Malo: cuando lo bueno no es practicable es que se ha adueñado del campo *lo peor*.....» Pero el político interrumpió mi pensamiento con esta franca verdad:

—Tú vives pensando en la *nación* y los demás piensan en los bienes de la República. Así es que vives en un mundo distinto y en ese mundo no hay elecciones y no serás Representante.....

Naturalmente; los partidos políticos tienen una razón de ser y está bien que sean. Pero era mi sentir que no se expusieran á chocar los partidos en donde pudiera padecer la República, sobre todo ahora que la *nacionalidad* es una verdad material y no moral, y ya sabe el lector que ambas son cosas bien distintas é indispensables para la soberanía del Estado. Las Repúblicas sudamericanas padecen aún del pecado de haber consti-

tuído antes la nacionalidad material que la moral; y existe la unidad italiana, el Imperio alemán, la República francesa y la libertad británica porque antes de la nacionalidad material existió la moral, ese cuerpo íntimo, más sólido que los productos de una revolución y de una propaganda política, que no se deshace ni en la esclavitud, ni en la independencia ni en la lucha parcial de las opuestas tendencias de los partidos.

Sueñe el lector que España es invadida por *la* Rusia; que los súbditos del Czar despojan á los de Alfonso XIII; que ponen en cada villa de alcalde á un moujick, y en cada capital de gobernador á un Kuropatkin. Deshecha la soberanía material, queda siempre palpitante la moral, y vendrá la guerra, la muerte, el incendio, y de la guerra, de la muerte y del incendio surgirá media docena de españoles supervivientes con su espíritu nacional intacto: españoles contra la tempestad de los puñales cosacos.....

Para que exista la nacionalidad cuba-

na, dentro de la República cubana, es preciso que haya un espíritu común, entre nosotros, que se parezca al que reina en el alma española, en el alma francesa, en el alma italiana; ni en Francia, ni en Italia, ni en España, ni en Alemania, han sido los factores de la soberanía los partidos políticos, sino algo más grande, más poderoso, más sublime, que perdura sobre de ellos, á pesar de ellos, encima de sus escombros, encima de sus cenizas.

Vuelva la vista el lector al Imperio de Guillermo II, y recorra en un vuelo de su imaginación el problema constitucional de Alemania desde la Constitución carlovingia hasta los tiempos modernos en que muerto el tímido Federico Guillermo IV le sucedió en el trono de Prusia un hombre enérgico y decidido que hizo de formidable fundidor el alma germana y recuerde que cuando Francia procuró evitar la unión de todos los Estados alemanes, llegó Sedán, y sobre la victoria se irguió el rey de Baviera para ser la iniciativa decidora y se remachó grande y poderoso el actual Imperio.....

la existencia no logra desprender de mi pensamiento el recuerdo melancólico de la mañana fría, triste, silenciosa. Quiero expresar algo y no puedo. Las ideas suelen nacer en el cerebro tocando las fibras del corazón—ideas que vienen con ritmos—y entretanto suena el arpa de los amores allá en lo profundo del sér, los labios se sellan y sobre los labios se dibuja una sonrisa que parece loca. Dudo de mi fe y de mi vista. Y llego á creerme que eran campamentos las parroquias, toques de corneta el tañido de los viejos bronces, soldados alegres, decididos, los fieles silenciosos, pensativos, adormilados.... Y es que sueño, al arrullo de una meditación constante, y me sorprenden, sobre la arena caliente del desierto, las raras imágenes de tipos opuestos, producto unas veces de mis temores y otras veces de mis risueñas esperanzas..... Y temo y espero, porque no he tenido ambición que me ofusque, ni pasión que me embriague, ni despecho que me ciegue.

Tal vez no conozca á derechas la ver-

dadera gramática de la vida. Acaso exista sobre la tierra mucha más falsedad de la que yo supongo y mucha más mentira de la que yo conozco... Pero elevo mi espíritu y en la altura gozo pensando que allí no alcanzan la falsedad de las cosas humanas ni la mentira de los hombres; y mi vista descubre, entre las ruinas que van cayendo por su propio peso en la masa inútil, el triunfo de honrados sentimientos que se yerguen. Y entonces me digo: es cierto que hay patria como hay hogar...

(Enero—Febrero, 1905).

NOTAS

de buena voluntad, con alma de ovejas. soportaron, durante doce meses de lucha constante, los porrazos más enérgicos de la pícara y ávida decepción...

—Pero ¿se puede vivir así? ¿Acaso se llama esto patriotismo? ¿Y ésta es la libertad y éste el progreso y aquélla la civilización? ¡Ay, pueblo amado, cómo contemplas tranquilo estas menguas, cómo toleras tanta iniquidad, cómo soportas tanta falsía!

La oratoria ha perdido, con el desgaste del uso excesivo, mucho de su eficacia. Y el pueblo, oyéndola, no quiere bronca. Es poco el escepticismo que han repartido, entre el dichoso proletariado, los especuladores del sufragio? Y eso que yo llamo escepticismo, y que acaso, allá en el fondo del alma cubana no lo sea, se traduce en una ausencia lastimosa de espíritu nacional, de pública opinión, de interés popular por la suerte de las republicanas instituciones .. La historia, si logra recoger con alguna exactitud, la verdad de lo pasado, amontonará hechos estupendos y en sus páginas no perderán

valor estos términos que en realidad debieran ponernos los pelos de puntas: liberales excitados, conservadores demagogos, fraudes electorales, actas falsas de representantes, atropellos á la ley, violaciones de la Constitución, falsificaciones del sufragio, asesinatos morales, estampidos parlamentarios, cadáveres políticos... Y es que nosotros no vivimos por la integridad de nuestra carta fundamental, sino por el sagrado cumplimiento de la Ley Platt. La política ha hecho del apéndice una especie de caja de Pandora, y, por su maravillosa virtud, todo es violable, si se respeta el derecho de intervención de los Estados Unidos y no se provocan sus iras. Y hemos llegado á este fin bien doloroso: el sufragio puede ser una mentira mientras sea nuestro cuidado higiénico y sanitario una verdad; la justicia puede ser un mito, mientras sea inalterable la paz material de la República; el Congreso puede entregarse al Nirvana delicioso entre tanto no comprometamos el tesoro en deudas europeas y no vendamos nuestro azúcar en Londres

y no nos convirtamos los habitantes de Cuba en Ravacholes de mayor ó menor cuantía...

El Senador Dolz, que dió un vuelco á la Constitución por interés de una mayoría parlamentaria tenaz é implacable, apenas conmovió al país; la pésima administración de una burocracia inepta que alarma sólo á los que piensan serio, y que regocija á cesantes y despechados, no desvela á los legisladores ni estremece á los partidos; pero ¡oh, desventura! un caso de fiebre amarilla y un poco de basura en las calles de Güines, Camagüey y Santiago de Cuba, pone en peligro la independencia, agita las instituciones y alarma al universo..... La prensa pone el grito en los cielos, el sol se obscurece, la tempestad amenaza y una voz que viene de las entrañas del planeta, nos dice: «No os preocupéis de las leyes, ni de los Representantes, insensatos: cuidáos de los mosquitos!» Y entre tanto los políticos se creían que la muerte se nos podía colar por las urnas electorales, manchadas con todos los es-

cándalos, el país se ha ido dando cuenta de que hoy sólo podremos perecer de los lancetazos de un ejército de mosquitos...

III

Un político de los más caracterizados, y que entrará de seguro en la batalla electoral del próximo Diciembre, me regalaba ayer con estas florecitas que reproduzco sin ruborizarme:

—He leído tus *últimas teorías* políticas. No las encuentro malas; mejor dicho son muy lógicas; por donde tú indicas nos vendría el bienestar, la paz y la consolidación de la República; pero ¡qué quieres! son arpegios artísticos que abundan en belleza más que en sentido práctico; y me figuro, cuando te leo, que mentalmente haces lo que el muy famoso Gotschalk cuando se sentaba al piano y hacía música tierna, improvisada en el momento, y se extinguían sus acordes en

su propia languidez..... Todo eso que tú dices es bueno; pero impracticable. Es como si te asomaras al balcón de tu casa y te empeñaras en llamar desde él las montañas del Rubí.....

Y yo, asustado, me dije: «Malo: cuando lo bueno no es practicable es que se ha adueñado del campo *lo peor*.....» Pero el político interrumpió mi pensamiento con esta franca verdad:

—Tú vives pensando en la *nación* y los demás piensan en los bienes de la República. Así es que vives en un mundo distinto y en ese mundo no hay elecciones y no serás Representante.....

Naturalmente; los partidos políticos tienen una razón de ser y está bien que sean. Pero era mi sentir que no se expusieran á chocar los partidos en donde pudiera padecer la República, sobre todo ahora que la *nacionalidad* es una verdad material y no moral, y ya sabe el lector que ambas son cosas bien distintas é indispensables para la soberanía del Estado. Las Repúblicas sudamericanas padecen aún del pecado de haber consti-

tuído antes la nacionalidad material que la moral; y existe la unidad italiana, el Imperio alemán, la República francesa y la libertad británica porque antes de la nacionalidad material existió la moral, ese cuerpo íntimo, más sólido que los productos de una revolución y de una propaganda política, que no se deshace ni en la esclavitud, ni en la independencia ni en la lucha parcial de las opuestas tendencias de los partidos.

Sueñe el lector que España es invadida por *la* Rusia; que los súbditos del Czar despojan á los de Alfonso XIII; que ponen en cada villa de alcalde á un moujick, y en cada capital de gobernador á un Kuropatkin. Deshecha la soberanía material, queda siempre palpitante la moral, y vendrá la guerra, la muerte, el incendio, y de la guerra, de la muerte y del incendio surgirá media docena de españoles supervivientes con su espíritu nacional intacto: españoles contra la tempestad de los puñales cosacos.....

Para que exista la nacionalidad cuba-

na, dentro de la República cubana, es preciso que haya un espíritu común, entre nosotros, que se parezca al que reina en el alma española, en el alma francesa, en el alma italiana; ni en Francia, ni en Italia, ni en España, ni en Alemania, han sido los factores de la soberanía los partidos políticos, sino algo más grande, más poderoso, más sublime, que perdura sobre de ellos, á pesar de ellos, encima de sus escombros, encima de sus cenizas.

Vuelva la vista el lector al Imperio de Guillermo II, y recorra en un vuelo de su imaginación el problema constitucional de Alemania desde la Constitución carlovingia hasta los tiempos modernos en que muerto el tímido Federico Guillermo IV le sucedió en el trono de Prusia un hombre enérgico y decidido que hizo de formidable fundidor el alma germana y recuerde que cuando Francia procuró evitar la unión de todos los Estados alemanes, llegó Sedán, y sobre la victoria se irguió el rey de Baviera para ser la iniciativa decidora y se remachó grande y poderoso el actual Imperio.....

No era la obra de los partidos políticos. Era la obra de un espíritu que nos hace falta á nosotros para ser, no una República sobre la base de la *joint resolution*, sino una soberanía sobre el pedestal de un alma indestructible.

....

....

.....

Amanece.....

De los campanarios llega el tañido perezoso, lento, triste, de viejos bronces. La claridad invade las calles como un baño de plata. Y los fieles silenciosos, pensativos adormilados, van hacia sus parroquias marcando el paso con el sonido de sus botas sobre la acera húmeda de rocío. Les veo y les sigo con la vista. Y medito largo rato. ¿Quiénes son? Prefiero aguardar en mi reja á que el sol aparezca de cuerpo entero sobre el manto azul. Y sale el sol, y lo miro y lo interrogo; y no sé al cabo en dónde está mi parroquia ni cuál es la vieja campana que me habla, que me atrae, que me convence. Llega el día. Y la lucha por

la existencia no logra desprender de mi pensamiento el recuerdo melancólico de la mañana fría, triste, silenciosa. Quiero expresar algo y no puedo. Las ideas suelen nacer en el cerebro tocando las fibras del corazón—ideas que vienen con ritmos—y entretanto suena el arpa de los amores allá en lo profundo del sér, los labios se sellan y sobre los labios se dibuja una sonrisa que parece loca. Dudo de mi fe y de mi vista. Y llego á creerme que eran campamentos las parroquias, toques de corneta el tañido de los viejos bronces, soldados alegres, decididos, los fieles silenciosos, pensativos, adormilados.... Y es que sueño, al arrullo de una meditación constante, y me sorprenden, sobre la arena caliente del desierto, las raras imágenes de tipos opuestos, producto unas veces de mis temores y otras veces de mis risueñas esperanzas..... Y temo y espero, porque no he tenido ambición que me ofusque, ni pasión que me embriague, ni despecho que me ciegue.

Tal vez no conozca á derechas la ver-

dadera gramática de la vida. Acaso exista sobre la tierra mucha más falsedad de la que yo supongo y mucha más mentira de la que yo conozco... Pero elevo mi espíritu y en la altura gozo pensando que allí no alcanzan la falsedad de las cosas humanas ni la mentira de los hombres; y mi vista descubre, entre las ruinas que van cayendo por su propio peso en la masa inútil, el triunfo de honrados sentimientos que se yerguen. Y entonces me digo: es cierto que hay patria como hay hogar...

(Enero—Febrero, 1905).

NOTAS

Páginas 28 y 29.—De un literato, amigo íntimo, cuando publicó este artículo *El Mundo Ilustrado:* «El párrafo que comienza «Por eso tiene Washington, para Quesada, etc.», adolece de algo extraño. Estableces la diferencia más marcada, y sin embargo difusa, entre *una alegría*, y *triunfos y alegrías;* la repetición de la palabra *alegría* significa para mí que, al usarla en una misma oración, aquí en singular y allá en plural, has querido que expresen cosas distintas; *una alegría*, algo extraordinario y después *alegrías*, satisfacciones ó contentos de segundo orden.»

Al reproducir en este libro ese trabajo, no me resolví á enmendar el párrafo, doliéndome arrancar, de sus páginas, la espontaneidad con que fueron escritas en días de grandes emociones para mí. En todos los capítulos que comprende la

parte que se refiere á Mr. Roosevelt, abundan los atrevimientos de la fantasía y las audacias del prosador. Perdónemelas quien me lea, en gracia de lo sinceramente que han sido sentidas y expresadas...

Página 212.—Al hacer hincapié, en la iniciativa individual, esto es, en que no pongamos los ojos en los poderes públicos, esperando de ellos el maná de la educación, me parece oportuno recordar estas líneas sabias de Demolins, escritas al final de su famoso libro *En qué consiste la superioridad de los anglo-sajones:* «Las sociedades de iniciativa individual desarrollada, resultan ser el centro más apto para la vida moral enérgica, intensa, resistente. Y se explica: la acción moral consiste esencialmente en vencerse á sí mismo.»

INDICE

Páginas

Prólogo 5
Roosevelt 17
Los sueños del gran Teodoro 55
Porfirio Díaz 75
La gloria de Juárez 111
Explicaciones oportunas 127
Estrada Palma 155
Máximo Gómez 165
Psicología de la Juventud 191
El duque de los Abruzos 217
Mirando más allá 227
Notas 249

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Menudencias.—Crítica (agotada).

Folletos de Política y Literatura: *Quisicosas* (1895) *Rasguños* (1896) *Páginas libres* (1897) *Mesa revuelta* (1898).

Escarcha, artículos, con prólogo de *Manuel del Palacio*, de la Real Academia de la Lengua.

Esbozos.—Cuentos, viajes, etc. Edición *Mignon* ilustrada.

Tristes y alegres.—Crónicas de París. La Exposición de 1900. Críticas. Instantáneas de la Convención. Prólogo de *Conde Kostia* (A. Valdivia).

Hombres de Pro (Siluetas políticas) Caricaturas de Quiñones, tomo I.

Ideas y sensaciones.—Viajes, cuentos, crítica etc. Prólogo de *Luis Bonafoux*.—Segunda edición aumentada.

EN PRENSA

Hombres de Pro (siluetas políticas) Caricaturas de Quiñones, tomo II.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Menudencias.—Crítica (agotada).

Folletos de Política y Literatura: *Quinicosas* (1895) *Rasguños* (1896) *Páginas libres* (1897) *Mesa revuelta* (1898).

Escarcha, artículos, con prólogo de *Manuel del Palacio*, de la Real Academia de la Lengua.

Esbozos.—Cuentos, viajes, etc. Edición *Mignon* ilustrada.

Tristes y alegres.—Crónicas de París. La Exposición de 1900. Críticas. Instantáneas de la Convención. Prólogo de *Conde Kostia* (A. Valdivia).

Hombres de Pro (Siluetas políticas) Caricaturas de Quiñones, tomo I.

Ideas y sensaciones.—Viajes, cuentos, crítica etc. Prólogo de *Luis Bonafoux*.—Segunda edición aumentada.

EN PRENSA

Hombres de Pro (siluetas políticas) Caricaturas de Quiñones, tomo II.

La Moderna Poesia

DE

José López Rodríguez

ALMACEN IMPORTADOR

DE

LIBROS DE TODAS CLASES Y MATERIALES

PARA LAS ESCUELAS

Imprenta, papeleria y efectos de escritorio.

Premiada en la Exposición de Paris, de 1900, y en la de San Luis, con medalla de oro.

Obispo 133 y 135.--Bernaza 9

TELEFONO 958

Páginas

Prólogo 5
Roosevelt 17
Los sueños del gran Teodoro 55
Porfirio Díaz 75
La gloria de Juárez 111
Explicaciones oportunas 127
Estrada Palma 155
Máximo Gómez 165
Psicología de la Juventud 191
El duque de los Abruzos 217
Mirando más allá 227
Notas 249

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Menudencias.—Crítica (agotada).

Folletos de Política y Literatura: *Quisicosas* (1895) *Rasguños* (1896) *Páginas libres* (1897) *Mesa revuelta* (1898).

Escarcha, artículos, con prólogo de ***Manuel del Palacio,*** de la Real Academia de la Lengua.

Esbozos.—Cuentos, viajes, etc. Edición ***Mignon*** ilustrada.

Tristes y alegres.—Crónicas de París. La Exposición de 1900. Críticas. Instantáneas de la Convención. Prólogo de *Conde Kostia* (A. Valdivia).

Hombres de Pro (Siluetas políticas) Caricaturas de Quiñones, tomo I.

Ideas y sensaciones.—Viajes, cuentos, crítica etc. Prólogo de *Luis Bonafoux.*—Segunda edición aumentada.

EN PRENSA

Hombres de Pro (siluetas políticas) Caricaturas de Quiñones, tomo II.

parte que se refiere á Mr. Roosevelt, abundan los atrevimientos de la fantasía y las audacias del prosador. Perdónemelas quien me lea, en gracia de lo sinceramente que han sido sentidas y expresadas...

Página 212.—Al hacer hincapié, en la iniciativa individual, esto es, en que no pongamos los ojos en los poderes públicos, esperando de ellos el maná de la educación, me parece oportuno recordar estas líneas sabias de Demolins, escritas al final de su famoso libro *En qué consiste la superioridad de los anglo-sajones:* «Las sociedades de iniciativa individual desarrollada, resultan ser el centro más apto para la vida moral enérgica, intensa, resistente. Y se explica: la acción moral consiste esencialmente en vencerse á sí mismo.»

INDICE

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Menudencias.—Crítica (agotada).

Folletos de Política y Literatura: *Quisicosas* (1895) *Rasguños* (1896) *Páginas libres* (1897) *Mesa revuelta* (1898).

Escarcha, artículos, con prólogo de *Manuel del Palacio*, de la Real Academia de la Lengua.

Esbozos.—Cuentos, viajes, etc. Edición *Mignon* ilustrada.

Tristes y alegres.—Crónicas de París. La Exposición de 1900. Críticas. Instantáneas de la Convención. Prólogo de *Conde Kostia* (A. Valdivia).

Hombres de Pro (Siluetas políticas) Caricaturas de Quiñones, tomo I.

Ideas y sensaciones.—Viajes, cuentos, crítica etc. Prólogo de *Luis Bonafoux.*—Segunda edición aumentada.

EN PRENSA

Hombres de Pro (siluetas políticas) Caricaturas de Quiñones, tomo II.

La Moderna Poesía

DE

José López Rodríguez

ALMACEN IMPORTADOR

DE

LIBROS DE TODAS CLASES Y MATERIALES

PARA LAS ESCUELAS

Imprenta, papelería y efectos de escritorio.

Premiada en la Exposición de París, de 1900, y en la de San Luis, con medalla de oro.

Obispo 133 y 135.--Bernaza 9

TELEFONO 958

THE NEW YORK PUBLIC LIBRARY
REFERENCE DEPARTMENT

This book is under no circumstances to be taken from the Building

Form 610